

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DEMEXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**DIALOGO CON LOS MEXICANOS**

**(VISION HISTORICA DE FANNY CHAMBERS GOOCH)**

**TESIS QUE SUSTENTA  
JOSEFINA TROTTNER WOLOGVIANSKY  
PARA OBTENER EL GRADO DE  
MAESTRO EN HISTORIA UNIVERSAL  
MEXICO 1963**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

La presente tesis estuvo dirigida por el  
Doctor Juan A. Ortega y Medina, al  
que expreso aquí mi gratitud.

20093

el hombre no está en la historia  
es **HISTORIA ...**

## INDICE

	No. de pág.
INTRODUCCION	1
Capítulo I LA AUTORA	22
Capítulo II LA OBRA	36
Capítulo III CARACTER DEL MEXICANO	45
Capítulo IV CLASES SOCIALES	56
Capítulo V RELIGION	74
Capítulo VI USOS Y COSTUMBRES	86
Capítulo VII GUIA TURISTICA	111
Capítulo VIII HISTORIA Y LITERATURA	143
Capítulo IX EL PORFIRISMO	167
Capítulo X MEXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS	183
CONCLUSIONES	207
INDICE BIOGRAFICO DE AUTORES CITADOS POR FANNY CHAMBERS EN SU OBRA	212
BIBLIOGRAFIA GENERAL	224

## INTRODUCCION.

Con cada generación suele cambiar el concepto de la historia, tanto como cambian las costumbres, la cultura y la apreciación de los valores. De este fenómeno, no podía sustraerse México, muy especialmente el México de las postrimerías del Siglo XIX. Acerca de él, mucho han escrito los mexicanos y nos han dejado una obra copiosa y bien documentada. En cambio, son pocos los extranjeros que se ocuparon del México porfirista, salvo quienes atendían a sus aspectos esencialmente políticos o históricos.

Entre esos extranjeros se destaca notablemente la norteamericana -- Fanny Chambers Gooch, autora de Face to Face with the Mexicans, obra que constituye el tema de esta tesis. La elección de dicha obra se debe a varios factores: la conveniencia de difundir las ideas expuestas por la autora acerca del porfiriato y que reflejaban el sentir general de los norteamericanos de la época; analizar el concepto social, político, económico, histórico y literario expresado en el libro y, por último, hacer resaltar las apreciaciones positivas y negativas que acerca de la realidad mexicana de fines del Siglo XIX hizo la autora.

Desde siempre se ha tenido por cierto que nuestro país cuenta con -

grandes riquezas, las cuales son calificadas muchas veces de excepcionales, - lo que no corresponde a la realidad. Esto dió lugar a que algunos viajeros se interesaran por conocer el país, especialmente desde que el Barón de Humboldt hizo su histórico viaje a México y publicó su famoso Ensayo Político sobre la Nueva España (1).

Face to Face with the Mexicans no puede compararse ni en estilo ni en profundidad científica con la obra de Humboldt; pero tiene sobre ésta - el valor de ser un documento casi fotográfico de la sociedad mexicana que -- Fanny Chambers conoció. Su obra contiene muy interesantes aspectos históricos, psicológicos, espirituales, costumbristas, económicos y hasta financieros, y constituye un testimonio excepcional que ningún historiador debe desaprovechar. El estudio de las páginas escritas por Fanny Chambers Gooch reve la facetas sumamente interesantes en comparación con el México actual, lo que permite valorar importantes relaciones históricas, políticas y sociales.

Según dijo Cosío Villegas (2) al referirse al porfiriato, asistimos en él a una época que marcó el fin del período formativo del país, donde una so ciedad rompe con la maraña tradicional y México vive un momento de paz y se convierte en un país próspero, unido y fuerte. Pero ésta es una apreciación de un autor nacional. Junto a ella, como junto a muchas otras semejantes, conviene colocar lo dicho por los extranjeros; ya que así discerniremos - un ángulo distinto de nuestra cultura, veremos con más claridad los acontecimientos y podremos aquilatar mejor las experiencias de unos y de otros.

Ahora bien, como nuestra autora es norteamericana, lo importante para nosotros es adentrarnos en el origen de su conciencia histórica, ya que -

la vecindad de nuestro país con los Estados Unidos ha influido necesariamente sobre los ciudadanos de ambas naciones. De ahí que Silvio Zavala haya dicho: "El conocimiento claro de la interpretación norteamericana de nuestra vida histórica, debe ser uno de los factores presentes en la conciencia del pueblo mexicano" (3).

Si en el Siglo XVI la Nueva España fué objeto de curiosidad y de ansias viajeras, hoy lo sigue siendo por parte de los arqueólogos que estudian el México prehispánico, por parte de los sociólogos que atienden al desarrollo posterior a la Revolución, y de manera especial, por parte de los financieros extranjeros, en particular los norteamericanos, que buscan en México un campo apropiado para sus inversiones de capital.

Este último aspecto de carácter económico no es de ahora, sino -- que se produjo a raíz de publicar Alejandro von Humboldt su Ensayo Político sobre la Nueva España. Este libro ha sido de capital importancia para el -- mejor conocimiento de nuestro país. Primero la gente erudita y luego la -- clase media, sobre todo los extranjeros, tuvieron interés en conocer a México y en viajar por él, a cuyo objeto tomaban el libro de Humboldt como si -- fuese una biblia. José Miranda recogió diversas opiniones de escritores mexicanos y extranjeros acerca del libro de Humboldt, y menciona esta opinión de Lucas Alamán: "Humboldt nos ha dado un cabal concepto de lo que podrá ser México bajo una buena y liberal constitución, por tener en su seno los -- elementos todos de la prosperidad". Más tarde, Jefferson escribiría a Humboldt: "Nosotros tenemos pocos conocimientos de ellos en qué basarnos, salvo el que proviene de usted" (4). También la señora Fanny Chambers Gooch

se ocupa en su obra del aspecto económico en relación con la posibilidad de que sus conciudadanos inviertan capitales en México.

Ciertamente, no todos los viajeros del Siglo XIX que visitaron a México se ocuparon del aspecto económico, como es el caso de la Marquesa de Calderón de la Barca que, según dice Manuel Toussaint (5), "logró con su obra una descripción detallada y sugestiva de nuestro país". La Marquesa y la señora Gooch tienen de común el método con que expresaron lo que vieron en el país; es decir, concibieron éste como una realidad viviente y percibieron en el mexicano cuanto de humanismo hay en él, su forma de vida, su cultura, su religión y también sus reacciones con respecto al extranjero.

Los descubrimientos geográficos del Siglo XIX indujeron a muchos viajeros a recorrer los países nuevos de Africa, Asia, Oceanía y América. La literatura sobre viajes era muy popular y fué en parte una resultante del romanticismo y de las ideas naturistas expresadas por Juan Jacobo Rousseau en sus obras (6).

Como indica acertadamente el profesor Ortega y Medina, el mexicano de unas décadas para acá, se ha mostrado profundamente interesado en "descubrir y valorar la esencia de lo mexicano". Es ésta una de las muchas causas por las cuales los escritos y libros de los extranjeros acerca de México vienen a tener una importancia bastante notable; ya que en ellos se ponen en evidencia, con carácter objetivo, las virtudes, los vicios y en general la esencia de las costumbres nuestras, con lo cual nos descubrimos a nosotros mismos y percibimos profundidades psicológicas en las cuales no habíamos reparado, porque constituyen nuestro modo familiar de ser (7).

Por lo dicho se comprende cuánta importancia tiene para nosotros -- la opinión de los viajeros anglosajones expresada después de más de tres siglos de vivir los mexicanos concentrados en su propio país y en la propia substancia de su ser nacional.

La literatura de los viajes realizados por anglosajones en México es sumamente vasta, sobre todo en el siglo XIX en el cual los transportes registraron una verdadera revolución y facilitaron considerablemente los viajes. Ortega y Medina ha estudiado ya el marco de los viajes realizados por los alemanes (8), y asimismo ha dedicado un amplio trabajo a los viajeros de lengua inglesa. De estos últimos, y debido a lo extenso de su literatura, sólo ha abarcado la comprendida entre los años 1821 y 1847.

La autora de esta tesis sólo se ocupará de presentar una muestra de esa literatura: el libro de Fanny Chambers Gooch titulado Face to Face with the Mexicans, en el que recoge partes importantes de la vida mexicana en el último tercio del siglo XIX. Estimo que el método más acertado para mis propósitos es el cronológico, con objeto de que al mirar la historia del México visto por Fanny Chambers (éste será el nombre que desde ahora en adelante le daremos, pues usó en su vida los de dos de sus esposos) se puedan comprender y valorar sus impresiones.

Antes de ella otros viajeros norteamericanos escribieron sus impresiones de México y no hay duda de que nuestra autora se valió para mejor realizar su obra, de los libros editados ya por sus conciudadanos.

En 1851 se publicó un libro de Mason (9) en el que éste revela las experiencias de su viaje a México, habla de él como de un país en el que la --

iglesia católica ejercía despóticamente su poder; en el que no existía la clase media, y en el que pululaban por doquiera léperos, pordioseros y harapientos - que, según Mason, ponían en peligro la vida y 'a propiedad de las personas. - Mason afirma que el mexicano es un ser de extrema debilidad, dado al juego y al robo.

Unos años después vino a México un inglés que formaba parte de la comisión de límites y que se llamaba John Bartlett. En 1854 publicó un libro (10) que es la narración de unas exploraciones mineras efectuadas en algunos - Estados del Norte de la República. En su libro hace una descripción detallada de las montañas, los lagos y los pueblos, con objeto de que los lectores se percaten de que en Nuevo México, Chihuahua y Sonora hay yacimientos de ricos minerales. El libro es, en síntesis, como una guía económica para futuros inversionistas mineros.

En 1859, Sartorius publicó un libro (11), nada sistemático, en el que se contiene una serie de apuntes y de esbozos tomados de aquí y de allá sobre nuestras costumbres y modo de vida. Este autor gustaba de hacer comparaciones entre lo mexicano y lo europeo; por ejemplo, describía las diferencias que - - existen entre el vestido de la mujer mexicana del pueblo y el vestido de las - - europeas.

En la década del 60 del siglo XIX se produjo en México una verdadera euforia de inversiones extranjeras y de corriente imperialista. Muchos -- viajeros norteamericanos acudieron entonces a México en busca de negocios - fáciles. El que inauguró el aflujo de capitales extranjeros fue Butterfield - - Carlos, el cual escribió un libro (12) muy técnico, con datos estadísticos con-

cretos acerca de la economía, el correo, los transportes y sus métodos y todos aquellos factores que pudieran servir de interés a los futuros inversionistas.

Siguiendo este mismo camino, Charles Lempriere (13) publicó en 1862 sus Notas sobre México, libro que contiene muchas estadísticas, que describe cada uno de los Estados de la República y que llega a la vieja y falsa conclusión de que donde hay tantas riquezas nadie debería ser pobre. Lempriere habla también de la inseguridad que había en México entonces. Sus descripciones carecen de vida y parecen ser el producto de un autómata.

El norteamericano Abbot Gorham puede ser considerado como el pionero de toda una falange de escritores a quienes México no sólo les reveló cosas interesantes sino que fue para ellos motivo de estudios científicos que despertaron un sentimiento de simpatía y de protección fraternal hacia el pueblo mexicano. Gorham publicó su México y los Estados Unidos (14) en 1869. En él hace una relación progresiva de los acontecimientos históricos en México, explicando que esto tiene por objeto relacionar el pasado con el presente y conseguir un mejor entendimiento entre México y los Estados Unidos. Esta es la idea básica que habrá de guiar a los futuros viajeros y entre ellos, muy especialmente a Fanny Chambers.

A lo largo de su libro, Gorham reitera con énfasis que los Estados Unidos estarán siempre dispuestos a ayudar a México contra las intervenciones europeas; y anima, con párrafos elocuentes, al pueblo de México y le asegura un excelente porvenir, para alcanzar el cual, vale la pena hacer sacrificios. A este respecto cita la frase optimista de Abraham Lincoln: "The Republic of Mexico must rise again".

Por la misma época vino a México el coronel norteamericano Evans, con quien el Gobierno de México se mostró particularmente amable e hizo lo posible por que conociera los lugares más interesantes del país. En su libro, - el coronel Evans muestra una actitud política un tanto insegura, a pesar de que afirma que frente a los sucesos mexicanos tomará una posición imparcial. Este autor mostró interés también en reivindicar el concepto que de México habían - tenido sus compatriotas y por tanto quiere que su libro (15) dé una idea más justa y más favorable de nuestro país. El formato del libro es muy parecido al que posteriormente usó Fanny Chambers. No hay duda de que los temas elegidos - por el coronel Evans son variados y que sus opiniones son bastante acertadas. - Hay que señalar que Evans y nuestra autora coinciden en muchas de sus apreciaciones, tales como el gran respeto que los mexicanos tienen para sus mayores, el afecto de las relaciones entre padres e hijos y el sincero amor filial de éstos. De la mujer dice Evans que se supone que es libre; pero, de hecho, la considera una esclava. Habla de la creciente aceptación que el protestantismo tiene en México, país al que le augura un brillante y florioso futuro. Sin embargo, Evans no puede desprenderse de un espíritu de superioridad, ni de silenciar su - concepto imperialista norteamericano con relación a México, ya que considera que los norteamericanos son una raza de conquistadores: Our conquering race.

En 1876 da principio la época porfirista y ese mismo año se caracteriza por la inversión de grandes capitales extranjeros en México, tanto en el campo de la minería como en los del comercio y las finanzas. Esta intensificación de la explotación capitalista norteamericana de México, va creando tan grandes intereses, que éstos no pueden dejar de ser tomados en consideración por la mayo

ría de los futuros viajeros. Estos viajeros, que hacían resaltar el contraste que existía entre la paz porfirista y las inquietudes de tiempos pasados, no podrían por menos que elogiar al régimen porfirista.'

En ese mismo año, Gustavo Baz escribió su libro (16) acerca del ferrocarril mexicano en el que expresa ideas nuevas que posteriormente serán muy repetidas. Gustavo Baz no era extranjero, pero sus impresiones de viaje, tienen la objetividad de un extranjero. Empieza por enumerar los progresos materiales de México; la tolerancia religiosa; las garantías individuales contenidas en la Constitución; el amor al progreso que vino con los ferrocarriles, y la paz que reinaba en todo el país. Estos elogios de Gustavo Baz serán repetidos hasta la saciedad.

Albert Gray entró a México por Veracruz (17), y al llegar a la capital le da inmediatamente el nombre de The City of the Montezumas. En su libro elogia la Constitución de la República y afirma que está moldeada según el tipo de la Constitución de los Estados Unidos. Gray ve a México como a un país riquísimo: el país de la miel y la leche, tan citado en la Biblia. A juzgar por su libro, era hombre de amplios conocimientos religiosos, pues hace constantes citas bíblicas y una comparación bastante curiosa de lo que significa la Virgen de Guadalupe para México, la cual representa lo que la Virgen de Loretto para Italia, la de Einsiedeln para Suiza, la de Atocha para España y la de Lourdes para Francia.

En todo libro de viajes conviene tener en cuenta que las impresiones del escritor dependen de su preparación previa, de su cultura, de su edad y hasta de su salud. Digo esto, por lo que atañe a Price Thomas, que publicó en --

1878 (18) un libro acerca de México que está lleno de achaques. Por lo visto - este caballero estaba enfermo y su estado de ánimo era deplorable, y de ahí que sus notas resultaran tan pobres, tan llenas de alusiones a su precaria salud, y de ahí que afirmara que no podía dormir bien y que los alimentos eran indigestos.

En 1881 Fred Allen (19) publicó su libro acerca de México y en el - - cual da una importancia primordial al descubrimiento de América y a la conquista realizada por Hernán Cortés. Basa sus aseveraciones históricas en libros sumamente conocidos, y en cuanto al México que él vió nada dice de nuevo. La figura de don Benito Juárez se le presenta en un ambiente de calma y de paz; y termina su libro con un dejo de compasión y deseando al "pobre México, que su elevación sea definitiva después de su cruel y larga degradación".

Un año más tarde se publicó en Londres el libro de John Aubertin (20). Este autor pertenece al grupo de viajeros que han estudiado en fuentes ya conocidas y que, por lo tanto, aborda su tarea con poco entusiasmo. Aunque él afirma que es escritor y que sabe lo difícil que le será sobresalir de la gran ola de viajeros que escribieron antes sobre México, no se esfuerza en conseguir destacar. - Llevado de la mentalidad realista del inglés y de su carácter flemático, trata los temas con frialdad y sin entusiasmo. Expone los hechos escuetamente, con franqueza y con una desgana que no parece sino que alguien le obliga a escribir sus impresiones del viaje. Aubertin no se preocupó para nada ni del carácter ni de la psicología del mexicano.

En 1883 el obispo neoyorquino William Henry dio a la publicidad un libro (21) que había escrito durante el gobierno del Presidente Manuel González. Esta obra, inmediatamente anterior a la de Fanny Chambers, muestra diferencias

muy marcadas con Face to Face with the Mexicans. En el aspecto político afirma que el gobierno de Manuel González sigue los buenos pasos de su antecesor el General Porfirio Díaz; pero el obispo norteamericano no muestra todavía esa desmedida admiración que los futuros viajeros van a sentir por don Porfirio. En el aspecto económico y en las perspectivas comerciales, tuvo una visión práctica y mencionó los créditos a largo plazo que los norteamericanos dieron a México. En particular los ferrocarriles de nuestro país fueron objeto de su alabanza y motivo de que expusiera cuánto bueno significarían para el futuro de México.

No obstante estos elogios, el libro de William Henry carece de esa atmósfera de color de rosa que prevalece en el de Fanny Chambers. El obispo estima que las comodidades para el turista son muy limitadas; pero que los industriales mexicanos se estaban preparando para satisfacer las necesidades del turismo. Por lo visto esto era cierto, ya que unos años más tarde los viajeros, en su mayoría, no se quejarán de las tan discutidas incomodidades. William Henry dedica un capítulo de su libro a los literatos y artistas mexicanos de la época, capítulo en el que debido a la coincidencia de nombres de autores, se puede apreciar la proximidad del libro de Fanny Chambers.

Ese mismo año de 1883, se publicó en Londres un libro de Thomas Brocklehurst (22) que continuaba el interés de los viajeros ingleses por nuestro país; interés que estaba bastante retrasado con respecto al de los norteamericanos, ya que los británicos no se habían ocupado de los asuntos de México desde la intervención francesa en 1863 y desde que se suprimió la legación de la Gran Bretaña en 1860. Este viajero viene predispuesto en favor de México: todo le parece bien, fascinante y lleno de color. Los nativos le parecen pinto

rescos. Lo que más le atrajo fueron las costumbres que describió con gran amplitud a pesar de que sólo estuvo en el país siete meses. Lo único desagradable que encontró fue la "no muy esmerada limpieza de los hoteles". Al peso mexicano lo llamaba "mexican dollar" y afirma que México es famoso por las perlas que se encuentran en las ostras del Golfo de California. Menciona las relaciones religiosas entre Inglaterra y América y asienta que el desarrollo de la Iglesia Protestante en México es notable porque el propio Gobierno la favorece para tener una voz en contra de la actitud agresiva de la Iglesia Católica. Al igual que Fanny Chambers, el inglés Brocklehurst menciona la buena labor realizada por el obispo Riley, de la Iglesia Episcopal. Por lo visto, Riley se esforzaba en dar a conocer la labor que realizaba en México a cuantas personas de habla inglesa llegaban.

En 1887 se publica Face to Face with the Mexicans, objeto de esta tesis .

Parece ser que el libro de Fanny Chambers fue un incentivo para las mujeres de su país, ya que poco después de haber aparecido aquél, vinieron a México dos viajeras: Elizabeth Blake y Margaret Sullivan, las cuales publicaron en 1888 un libro (23) en el cual relatan sus impresiones de viaje. Hablan de la pasión que sienten últimamente los norteamericanos por ir fuera de su país y recalcan que fueron un poco atrevidas al decidir su aventura viajera a México, a pesar de las dificultades y del peligro que esto llevaba consigo. Tal como lo hace Fanny Chambers, las dos mencionadas viajeras dicen que eran más usuales los viajes a Europa que a México, el cual por su cercanía y por otras circunstancias, era considerado por los norteamericanos, como propiedad de -

ellos. Las dos mujeres siguieron el mismo itinerario de Fanny Chambers y de ahí que describan los mismos paisajes que ella y mencionen los mismos hoteles; pero sin la agudeza ni la honda perspicacia de la autora de Face to Face with the Mexicans. La formación literaria de Elizabeth Blake y Margaret Sullivan era poco más o menos que la de nuestra autora: habían leído a Longfellow, de donde se deduce que eran mujeres cultas de la época. Acerca de México habían leído la Historia de Bernal Díaz del Castillo. Sus opiniones políticas -- eran semejantes a las de Fanny Chambers en cuanto a las relaciones de su país con el nuestro, pues abogaban por el respeto de los norteamericanos a México.

Con posterioridad al libro de nuestra autora, se publicó en 1890 -- uno de Maturin Ballou (24), el cual vino a México en tren y llama a su viaje un Holiday Journey. Indica que ha escrito su libro con la única finalidad de que el lector se complazca en conocer cosas de México. Es probable que -- Fanny Chambers conociera el libro de Ballou, pues muchos de los temas que -- ella toca, fueron tratados por el mencionado escritor y hasta con el mismo método. Ambos llaman a México The land of tradition and romance; y ambos -- aconsejan a los futuros visitantes, que deben venir con un espíritu liberal y de -- tolerancia. Ballou da también a sus conciudadanos consejos similares a los expresados por Fanny Chambers en cuanto a tratar asuntos de negocios en México. Asimismo habla de la falta de "comodidades en las viviendas" y de la cordialidad del mexicano, la cual elogia con cierta condescendencia, porque considera que el indígena es un ser semibárbaro.

En 1891 se publicó un libro sobre las leyendas y la historia de México

co (25). Al año siguiente, y atraído por la interés que despertaban los muchos viajes que los americanos hacían a México, Emil Riedel publicó un libro (26) - que es una verdadera guía para el viajero. Para explicar el contenido de su libro, el autor dice que lo escribió a manera de guía porque la "era del vapor ha creado la era de los viajes". Ciertamente, es un librito muy completo y muy práctico: enumera los restaurantes, los baños públicos, donde están situados, - sus precios, etc. Habla también de los teatros, de los hospitales y de los mercados y de otros establecimientos públicos.

En 1892 aparece el libro de Bertram Grosvenor, Las Memorias Mexicanas (27), que llama la atención por las curiosas opiniones que contiene. A pesar de estar a finales de siglo, Grosvenor habla de las grandes dificultades - que se tienen para llegar a México, las cuales compara con las que hay para llegar al interior del Africa. A México lo llama "el Egipto del Nuevo Mundo". Entre las cosas que le fascinan están los toros y los ojos de las mujeres de los peones. Considera que la mujer mexicana es la más bella de todas. También se ocupa del Mexican Bandit, dando del bandolero una versión muy peculiar: dice que es todo un caballero si se le trata como a tal o si se le regala tequila y unos cuantos puros. Este libro está plagado de errores y en las transcripciones de palabras y frases españolas que hace el autor, se observa que no tiene ni siquiera una idea elemental del idioma, pues escribe "el ciudad" y "el señoritos". Su Inglés no es muy pulcro y su estilo es bastante ordinario, especialmente cuando emite exclamaciones al hablar del pulque y de ciertas costumbres que le son repulsivas. Sus relatos carecen de la animación que caracterizan los libros de los viajeros que le antecedieron; él mismo lo reconoce así, pues dice -

que el viajero que desee tener datos más completos, los encuentra fácilmente - en cualquier Mexican Guide. Es curioso señalar que contrariamente a la costumbre de los escritores de su país, haga referencia en su libro, al dinero que éste le producirá con la venta, y a las cosas que comprará. Ya en el terreno económico, habla de lo barata que es la vida en México y de lo fácil que es sucumbir en él al dolce famiente.

En 1894 Roger Thomas publicó un libro con gran sentido del humorismo (28) al que tituló ¿México?, Sí, Sr. No se trata en modo alguno de una obra histórica, pero su lectura es muy divertida. Da a los futuros viajeros gran cantidad de consejos ingeniosos y les informa que podrán pasear con toda seguridad por México sin saber una palabra de español, siempre que lleven dólares en la bolsa. Esta opinión del señor Thomas indica que los pesos eran moneda muy estimada por los extranjeros. Otro consejo que da al viajero es que se provea de tiempo, paciencia y dinero. Entre las cosas que debe dejarse en la casa están la prisa, las preocupaciones y el trabajo.

En 1897 se publicó México Pintoresco de Marie Robinson (29). Ha bía venido a México como enviada especial de The New York World, del cual era redactora. Vino acompañada de su hija y recorrió gran parte del país, cuya seguridad y paz elogia calurosamente. Reitera muchas veces la gran seguridad que había en todos los caminos mexicanos y esto lo atribuye al gobierno del General Porfirio Díaz, al cual dedicó el libro y para quien tuvo palabras tan elogiosas como las que había tenido Fanny Chambers diez años antes. Ciertamente existían la paz y la seguridad de que habla la señora Robinson, pero lo que ésta no menciona es la actuación de los rurales. Al igual que Fanny Cham-

bers, menciona el trágico pasado histórico de México y le augura un porvenir brillante. Termina su libro con frases emocionadas, en las que dice que México es el lugar más agradable del mundo.

La señora Fanny Chambers Gooch no podía sustraerse a esa popularidad de los libros de viajes; y, viajera ella incansable, eligió a México como escenario de sus andanzas, experiencias y observaciones. Pero, a diferencia de los viajeros de su época, que hacían sus relatos en forma de memorias y -- diarios, la autora norteamericana concibió su obra en una forma más orgánica y más unitaria. De ahí que en sus páginas encontremos descripciones originales y minuciosas de la época del porfirismo; pero más importante aún que esto, y digno de tenerse en cuenta, es el hondo cariño que llegó a tener por nuestra patria. No fue, pues, una simple espectadora ni una cámara fotográfica que recogía con frialdad lo que veía, sino que se consideró unida al país y en muchos momentos se tenía como parte de la propia sociedad mexicana. Por -- eso, hablando de sí misma y de la filosofía de su experiencia en México, decía que para ser feliz en él había que aceptar "sus costumbres, sus braceros y su -- alfarería". La finalidad de la señora Gooch, no era sólo escribir un libro de viajes o de curiosidades folklóricas, sino dejar plasmado su pensamiento para uso de su generación y de las futuras, a fin de que una y otras se interesaran -- tanto como ella lo estaba, en los mexicanos y sus peculiaridades. A tal punto llegaba este afán, que la señora Gooch dice que no tenía tiempo para pensar en sí misma (30).

Estas mismas circunstancias concurrían en Carlos Guillermo Koppe, autor de Cartas sobre México (31), quien estimaba que todo se había dicho ya

y que él venía sólo a verificarlo; lo cual no obsta para que se sintiera maravillado ante muchas cosas nuevas que pudo percibir. Mas, Koppe era un hombre cansado, mientras que la señora Gooch era una mujer joven, incansable, ansiosa de ver más cada día, y que no consideró en modo alguno que los viajeros anteriores lo habían dicho todo acerca de México. De ahí que descubra facetas nuevas, desconocidas incluso para muchos mexicanos, y que supo expresar en capítulos de lectura agradable en los que generalmente se ocupa de la gente común.

En su prólogo a la obra de Becher (32), el profesor Ortega y Medina clasifica los viajeros en tres categorías: diplomáticos, artistas y comerciantes. Sin embargo, Fanny Chambers Gooch, es un tipo diferente: producto nuevo de la época que estaba alboreando, con un espíritu alimentado aún por los restos del romanticismo y vigorizado con un concepto modernista de lo que debe ser la mujer si de verdad quiere identificarse con la época del desarrollo industrial contemporáneo y del imperialismo económico que empezaba a prevalecer en los Estados Unidos a finales del siglo XIX.

Desde tal punto de vista, las apreciaciones que la autora hace acerca de la política norteamericana con respecto a México, han variado considerablemente, tanto por razones del desarrollo interno de aquel país —que a un expansionismo territorial dejó paso a un expansionismo económico—, como por razones de política internacional. No obstante lo dicho, muchas de las opiniones expresadas por la señora Gooch, tienen todavía vigencia y merecen tenerse en cuenta tanto por parte de nosotros como por parte de los norteamericanos.

Para ella, México significaba el país vecino al que debía extenderse

le la mano fraternalmente, dando al olvido aquellos problemas fronterizos que podrían ocasionar fricciones, diferendos y rupturas. En consecuencia, opinaba que los Estados Unidos no deberían tratar de imponer su superestructura económica a México, ya que el intento fracasaría totalmente. Por el contrario, estimaba que únicamente por medio del acercamiento fraternal, los norteamericanos lograrían penetrar y dominar en el mercado de México y hacer en este país inversiones que serían muy provechosas para los Estados Unidos.

Estas ideas han sido heredadas modernamente por los norteamericanos, los cuales las expresan en forma más científica y de acuerdo con los principios de la economía y de la sociología. Así mismo las interpretan los economistas y los sociólogos revolucionarios y posrevolucionarios mexicanos. Frank Tannenbaum ha hecho una excelente exposición de los muchos impedimentos con que se enfrenta México para lograr su industrialización; industrialización que el famoso economista norteamericano considera que no debe hacerse, -- puesto que ve en México un país agrícola por antonomasia y productor de materias primas para los Estados Unidos (33).

NOTAS A LA INTRODUCCION

- 1.- Von Humboldt, Alejandro, Ensayo Político sobre la Nueva España  
Barcelona. Librería de Don Manuel Sauri.
- 2.- Cosío Villegas, Daniel, Historia Moderna de México. El forgi-  
riato. Editorial Hermes - México- Buenos Aires. Pag.XVI.
- 3.- Zavala, Silvio, La Historiografía Norteamericana sobre la Gue-  
rra del 47, Cuadernos americanos vol. XXXVIII-2. México año VII-  
1948.
- 4.- Kiranaa, José, Humboldt y México. UNAM - México - 1962 - pp. -  
223-234.
- 5.- Comentarios de Manuel Toussaint al libro Vida en México de -  
Frances Calderón de la Barca. Imprenta Universitaria. 1942. fags.-  
86-87
- 6.- Rousseau, Jacobo Juan, Julie ou la Nouvelle Héloïse. Lettres -  
de deux amants. París, Garnier Freres.
- 7.- Ortega y Medina, Juan A. Ensayos Tareas y Estudios Históricos.  
Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Vera  
cruz-México, 12, pp. 9 y 10.
- 8.- Ibidem pp. - - - - -
- 9.- Mason, R.H. Pictures of Life in Mexico, London, Smith Elder &  
Co. 1891.
- 10.- Bartlett, John Russeell. Personal Narrative of Explorations,  
and Incidents in Texas, New Mexico, California Sonora and Chihua-  
hua. London-George Routledge and Co. 1854.
- 11.- Sartorius, C. México Landscapes an Popular Sketches London,-  
Trubner & Co., 1859.
- 12.- Butterfield Carlos. United States & Mexican Mail Steamship-  
LINE AND Statistics of Mexico. New York J.A.H. Hasbroeck ana Co.  
1860.

NCTAS A LA INTRODUCCION

- 13.- Lempriere, Charles. Notes in Mexico. 1861-62. London- Lougman Green-1862.
- 14.- Abbot Gorham D. Mexico and the United States New York G. P. - Putnam & Sans - 1869.
- 15.- Evans, Albert S. Our Sister Republic. Gala trip trough tropical Mexico in 1869-70.
- 16.- Baz, Gustavo Adolfo. History of the Mexican Railways. Mexico-Gallo & Co. Edit. 1876.
- 17.- Gray Albert Zabriskie.- Mexico as it is. New York. Dulton & - Co. 1878.
- 18.- Price Thomas. Brief notes taken on a trip to the City of Mexico - 1878.
- 19.- Allen Fred H. Cortes and recent History of Mexico. Boston - 1881.
- 20.- Aubertine, John James. A flight to Mexico. London Kegan Paul-French & Co.-1882.
- 21.- Bishop, William Henry. Old Mexico and the last provinces New York-Harper Brothers, 1883.
- 22.- Brocklehursts, Thomas Unitt. Mexico Today. London John Murray-1883.
- 23.- Blake Mary Elizabeth & Nullivan Margaret Mexico Pictoresque. Political, Progressive. Lee and Shepard-Boston 1888.
- 24.- Ballou, Maturin. Aztec Land. Boston and N.Y. 1890.
- 25.- Janvier, Thomas. Stories of old New Spain. N.Y. Appleton & Co. 1891.
- 26.- Riedel, Emil.- Practical Guide of the City and Valley of Mexico. Epstein 1892.

NOTAS A LA INTRODUCCION

- 27.- Goodhue, Bertram Grosvenor. Mexican Memories N.Y. Allen Co. -  
1892.
- 28.- Roger Thomas. Mexico? St. Sr. Boston Collins Press-1894.
- 29.- Wright, Marie Robinson. Picturesque Mexico. Philadelphia, J.  
B. Lippercott Co. 1897.
- 30.- Good Chambers, Fanny. Face to Face with the Mexicans. New -  
York. Fords, Howard and Hulbert. 1887.
- 31.- Koppe, Carlos Guillermo, Cartas a la Patria. Dos Cartas alema-  
nas sobre el México de 1830). Imprenta Universitaria. México, 1955
- 32.- C.C. Becher, Cartas sobre México. Facultad de Filosofía y Le-  
tras U.N.A.M. México 1959. Tomado de las notas y el prólogo de Juan  
Ortega y Medina.
- 33.- Tannenbaum, Franck. The Struggle for Peace and Bread. Alfred A  
Knops: New York-1956- p.222.

## CAPITULO I

### LA AUTORA.

Con Fanny Chambers Gooch sucedía lo mismo que con la Marquesa Calderón de la Barca; se carecía de una biografía y los datos que acerca de sus vidas se tenían, estaban dispersos y sin conexión. Esto me obligó a ponerme en relación con personas que conocieron a la señora Gooch o que tuvieron referencias de ella. Simultáneamente, reuní cuantos artículos periodísticos pude, relacionados con la vida y obra de la autora de Face to Face with the Mexicans.

Por lo dicho, se comprenderá que no le fue fácil a la autora de esta tesis conseguir los datos biográficos de Fanny Chambers. En México no existe, hasta donde yo sepa, el más mínimo material informativo acerca de la obra y vida de nuestra autora, pues no está mencionada ni en las enciclopedias norteamericanas, ni en el diccionario biográfico americano. Muy pocas son las bibliotecas que poseen Face to Face with the Mexicans, lo cual ha contribuido en mucho a mantener a nuestra autora en el anonimato más absoluto.

Agradezco desde aquí a las instituciones norteamericanas que me han proporcionado datos acerca de la señora Chambers, y a aquellas personas que con toda gentileza contestaron las cartas en las cuales yo pedía datos de nuestra autora.

Fanny Chambers era hija de William y Feriba Magee Chambers, originarios de Hillsboro, Condado de Scott, Mississippi (Estados Unidos).

Era la octava de los trece hijos que tuvo el matrimonio; y había nacido en Mississippi el 11 de septiembre de 1842. Su muerte acaeció en Texas - el año de 1913 y, según se cree, fue enterrada en un cementerio de Austin (1).

Los años de su niñez los pasó Fanny Chambers en su pueblo natal. Al llegar a la adolescencia fuese a vivir con su hermano Lem, que estaba esta ba establecido en Weatherford, Texas. Algunos años después, Lem fijó su residencia en Waco, donde abrió una tienda de abarrotes. Era en los turbulentos años de la Guerra Civil, de la cual Fanny Chambers vivió incidencias que causaron en ella grandes deseos de aventuras. Inteligente, precoz y sin la disciplina de los padres, Fanny se transformó en una mujer voluntariosa, de pensamiento independiente y defensora de los derechos femeninos que las sufragistas de la época empezaban a difundir por los Estados Unidos. En consecuencia, Fanny Chambers no creía que el lugar único de la mujer fuese el hogar; y de ahí que se dedicara a los viajes. Hizo una gira por Europa y estudió en Francia algún tiempo antes de venir a México, donde residió por espacio de varios años.

Quienes conocieron a Fanny Chambers dicen de ella que era "baja de estatura, un poco gruesa, pelo rubio, de voz clara y sumamente locuaz; - ella era la que siempre hablaba y los demás se sentaban y la escuchaban". Su conversación era grata porque "había viajado mucho, era interesante y entretenida" (2).

Mis corresponsales me han hecho la advertencia de que no debe confundirse a Fanny Chambers con otra mujer de su época llamada Fannona - Chambers, hija de Thomas y Margaret Chambers.

Me ha sido difícil seguir cronológicamente la vida y la carrera literaria de nuestra autora. Se casó tres veces. Su primer marido tenía por apellido el de Gooch, apellido que Fanny conservó al enviudar, pero que desechó años después, al casarse con un señor Igleharth. También éste falleció y Fanny Chambers volvió a casarse, esta vez con el Dr. Richard H. L. Bibb. La tercera experiencia terminó en divorcio. Siguiendo la costumbre norteamericana, Fanny Chambers desechó el apellido de Bibb y volvió a recuperar el de su primitivo marido, o sea el de Gooch. Su primer libro lo publicó con el nombre de Fanny Chambers Gooch. Sin embargo, es curioso señalar que otros dos de sus libros los dio a la estampa con el nombre de Fanny Chambers G. Igleharth.

El divorcio fue un capítulo dramático en la vida de Fanny Chambers. Aunque ella no haya hecho referencia del caso en ninguna de sus obras, se sabe que el Dr. Bibb mató a un individuo llamado Grey y que por ello fue procesado por asesinato. El jurado lo absolvió porque quedó probado que el Dr. Bibb había causado la muerte de Grey defendiendo el honor de su esposa Fanny. El Dr. Bibb debió haber amado mucho a su esposa, ya que en una carta que envió al hermano de ésta, Lem Chambers, revela un hondo cariño y respeto por ella y pide a la familia que no lo considere culpable, ni lo censurara, ni lo condenara (3).

Fanny Chambers llegó probablemente a México el año de 1882 en compañía de su esposo el señor Igleharth y formando parte de un grupo de norteamericanos que se establecieron en Saltillo. Como no era costumbre entonces el que las familias viviesen en hoteles, los esposos Igleharth rentaron una casa. (4).

Era una gran casa de adobes, de arquitectura netamente mexicana y construída hacía más de un siglo. Allí empezó nuestra autora lo que ella llama su "vida bohemia". Su hogar le parecía algo tan exótico y primitivo que la "transportaba a la época antediluviana", pues carecía de las comodidades caseras más indispensables.

No obstante estas dificultades materiales, Fanny Chambers empezó en Saltillo el estudio de la vida y del carácter del mexicano. Contrariamente a sus coterráneas que no prestaban atención al vivir del pueblo de México, ella no perdía ocasión para observar ese vivir y, provista de un diccionario y de una gramática, hacía lo posible por expresarse lo mejor que podía en nuestro idioma. Para perfeccionarlo daba todos los domingos por la mañana clases de inglés a jóvenes mexicanos. No hay duda que llegó a dominar el idioma, del cual decía que le gustaba mucho y que tenía un sonido más rítmico y agradable que el de la lengua inglesa.

Mujer de carácter abierto y expansivo, no tardó en hacer muchas amistades y en adentrarse en el espíritu de las costumbres del país, lo que hizo que se comportara con la misma soltura en una choza que en un palacio. Refiere ella que quedó muy satisfecha de sus primeras impresiones y contactos con el pueblo mexicano, lo cual fue causa esencial en su propósito de establecerse entre ellos.

Tanto en sus libros como en las informaciones proporcionadas por las personas que la conocieron, se ve que fue una extranjera que quiso y logró identificarse con México y con su gente. "El ser una presentada en un círculo selecto de México -escribe-, constituye un episodio inolvidable en la vida

del extranjero favorecido por esa presentación en la que se cimentan lazos que lo unen decididamente al país" (5).

Como el antecedente de Fanny Chambers es la Marquesa Calderón de la Barca, conviene decir aquí que mientras esta última tenía que someterse a las limitaciones que el carácter diplomático de su esposo le imponía, la primera no estaba sujeta a restricción alguna. De ahí que su libro, aunque menos profundo en apreciaciones políticas que el de la marquesa, sea más enjundioso que éste en cuanto a descripciones del pueblo, de sus costumbres y de sus aspiraciones. Como Fanny Chambers estuvo en contacto inmediato con todas las clases sociales, en particular las menesterosas y la entonces incipiente clase media, ya en proceso de mayor desarrollo, tomó afecto y estimación por todas ellas, y en verdad, según ella reconoce, el afecto y la estimación le fueron correspondidos.

Viajera por temperamento, gozaba con las impresiones que recibía no sólo en sus giras por el país sino también en sus paseos por las ciudades. -- Estaba siempre atenta a los acontecimientos diarios y sabía comprenderlos y vivirlos, considerándose como parte integrante de ellos.

Amaba la naturaleza y sabía percibir la belleza del paisaje mexicano y describirlo con prosa dinámica. De ahí que muchas veces dijera que nunca quedaba decepcionada frente a las obras del Divino Arquitecto. Conviene recordar que en la época en que la señora Gooch vino a México, éste no era considerado ya como un país exótico en el cual los viajeros corrían peligros, -- tanto por razón de la ausencia de comunicaciones como por la agresividad de algunas partidas de bandoleros. Esto lo puso de relieve varias veces nuestra

autora y lo subrayó en sus viajes por el país, de los cuales se siente ingenuamente orgullosa al decir: "se necesita valor y resolución para trasplantarnos a esta terra incógnita"; pero seguidamente agregaba: "el clima, la hospitalidad de la gente, el hermoso panorama y la novedad de los alrededores, nos compensaron el cambio de vida, lo que habíamos probado ya, lo que era nuestra costumbre, todo lo cual quedaba superado por las experiencias de un mundo desconocido" (6).

La terra incógnita de que habla nuestra autora, no era tan incógnita como ella da a entender, para todos los norteamericanos; los cuales venían a México, no sólo por un afán de aventura, sino porque nuestro país representaba para ellos "fáciles horizontes de lucro y de ganancias" y a la vez les ofrecía nuevas sensaciones y lances románticos que les libraba del hastío de su mundo (7).

Las aventuras de Fanny Chambers nos muestran que era una mujer osada y sin temor. No sólo probaba cuantos alimentos populares veía, por muy extraños que le parecieran, sino que pernoctaba en mesones donde la noche la sorprendía, a pesar de que iba sola. Pocas eran las cosas que detenían su afán de verlo todo; ni siquiera un huracán a medio camino de México a Veracruz. Y si algo la detuvo fue la fiebre amarilla que se había declarado en la región veracruzana, la cual dejó de visitar por un lógico instinto de conservación. A pesar de su espíritu positivo y materialista, engrandecía cuanto observaba y buscaba siempre el lado bueno de las cosas. Ella misma declara que los años que pasó en México estuvieron saturados de felicidad, al recuerdo de la cual, una vez lejos de nuestro país, sentía tanta añoranza que regresó para

conocer más a fondo lo mexicano y compenetrarse mejor con la tierra y sus --  
hombres.

En la redacción de su Face to Face with the Mexicans, Fanny Cham-  
bers no lo dejó todo al azar de sus experiencias personales, sino que estudió --  
la mayor parte de los libros de viajes relativos a Mexico, se adentró en la his-  
toria de éste, bebió en fuentes literarias mexicanas inmejorables y se valió --  
del testimonio de personas contemporáneas que habían conocido a próceres de  
la Independencia y de la Reforma.

Una de las lecturas favoritas de nuestra autora era México a Través  
de los Siglos (8), obra que cita en diversas ocasiones y que copia casi al plé-  
de la letra en aquellas partes que se refieren a la clasificación de los diver-  
sos tipos físicos del país. Dicha obra se fue publicando de 1884 a 1889, de  
donde se deduce que Fanny Chambers la leyó aquí en México. De pasada he-  
mos de decir que tuvo un gran acierto en la selección de los libros que leyó --  
acerca de México.

También menciona muchas veces a Alejandro von Humboldt (9), co-  
piando párrafos enteros de su Ensayo Político sobre la Nueva España, y también  
cita lecturas anteriores a su viaje. Por lo que respecta a la historia, Fanny --  
Chambers era lectora asidua de la escrita por don Lucas Alamán, la cual con-  
sidera como la más importante que se haya publicado hasta entonces. El mis-  
mo concepto tenía de las Disertaciones (10) y la obra histórica de Alamán. --  
La Vida en México de la Marquesa Calderón de la Barca (11) y México, lo --  
que fue y lo que es, de Brantz Mayer (12), eran lecturas favoritas suyas.

Así mismo se ocupó Fanny Chambers de la historia de la conquista,

siendo su fuente de información la Historia de Bernal Díaz del Castillo (13), - más las obras de Ignacio Manuel Altamirano (14) y de William Prescott (15). - Este último lo cita especialmente en la medición que hizo de la pirámide de - Cholula. Nos informa también Fanny Chambers que le ayudaron las investiga- ciones de Hubert Howe Bancroft (16).

No olvidó tampoco las obras literarias precortesianas. En el capítu- lo titulado "Una Ojeada a la Literatura Mexicana" del libro que comentamos (17), describe lo que ella llama "literatura primitiva". No profundiza en ésta, pero menciona las poesías de Netzahualcōyotl y seguidamente pasa a ocuparse - de la obra de los padres franciscanos, a los que califica de "pioneros de la li- teratura mexicana", en particular Toribio de Benavente, Bernardino de Sahagún y el Padre Bartolomé de las Casas. Junto a ellos menciona también los principa- les cronistas de la Nueva España.

Para Fanny Chambers la ciudad de México es como un centro de grave- dad alrededor del cual giran grandes genios literarios, artísticos y científicos - de las provincias. Sus descripciones de las "sociedades literarias" podrían ser- vir de antología costumbrista, y dice que el General Vicente Riva Palacio no - sólo era un escritor excelente sino también un anfitrión atentísimo que daba un realce singular a sus famosas veladas literarias. Asimismo nos habla de las personas y obras de Altamirano, Guillermo Prieto, Juan de Dios Peza y muchos otros ingenios de la época.

Se trata, ciertamente, de una revisión superficial de la literatura me- xicana; pero no por ello deja de ser interesante, porque revela el concepto que los extranjeros cultos de la época tenían de México. Del total de sus observa-

ciones, Fanny Chambers llega a la conclusión de que las facultades literarias y poéticas son inherentes al pueblo mexicano.

Hay que subrayar que no escribió solamente Face to Face with the -- Mexicans -libro que le dió fama en los Estados Unidos-, sino que es autora de - otros dos libros que causaron grande impresión en su país: "The Tradition of -- Guadalupe and Christmas in Old Mexico (18) y The Boy Captive of the Texas - Mier Expedition (19). Además de los libros, escribió gran cantidad de artículos periodísticos y ensayos sobre diversos temas.

La excelente calidad de su obra le granjeó amplio crédito en su país y fue nombrada por ello Miembro de la Sociedad Histórica y Científica de Europa y América, y formó parte de la Real Sociedad de Ciencias y Letras de Londres (20), indicio de que también en Inglaterra era conocida y apreciada.

The Tradition of Guadalupe and Christmas in Old Mexico vió la luz en Austin, Texas, el año de 1890. Esta obra consta de dos partes. La primera denominada "Tradición de Guadalupe", en la que se inserta íntegramente la historia del indio Juan Diego y de las apariciones de la Virgen de Guadalupe al pie del Cerro del Tepeyac. El material informativo lo obtuvo Fanny Chambers de la historia de Don Luis Becerra Tanco, publicada en 1666, y que ella consideraba como la más auténtica y la generalmente aceptada. Esta opinión coincide con la formulada por Paco de la Maza, el cual considera que la obra de Tanco es la más exacta. En el escrutinio de la historia Tanco dijo que lo tradicional se convertía en lo historial (21).

La segunda parte tiene por tema "La Navidad en el México Antiguo". Relata aquí como se celebraba la Navidad Mexicana en contraste con las cos-

tumbres navideñas de los Estados Unidos; y atribuye la brillantez de la celebración mexicana, al clima y a la construcción de casas sin chimeneas, lo que impedía la adopción del símbolo de Santa Claus, personaje nortño que penetra por las chimeneas, pero que no visitaba a los niños mexicanos. Son apreciaciones ingenuas, pero que dan color al relato. No olvida Fanny Chambers ni las piñatas, ni las posadas, ni los demás pasatiempos con que se acogía en su época la Pascua de Navidad. Así mismo menciona los Nacimientos y cita algunos — que eran populares. Por último, describe la pompa y esplendor con que se viste la Basílica de Guadalupe en las grandes festividades religiosas, y la denomina el máximo lugar del culto mexicano.

En el libro en cuestión se nota el influjo que sobre nuestra autora tenían las escenas callejeras, las cuales describe con maestría, pintando detalladamente el aspecto de los portoseros, el de los vendedores de tortillas, de frijoles y de flores. Como experiencia personal, recuerda con gran cariño la posada navideña a la que asistió en casa de su gran amigo el General Vicente Riva Palacio, posada en la que hubo un derroche de ingenio y de originalidad.

El último capítulo del libro, titulado "Regreso Feliz", fue agregado por Fanny Chambers doce años después de la primera edición. En ese lapso ansiaba regresar a México, y logró su propósito en la Navidad de 1900. Aprovechó la ocasión para señalar en dicho capítulo los cambios que había notado en los aspectos de la vida mexicana. Habla del progreso y de la prosperidad evidentes y los atribuye a las dotes indiscutibles de gobernante del General Porfirio Díaz.

The Boy Captive of the Texas Mier Expedition fue publicado en 1909

en San Antonio, Texas. Se refiere a la expedición de Texas Mier, que tuvo por finalidad castigar los actos cometidos por los mexicanos en El Alamo. Es la historia de seis valientes jóvenes no mayores de 15 años de edad, al frente de los cuales estaba el texano John Christopher Columbus Hill, individuo pintoresco que cayó prisionero. Fanny Chambers se vale del relato que Hill le hizo de sus peripecias en México para escribir lo más importante de dicho libro. Si Hill eligió a nuestra autora para confiarle su relato, lo hizo porque conocía desde hacía tiempo la asociación de Fanny Chambers con todo lo mexicano y había leído Face to Face with the Mexicans.

Fanny Chambers dedicó el mencionado libro a los pioneros norteamericanos que "con su valor, energía e inteligencia, lograron la independencia de Texas". En dicho episodio vió nuestra autora la lucha por la supremacía entre dos razas: la latina y la anglosajona. Consideró la expedición como uno de los muchos amargos momentos que pasaron los norteamericanos para conseguir la posesión de Texas (22).

No obstante esto, se esfuerza por ser imparcial y por demostrar simpatía a las dos partes antagónicas, con lo cual creyó firmemente que obraba con justicia. Conviene decir que el libro lo escribió cuando las complicaciones fronterizas entre los Estados Unidos y México habían dejado de existir y cuando la amistad entre ambos países era considerada firme y duradera.

Por último, hay que señalar que Fanny Chambers no regateó elogios a don Porfirio Díaz y al gobierno de éste. Nuestra autora consideraba a las autoridades mexicanas como gente capacitada y culta, y así mismo consideraba que el nuestro, era un país altamente civilizado gracias a tener por gobem-

te a un jefe progresista como don Porfirio. Estos elogios de Fanny Chambers, los expresaban generalmente todos los norteamericanos que venían a México. Los que de ellos acudían impulsados por ambiciones de lucro, las veían satisfechas, gracias al favoritismo que les prodigaba el gobierno. Los capitalistas norteamericanos que venían a nuestra patria para hacer inversiones en las minas y las industrias, obedecían a los deseos del presidente Díaz que anhelaba el desenvolvimiento de México, para lo cual estimaba imprescindible el capital extranjero, ya que no lo había mexicano. En particular, los norteamericanos eran los que más privilegios gozaban.

Los elogios que la señora Chambers dedica a los ministros del gobierno de Porfirio Díaz, carecían de una visión política de la realidad mexicana. Esos ministros estaban en el poder de manera indefinida, pues el criterio de don Porfirio era que de este modo se aseguraba un buen gobierno, estable y perdurable. Además de esto, Porfirio Díaz prefería fossilizarse con su camarilla por el "temor a los escándalos que los cambios de gobierno ocasionan".

Para que se comprenda mejor lo que se acaba de decir acerca de la continuidad del gabinete, he aquí la composición de éste en los años que Fanny Chambers estuvo en México: Secretario de Relaciones Exteriores, Lic. Don Ignacio Mariscal; de Gobernación, General don Manuel González Cosío; de Hacienda, Lic. Don José Ives Limantour; de Guerra y Marina, Gral. Don Felipe Berriazábal; de Justicia e Instrucción Pública, Lic. Don Joaquín Baranda; de Fomento, Don Manuel Fernández Leal, y de Comunicaciones y Obras Públicas, Gral. Don Francisco Z. Mena.

NOTAS AL CAPITULO I

- 1.- Datos porporcionados Por Mrs. Mattie Mae Chambers Gooch, esposa de Chester Hall Chambers, del Paso, Texas, sobrino de la autora.
- 2.- Datos porporcionados por Mrs. Abby Moran, que conoció personalmente a nuestra autora (en la actualidad es Jefe del Departamento de Historia de la Biblioteca Pública de Forth Worth.)
- 3.- Carta dirigida a Lem Chambers, hermano de la Autora, a la ciudad de Naco Texas, escrita por Richard H.L. Bibb en la ciudad de Saltillo. México Dic.-25-1882.
- 4.- Más tarde aparecen en casa de huéspedes; como La Cosa de Troya, La de Tulitus Quintero, La de Aurelia Aguirre. Robles Alessio, Miguel, Perfiles del Saltillo. México, 1923, página 137.
- 5.- Chambers op. cit. 210
- 6.- *Ibidem*, pag. 38.
- 7.- Ortega y Medina J. México en la Conciencia Anglo Sajona. Antigua Librería Robledo. México, 1955, Tomo II, Página 26.
- 8.- México a través de los Siglos, publicado bajo la atrección del Gral. Vicente Riva Palacio.
- 9.- Humboldt Alejandro Von. Ensayo Político sobre la Nueva España. La autora pudo haber leído el publicado por primera vez en Francia en el año de 1811, o en el publicado después de Londres donde se popularizó como el "oráculo Financiero".
- 10.- Alamán, Lucas. "Historia de México".  
La autora probablemente vio la edición de 1849-52, Impresa por Jol de Lorea, o la de 1883-85 de la Imprenta de Don Victoriano Agüeros. Hay dos ediciones más: 1938, Ediciones Herrerra, y 1942, de la colección de los grandes autores mexicanos bajo la dirección de Carlos Pereyra, Ed.: Jus.

- 11.- Calderón de la Barca, Frances, *Op.Cit.* Cuanuo la señora Chambers publicó su libro, la marquesa había muerto hacía 5 años, en 1862, a la edad de 76 años.
- 12.- Mayer L'antz, México lo que fue y lo que es. Probablemente nuestra autora vio la primera edición que salió en Inglés en 1844. La primera edición en español es del año de 1953, editada por el Fondo de Cultura Económica.
- 13.- Díaz del Castillo, Bernal. "Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España. Editorial Porrúa, S. A.- 1942 (probablemente la Sra. Chambers utilizó la edición de Cushings and Appleton Sule, Mass. 1803, o tal vez una más antigua de 1800 editada por J.Wright
- 14.- Altamirano, Ignacio Manuel. (1834-1893) "Historia y Política de México. Empresas Editoriales, S.A. 1947.
- 15.- Prescott, William Heeking, "The Conquest of Mexico". J.H.Deut & Sons. London, 1909.
- 16.- Bancroft, Hubert Howe, Resources and Development of Mexico. Sn Fisco. The Bancroft co. 1893.
- 17.- Chambers, *Op.Cit.*Fag.374.
- 18.- Lo publica bajo el nombre de Igleharth Mrs. Fanny (Chambers) Gooch. Austin Texas, Imprenta de Von Boeckman, Schutze. S. co.1890
- 19.- Publicado con el nombre de Fanny Chambers Gooch en San Antonio Texas, imprenta de J.R. Wood y Co. 1909.
- 20.- Dicho por Mrs. V.O.King en la reseña que escribió para Prominent Women Of Texas.
- 21.- Maza Francisco. El Guadalupanismo Mexicano Porrúa y Obregón, S A. México 1953.pp.55-56.
- 22.- Expedición realizado en 1842.

## CAPITULO II

### LA OBRA.

Face to Face with the Mexicans ("Cara a Cara con los Mexicanos"), es un libro dedicado íntegramente a México y a los mexicanos de la época más brillante del porfirismo; es decir, cuando éste estaba en la cumbre de su poder y el dictador era considerado en los Estados Unidos como uno de los más grandes estadistas del mundo. Esto explica suficientemente la conveniencia de estudiar esta obra, traducirla al castellano y sacarla a la luz.

Para nosotros, es un testimonio valioso aportado por una mujer de ta lento que presenció y vivió importantes acontecimientos históricos durante su estancia de siete años en México.

Su curiosidad era insaciable, lo que le proporcionó un amplio conocimiento del país y de sus moradores; ya que, como dice Telxidor de la Marque sa de Calderón de la Barca, Fanny Chambers "analiza a los hombres y las cosas con potente microscopio" (1).

En muchas ocasiones los juicios que nuestra autora emite acerca de México y de los mexicanos, pecan de apresurados y hasta de ligeros; pero los conceptos esenciales son reflexivos y maduros. No hay duda de que era una mujer dotada de grandes cualidades humanas que hicieron darle a su libro un carácter amable, lleno de observaciones atinadas y perspicaces, salpimentadas muchas veces de un gran sentido del humor y otras de frases apasionadas.

Se nota que se daba cuenta perfectamente que estaba viviendo un -

momento histórico importante de carácter progresista. En los capítulos relativos a la historia y a la literatura, su crítica no penetra más allá de la epidermis de las cosas; en cambio, en el marco costumbrista, revela un ingenio poco común. Es lamentable que no le interesara la arqueología, pues nos hubiera legado datos interesantes de la época.

Cuando Fanny Chambers escribe a vuela pluma, sin meditar mucho los conceptos, revela los prejuicios norteamericanos de superioridad con respecto al indio y entonces sus frases benevolentes con respecto a éste suenan a falsedad.

En la preparación de su libro, no se valió de un acervo epistolar copioso como el de la Marquesa de Calderón de la Barca, el de Guillermo Koppe, el de Becher y el de tantos otros viajeros.

Aunque es imposible definir exactamente cuál sea el género de Face to Face with the Mexicans, es evidente que por una parte es un libro histórico, por la otra un conjunto de estampas costumbristas, y por último, una serie de relatos de viajes. La autora no se preocupaba mucho del formalismo literario sino que escribía sus propias experiencias y observaciones conforme las iba sintiendo; y se consideraba facultada para emitir juicios y dar consejos. Su poder de observación era sencillamente admirable y a esto se debe tal vez el encanto que surge de sus descripciones. Se fijaba en los detalles más nimios y cuanto veía lo estimaba digno de ser escrito y publicado.

Raros son los autores extranjeros que hayan sabido captar con tanta fidelidad y cariño las escenas callejeras que Fanny Chambers contempló y transmitió a la posteridad. Ella misma nos dice que esto lo lograba con observacio-

nes que efectuaba "día tras día, durante una larga temporada, sentada al balcón, lo cual le producía placer y entretenimiento" (2).

Face to Face with the Mexicans, es un conjunto de documentos vivos, de datos fieles acerca del aspecto de la ciudad de México, de sus habitantes y de sus costumbres. Tal vez algún purista exigente calificaría el libro de demasiado minucioso y detallista, pero es precisamente esta característica la que le da valor especial, pues describe pormenorizadamente desde los aspectos políticos y sociales del México porfirista, hasta las canciones, cuentos populares, adivinanzas, recetas de cocina, remedios a base de plantas, etc.

Un crítico de lengua inglesa calificaría el estilo de Fanny Chambers de pobre, inelegante, incorrecto y hasta plagado de barbarismos. Sin embargo, ese estilo es claro, expresivo, realzado con adjetivos y repeticiones que le dan un aire gracioso y peculiar. Sobresalen del libro tres características: sencillez en el lenguaje, soltura en la narración y facilidad en la descripción.

Algunas veces la autora se sale del tema y, sin malicia alguna, se convierte en propagandista de sus ideas religiosas protestantes. Por ejemplo: al exponer las actividades del arzobispo Riley, de la Iglesia Anglicana Episcopal, en México, dice que está desarrollando una magnífica labor evangélica en el país, labor que debe ser apreciada y apoyada con recursos económicos por parte de los fieles norteamericanos al credo episcopal. Dicho esto, pide a sus conciudadanos aporten contribuciones en dinero, enviándolas al número 43 de la Bible House de Nueva York (3). El Doctor Bóez, que estudió la penetración protestante en la América Latina, indica que la labor misionera de los evangélicos en México, se había iniciado después de la Independencia y había

cochado cuerpo y fuerza durante las últimas cuatro décadas del siglo XIX (4). - En consecuencia, Fanny Chambers llegó a México cuando el movimiento protestante estaba en plena organización y por ello hacía votos para que dicho credo se propagara lo más posible. En su libro aporta su grano de arena como propagandista del protestantismo, religión que, aunque disimuladamente, considera superior a la católica, a la cual veía como una especie de subreligión cristiana o de algo más inferior aún.

Tomando ejemplo del Barón de Humboldt, Fanny Chambers gusta de hacer comparaciones entre las cosas de México y las famosas del extranjero. - De ahí que nos hable de Teotihuacán como de la Pompeya de México, y de Puebla como de las Tierras Bajas de Escocia.

El libro está enriquecido con gran número de ilustraciones realizadas por Miss Isabel V. Waldo, retratista de Nueva York que se encontraba en México durante la estancia en él de nuestra autora. Pero no todas las ilustraciones corresponden a la señorita Waldo, sino que parte de ellas fueron hechas por Ramón Castañeda, alumno de la Academia de San Carlos. Estas últimas son magníficos dibujos que concuerdan perfectamente con los relatos del libro y llenan las lagunas descriptivas de éste. Entre esos dibujos se destacan una cocina típica de entonces, un aguador ambulante, unas lavanderas, una calle popular y diversos paisajes.

Fanny Chambers publicó su libro por placer y afición y no con fines lucrativos. La impulsó también el deseo natural de darse a conocer y de comunicar a sus lectores las observaciones y estudios realizados durante sus viajes. Al principio no tenía el propósito de escribir un libro, sino que relataba

a sus amistades muchas de las cosas que le habían ocurrido en México. Le instaron aquellas entonces a que escribiese una serie de artículos para un periódico texano. En parte, incluyó también la vanidad, no como defecto, sino como algo natural y humano de sentirse original.

Ella aceptó el encargo y se puso a trabajar inmediatamente; pero -- como descubriera que poseía un material abundantísimo y que su memoria le -- ayudaba considerablemente, decidió convertir los artículos periodísticos en un libro. Al principio pensó limitar el contenido de éste a las observaciones que había hecho en la ciudad de Saltillo; mas conforme iba avanzando en la obra, se percató de que ésta necesitaba ser mucho más amplia. En consecuencia, regresó a México para completar sus materiales informativos y visitó las principales ciudades del país.

Realizada esta labor, se fue a Nueva York, donde los editores Fords, Howard & Hulbert aceptaron el manuscrito y lo publicaron el año de 1887 en la imprenta de J. J. Little & Co. situada en Astor Place. Fue la primera edición, a la que habrían de seguir otras más, no sólo en inglés sino también en otras -- lenguas europeas.

Nuestra autora expresó claramente que el propósito de su libro era conocer la vida y el carácter del mexicano y señalar las grandes diferencias que existen entre los Estados Unidos y México, tanto en costumbres, tradiciones y le yes, como en sentimientos; pero no con la intención de poner en contraste esas diferencias, sino con el afán de que los dos países se conocieran mejor y surgiera entre ambos una corriente de comprensión fraternal.

Pero, como ya se ha dicho en la Introducción, Fanny Chambers no descuidaba los objetivos económicos norteamericanos en México, y por ello - dio también a su libro una finalidad informativa para que sus compatriotas, además de sentir amistad por nuestro país, acudieran a él para hacer negocios, conseguir mercados y sentar las bases de la expansión imperialista norteamericana.

Como toda obra literaria que adquiere amplia difusión, el libro de Fanny Chambers suscitó interés, censuras y críticas favorables. Elizabeth Brooks escribió: "Logró mucho éxito y se publicó en muchos países. La autora recibió cartas de elogio y de aprecio de los hombres más notables de América y de Europa. La venta del libro se popularizó en diversos países extranjeros."(5).

Frances E. Willard se expresó así: "La señora Gooch consiguió una visión profunda y no superficial de la vida de nuestros vecinos, material que después empleó con tanto éxito en su libro sobre México. Es, no hay duda, un libro sobre México. Es, no hay duda, un libro valioso"(6).

La señora King expresó estos conceptos: "Como es una observadora muy minuciosa, todo lo que escribe posee un sabor notable de habilidad y encanto..." "La señora Igleharth posee el don de la creatividad y de la expresión, los cuales están combinados armoniosamente en el logro de un trabajo efectivo..." "Cuando el libro apareció fue difundido ampliamente por el país, y los periódicos y las revistas le dedicaron importantes críticas, de las cuales, una de las más brillantes, es la del escritor William Dean Howells, que dedicó a la autora cuatro páginas en la revista Harper's Monthly" (7).

En la revista Spectator se habló así de Fanny Chambers: "La ciudad de México ha sido amplia y bien descrita en recientes trabajos de viajeros in-

gleses y norteamericanos; pero el aspecto interno de la vida cotidiana de todas las clases sociales, desde la más alta hasta la más baja, nunca ha sido fi dedignamente retratado como en esas páginas"(8).

Elizabeth Brooks opinó: "Es probable que su genio no haya madura do todavía; pero es cierto que ha logrado un lugar distinguido en el mundo de las letras, y que debe reconocérsele un individualismo poderoso y un pensamiento original..." "Debe considerarse esta obra entre los más valiosos traba jos históricos"(9).

Me hubiera gustado incluir aquí otras opiniones que la crítica litera ria e histórica ha hecho de la obra de Fanny Chambers. Como esto es imposible, me limitaré a decir que esa obra sirvió, en cierta medida, de sugestión para autores como Cosío Villegas (10) y José Moreno Villa. Este último, al hablar de la ademanología --expresión o lenguaje por medio de ademanes -- especialmente la comparada, se inspiró muy probablemente en nuestra autora (11).

Fue el autor mexicano Andrés Henestrosa el que rescató del moni mato a Fanny Chambers, al mencionarla, así como a su obra, en una de sus Alacenas de Minucias (12), donde dice: "En los días en que Frances Erskine Inglis cerraba los ojos, otra dama, esta norteamericana publicaba en Boston otro de los libros, si bien conocido de muy pocos, uno de los más sentidos, sim páticos y tiernos que se hayan escrito sobre nuestro país. La autora Fanny Chambers Gooch vivió en esta ciudad durante siete años y tuvo la provechosa curio sidad de ir anotando todo aquello que lograra traspasar la mera visión física de

las cosas, para ir a caer en el campo de la observacion inteligente. El libro de la señora Chambers Gooch, titulado Face to Face with the Mexicans, con signa algunas de las observaciones más útiles sobre nuestra psicología, tal aquella que explica nuestros ademanes, sin los cuales a las palabras lesaltarían sílabas.

NOTAS AL CAPITULO II

Teixidor, Felip. Prólogo a "La Vida en México" de Madame Calderon de la Barca.

2.- Chambers, Op. Cit. Pag. 485.

3.- *Ibidem*, pag. 509.

4.- Blex Camargo G. Documentos Inéditos o muy raros para la historia del Protestantismo en Ibero-América. Colecc. documentos. México, 1961.

5.- Sketch on the Life of Mrs. Fanny Chambers Gooch by Brooks Elizabeth "Prominent Women of Texas", Akron, Ohio: The Werner Company, 1896, pags. 105-106.

6.- Frances E. Willard and Mary A. Livermore. A woman of the Century 1893 p. 323.

7.- Mrs. V. O. King, Texas Womens Hall of fame. Mrs. Fanny Chamber Gooch Igleharth.

8.- Extracto de The Spectator 17 de enero de 1891.

9.- Brooks, Elizabeth, Op. Cit. pags. 105-106.

10.- Cosío Villegas. Utilizó la obra de la obra de la Sra. Chambers en la formación de su capítulo Pirámide Humana pag. 172-415-213 en su capítulo Imagen Venerada pag. 164-215

11.- Moreno Villa, José. Cornucopia de México. La casa de España en México, Ia. Edic. 1940. F.C.S. Capítulo Tres Ajenas, pag. 14-16

12.- Henestrosa Andrés. Suplemento Dominical de El Nacional, Sección Alacena de Minucias. Domingo 19 agosto 1951.

### CAPITULO III

#### CARACTER DEL MEXICANO

Dice Santiago Romfrez que "conocer al mexicano en su manera de ser se ha transformado en una preocupación sustancial del propio mexicano" (1). Esta afirmación es exacta; pero exige el complemento de conocer lo que los extranjeros han dicho y han intuido acerca de nuestra patria. La comparación entre las observaciones de ellos y su manera de pensar con respecto a nosotros y nuestra propia apreciación son factores ineludibles que nos darán un mejor conocimiento global de lo que es Mexico, y por ende lo mexicano. Acerca de las preocupaciones de los mexicanos contemporáneos en relación con su propio conocimiento, se ha seguido la trayectoria señalada por Samuel Ramos, el cual afirma "que se puede confiar en: el porvenir de México, pues sus hombres ya se han dado cuenta del vacío que llevan en su ser, yha despertado la voluntad de llenarlo formando la personalidad que falta"(2). Octavio Paz ha contribuido también a desentrañar nuestro hermetismo, a mostrar lo que él llama el criterio mexicano.

Esto concuerda con el pensamiento, de actualidad perenne, de Séneca, que decía: "En ninguna parte es extranjero el hombre; su verdadera patria es el Universo"(3). Esta idea la desarrolla Manuel Gamio con esta frase: "En la actualidad, época en que la humanidad tanto anhela el internacionalismo, o sea la abolición de las nacionalidades, de las fronteras geográficas, en que se lucha con ahínco por una federación internacional, debemos tender como primer paso a la creación de una nación que sólo se logrará con el equili-

brio y convivencia de dos civilizaciones que difieren profundamente"(4).

Ciertamente es así, como se subraya en el prefacio de Schlarman: "En el alma del mestizo iberoamericano batallan el pensamiento y el carácter de indios y blancos, en busca del equilibrio futuro y de la orientación definitiva ... Las viejas ideas indias chocan contra las europeas y blancas, y la poca armonía entre ellas, ocasiona la volubilidad, la afición a la rebeldía y al tumulto del mestizo.

"La vieja raza india de milenaria tradición es una estupenda reserva humana, de grandes posibilidades. Fanny Gooch no comparte el juicio de los pioneros norteamericanos que dicen que "el mejor indio es el indio muerto".

"México es todavía un semillero de naciones, sociológicamente hablando. Y aunque aparece formando un solo estado, ha existido siempre la dificultad de gobernarnos con leyes que sean expresión de la voluntad general. Tiene que haber unidad de raza para que las disposiciones estén encaminadas al bien común y promulgadas por aquellos que tengan en cuenta el cuidado de toda la comunidad." (5).

Pasemos ahora a ocuparnos de cómo vió ella el carácter del hombre mexicano.

En primer lugar, digamos que le causó asombro la diversidad de tipos, rasgos y complejiones del mexicano. Al llegar a México creía que todos sus habitantes eran de tez morena, pelo negro y ojos oscuros. No tardó en convencerse de su error.

Otro error que desechó inmediatamente es el relativo a la hipocresía que algunos extranjeros atribuyen al mexicano; idea que Coetzé Villegas expresa en estos términos: "Según la opinión extranjera, los mexicanos eran hipócritas y melosos, la cortesía era lo que más les llamaba la atención, y en el saludo se ponía un calor insincero" (6).

Fanny Chambers reitera varias veces en su obra que la gentileza del comportamiento de los mexicanos es auténtica y que sus maneras corteses las encontró en todas las clases sociales. "Nada tenían que ver en ello — escribe — ni el origen ni la educación: era un instinto exquisito, común a todos ellos como nación." (7). Esta fina observación de nuestra autora es exacta; pero ella no vio los antecedentes de este importante rasgo de los mexicanos. El antecedente lo ha expuesto Ortega y Medina con estas palabras: "En nuestro México entróncanse la corriente tradicional del indio cortés, amante de las flores y obsequiador delicado de primorosos ramilletes, con la no menos tradicional del caballero español etiquetero de los Siglos XVII y XVIII" (8).

Es necesario observar que a pesar de su carácter anglosajón, de su origen pequeño-burgués que la revestía de una filosofía rotundamente realista y práctica, Fanny Chambers no sintió extrañeza ni recelo por la cortesía mexicana; en cambio, a la Marquesa Calderón de la Barca le parecían excesivas tantas muestras de cortesía, que en algunas ocasiones dice que le resultaban fatigosas en extremo.

Para nuestra autora, los convencionalismos sociales que rigen las vidas de los mexicanos hacen estas más agradables, tanto para ellos como para

el extranjero. Nunca le parecen excesivos esos convencionalismos. De ahí que no estuviese de acuerdo con el criterio generalizado en 1895 en los círculos intelectuales mexicanos de que "si se suprimieran esos convencionalismos, se habría terminado ya la red ferrocarrilera, la administración pública sería perfecta, y, en una palabra, la prosperidad nacional no estaría contenida en la crisálida del deseo, sino que sería una hermosa y viviente realidad "(9).

Además de rechazar ese criterio, Fanny Chambers concordaba con lo que muchos años después diría José Vasconcelos: "que poseemos una inclinación decidida hacia las formas finas y nobles"(10). Inclinación y formas que llamaron la atención de nuestra autora, mujer romántica y extranjera, que se complacía en figurarse transportada a épocas preteritas en que regían las normas de la caballería. Y al comparar esta cualidad de los mexicanos con el temperamento bronco de los norteamericanos, no titubeaba en decir que esa caballería no podía sentirla en su patria.

Al continuar la descripción del carácter mexicano, dice que los mexicanos son muy observadores, que se fijan mucho en la fisonomía de sus interlocutores y de las personas que conocen; y que, no obstante su timidez, son agudos críticos del comportamiento de los extranjeros. Esta observación de la escritora norteamericana es válida todavía hoy.

En sus relaciones con el extranjero — dice — el mexicano se muestra suspicaz y desconfiado. Y justifica esta actitud porque el mexicano sólo sabía de los extranjeros la imposición violenta por medio de las armas y

las hostilidades que realizaban para aplastar su existencia nacional. A pesar de esto, reconoce que el mexicano es hospitalario con los extranjeros y subraya: "Es de dudarse que exista otro pueblo que le demuestre a un extranjero tanto calor e interés en servirlo como nuestros próximos y sin embargo alejados vecinos mexicanos" (11).

Asegura que ningún pueblo es tan conocedor de sus defectos nacionales, políticos y sociales como el pueblo mexicano; pero ante cualquier censura que un extraño haga de esos defectos, el mexicano se siente herido, lo que conlleva una reserva nacional difícil de vencer. Esta apreciación es correcta y vale no sólo para la época en que escribía nuestra autora sino también para la actual.

En cambio -dice-, si el extranjero se acerca con amistosa buena voluntad y demuestra el debido respeto a las costumbres, se encontrará con que no hay gente más agradable que los mexicanos ni más pronta a servir al extranjero de cualquier país que éste sea. La hospitalidad es una de las características nacionales; pero tiene una naturaleza peculiar y diferente de la norteamericana, ya que es muy difícil obtener una franca bienvenida, hasta el punto de que las altas clases sociales mexicanas son casi tan impenetrables como las cortes europeas. Para nuestra autora son pocos los privilegiados que consiguen dicha bienvenida y que tengan acceso a la vida hogareña del mexicano; pero una vez admitidos como amigos personales, se acaban las formalidades y las reservas y emplezan, para no terminar, las atenciones más amables: el extraño deja de serlo.

El que sean celosos y se ofendan fácilmente, tanto con los amigos -

Íntimos como con quienes no lo sean, lo atribuye la señora Gooch al clima y a la altura de la ciudad de México (12). Aparte de esto, son poéticos y sentimentales en las relaciones sociales, y su conducta está guiada en todo momento por la buena crianza y la urbanidad. Son festivos y joviales; pero dentro de la dignidad que los caracteriza. Acerca de la tradicional "hospitalidad mexicana", dice que ésta se manifiesta en todos los órdenes sociales: quien llegue a un pobre jacal no sale de él sin ser obsequiado antes con un tazón de chocolate; y si el anfitrión es alguna persona rica, sabe entretener a sus convidades con una soltura admirable, la cual se manifestaba lo mismo si se trataba de cincuenta que de seiscientos personas.

Nos dice que al visitante se le recibía con alegría y con atenciones abrumadoras y que en esto tomaba parte toda la familia, cada uno de cuyos miembros se esmeraba en entretenerlo y en procurar que se sintiera a gusto. Probablemente se refería de manera especial a las veladas que había pasado en casa del General Riva Palacio, donde con tanto afecto era recibida. De Riva Palacio se decía que "era uno de los más completos e interesantes escritores liberales"; y de ahí que despertara en nuestra autora un gran interés, pues apreciaba en él la agudeza y el ingenio (13).

Acerca de la amistad dice que los mexicanos le brindan en forma franca y sincera; que son fieles a ella y que cuando una persona resulta favorecida con el afecto de un mexicano, éste es constante e inalterable. También saben guardar herméticamente un secreto y nadie ni nada les podrá inducir a traicionar la confianza que en ellos se había depositado. "Es más fácil hacer una incisión en el costado del Popocatepétl con una serpiente" — escribe Fanny —

Chambers- que extraer de un mexicano lo que no quiera decir" (14).

Elogia la caridad que observó durante su estancia en el país, y asegura que el mexicano nunca niega ayuda al necesitado ni lo desprecia. De la pobreza nos dice que aunque se la considera deplorable, no constituye en modo alguno una deshonra. Cada familia rica ayuda a sus parientes pobres, dándoles algún empleo en la propia casa, como por ejemplo, el de ama de llaves o el de sirviente de confianza. Es cosa común el que las familias ricas adopten niños pobres.

La cohesión de la familia causa asombro a nuestra autora, la cual, ante la fuerza de los lazos familiares dice: "La veneración a los padres les acompaña a través de sus vidas matrimoniales e incluso aumenta con el paso de los años: un hombre nunca envejece bastante como para no besar la mano de sus ancianos padres" (15).

Asevera que en ningún otro país había observado ella tanta firmeza en los lazos familiares, y añade que, para los mexicanos, la sola idea de separarse de los padres, incluso después del matrimonio, les llena de angustia, por lo cual no es nada raro ver media decena de familias viviendo bajo el techo paterno. Los hijos y las hijas mayores nunca olvidan el respeto y la obediencia que se exigía de ellos cuando eran niños.

No ocultó, nuestra autora, su admiración por el talento natural de los mexicanos; y señaló que a pesar de que ese talento le estimulaba el gobierno por medio de sus instituciones educativas, no tenía el reconocimiento ni el aprecio popular que debería tener. Esta apreciación la refería especialmente a los artistas y decía que muchos de ellos, que eran verdaderos talentos, no pe

dían desarrollar sus facultades porque les faltaban medios económicos; y que, en consecuencia, no les quedaba otra alternativa que emplear su ingenio en las alegres decoraciones de las pulquerías. Este criterio era acertado, pues, incluso en tiempos recientes, para que un artista mexicano fuese reconocido como tal, debía recibir el espaldarazo en el extranjero.

Esta circunstancia, aparentemente nociva para los artistas nacionales, fue en el fondo beneficiosa, porque les evitó ser arrastrados por las corrientes europeas en boga, tan apreciadas por las clases privilegiadas mexicanas y tan auspiciadas por la dictadura porfirista. Esto lo expresa Manuel Gamio diciendo que "en el siglo XIX la importación de ideas artísticas europeas, hizo que el arte indígena fuera conservado y cultivado por la raza indígena exclusivamente, en tanto que el resto de la población degeneraba en su criterio estético, que no ha sido otra cosa que una pobre imitación del europeo" (16).

Fanny Chambers conoció personalmente ciertas interioridades de la Academia de San Carlos y al hablar de los maestros y alumnos, y en general de los artistas, dice no parecen haberse inspirado en los bellos objetos naturales de su propio país. Y que, a excepción de Jose María Velasco (17), que ocupa la vanguardia en las pinturas de paisaje con el tema casi exclusivo del Valle de México, nadie ha puesto atención significativa al escenario mexicano.

Acerca de las antigüedades de nuestro país, dice la escritora norteamericana que constituyen un mundo de pensamiento que merece ser investigado y conocido. Pero de esta cuestión se hablará más adelante.

La educación pública inspiró a nuestra autora algunas páginas que recogieron aspectos superficiales y que olvidaron los más importantes. Dice que

el mayor obstáculo para el desarrollo de la enseñanza, era la variedad de lenguas y dialectos aborígenes que coexisten con la lengua española. Asegura que el gobierno se esforzaba en impulsar la educación pública y que hombres como Justo Sierra y Riva Palacio, procuraban resolver los problemas educativos en forma adecuada. El primero de ellos había decretado en 1880 que la enseñanza primaria fuese obligatoria. Las leyes disponían un régimen interno de las escuelas, basado en la uniformidad de la enseñanza, en el laicismo de esta, su gratuidad y su obligatoriedad (18). De ahí que Fanny Chambers dijera que "el interés profundo del gobierno en la educación de las masas y en especial de las mujeres, habrá de colocar a México en lugar sobresaliente entre las naciones" (19).

Hay que reconocer que nuestra autora no se preocupó realmente de estudiar y exponer el problema de la educación en la época porfirista, y se limitó a expresar, demasiado elogiosamente por cierto, lo que veía en la capital de la República. Sus deducciones fueron demasiado optimistas.

Si bien es cierto que durante el porfirismo se creaban escuelas a razón de 126 por año, no es menos cierto que el esfuerzo por la instrucción primaria recaía más en favor de los centros urbanos que en favor de los rurales, y que se atendía con preferencia a la enseñanza superior y media. En cambio, nada se hacía para la asimilación del indio (20). Este aspecto no lo captó Fanny Chambers. Al igual que muchos viajeros de la época, manifestó su asombro por las escuelas modernísimas que se erigían en las grandes ciudades del país.

NOTAS AL CAPITULO III

- 1.- Ramírez, Santiago.- El Mexicano, Psicología de sus Motivaciones Asociación Psicoanalítica Mexicana A.C. Edit.Pax, S.A., tercera edición Julio de 1961. Pag. 9.
- 2.- Ramos Samuel. El Perfil del Hombre y la Cultura en México. Colección Austral - Dic. 1951. Argentina p.99.
- 3.- Séneca Lucio Anneo. El Libro de Oro de Séneca. Sus aforismos - Morales. Biblioteca de autores españoles, 1873.
- 4.- Gamio, Manuel. Hacia un México Nuevo. (problemas Sociales). - México. Librería Porrúa Hermanos.-1916.
- 5.- Schlarman, H.L. Joseph, México tierra de Volcanes. Edit.Porrúa S.A. México 1958.
- 6.- Villegas Cosío. Daniel. Op. Cit, pag. 405.
- 7.- Chambers, op. cit. pag. 118
- 8.- Ortega y Medina, Juan. México en la Conciencia Anglo Sajona. - Op. Cit. p.p. 82-90
- 9.- Villegas C.D. Pag. 405.
- 10.- Vasconcelos, José. La Tormenta, segunda parte de Ulises Criollo. México. Edi. Botas. 1936. Pag.19.
- 11.- Chambers, op.cit.pag.205.
- 12.- La correspondencia del carácter al clima. es una vieja idea - que proviene de los griegos clásicos. Nosotros más bien lo atribuimos a la tradición espiritual de nuestra cultura.
- 13.- Ovando Díaz, Clementian. Vicente Riva Palacio, anales del Instituto de investigaciones Estéticas. U.N.A.M. Mex. 1963.
- 14.- Chambers, op.cit. pag.213.
- 15.- Ibidem, pag. 268.

16.- Gamio, Manuel. Forjando Patria. Librería Porrúa Hermanos 1916  
pags. 86-87

17.- José María Velasco fue alumno de Don Eugenio Landessio. Ver -  
bibliografía de autores.

18.- Villegas C.V. Op.cit.pag.235

19.- Chambers Op.cit. 235

20.- Villegas C.D. op. cit. XXXI.

## CAPITULO IV

### CLASES SOCIALES.

Al referirse a las clases sociales, Fanny Chambers Gooch, menciona al escritor Brantz-Mayer, que a juicio de ella es el que mejor describió las características de los mexicanos, si bien hace la salvedad que se refirió esencialmente a las clases cultas y elevadas. Señala la autora norteamericana que el mexicano es el resultado de la fusión de dos razas extrañas: la española, fuerte y dominadora, y la aborigen, triste y resignada. Sin embargo, la sociedad mexicana está constituida por el indio, el mestizo y el criollo que crean su propia forma de vida.

Citando a Brantz-Mayer, dice que éste los ha encontrado "amables, gentiles, hospitalarios, benévulos y valientes". También copia estas palabras —que ella considera proféticas— del mencionado escritor: "Con virtud doméstica, genio y patriotismo, ningún pueblo puede desesperar, y debería ser la oración de cada republicano, que suficiente de esto queda todavía en México como para reconstruir su gobierno y su sociedad"(1).

Fanny Gooch reconoce que en México, como en el resto del mundo, haya individuos egoístas, soberbios, mal educados e inmorales; pero que estas características no prevalecan en el país, en el cual distingue cuatro clases sociales: la elevada, formada por los ricos y las familias de abolengo aristocrático, la media, de gran moralidad y decencia, que corresponde a su susto[ante -

en otros países, y de la cual "salen cada año hombres de genio y de talento"; la baja, formada por los sirvientes, los trabajadores proletarios, los peones — agrícolas y la población indígena; y, por último, los mendigos, malhechores — andrajosos y el clásico lépero. Estos conceptos de nuestra autora parecen inspirarse en las viejas ideas de la Ilustración, las cuales fueron probablemente conocidas por ella, en particular las de Shiller, de quien Ortega y Medina dice que es "uno de los filósofos e historiadores llenos de iluminada serenidad y confianza en el progreso moral ilimitado de la razón humana" (2).

Fanny Chambers habla poco de la clase elevada, tal vez porque no tuvo muchas relaciones con ella; pero no deja de señalar los grandes contrastes de lujo y de miseria que existían en la sociedad mexicana de su tiempo. De la clase elevada dice que siente admiración por lo norteamericano, y, en general, por lo extranjero, especialmente lo francés. Estima que esa clase está muy — afrancesada, tanto en literatura, en el vestir, en la música y en otras manifestaciones de la cultura. Es lo que Santiago Ramírez dice: "ningúnear lo prople" (3). Para nuestra autora, esta actitud extranjerizante era lógica; ya que México estaba en un período evolutivo y no había todavía en él los medios de satisfacer las necesidades de lujo de las clases elevadas. De lo único que ella se duele, es de que esas clases estuviesen tan incluídas por la cultura francesa y no por la norteamericana.

Fanny Chambers no profundizó esta cuestión, pues de haberlo hecho se hubiera percatado que la cultura francesa representaba la supervivencia del espíritu clásico, su carácter universal y su sentido humanista, útil al hombre, y por tanto era atractiva para el hispanoamericano. Samuel Ramos ha hecho ne-

tar la facilidad con que en México se aceptan las ideas y teorías europeas, sin crítica ninguna, sin realizar el más mínimo esfuerzo, cosas que obedecen al espíritu perezoso del mexicano; y añade que esta tendencia a la imitación no es más que perezosa disimulada (4). Así mismo dice Ramos que México ha tendido siempre al aprendizaje de resultados, de verdades hechas, sin reproducir el proceso viviente que ha conducido a esas verdades. Edmundo O'Gorman opina lo contrario; dice que el mexicano copia sistemas políticos ya garantizados — con el fin de obtener los mismos resultados: es, por tanto, una cosa positiva — seguir códigos ya reconocidos en los que nada podrá evitar el buen éxito (5). Por su parte, Justino Fernández nos muestra cómo el país volvía los ojos hacia fuera y trataba de orientar su existencia artística inspirándose en el progreso y la civilización de las "naciones más cultas", lo cual obedecía al afán de colocarse al nivel de éstas y de dar el salto por encima de condiciones inestables (6).

Come no se limitaba a permanecer en la capital de la República sino que viajó por el interior del país, tuvo ocasión de observar cuánta diferencia social y económica existía entre la gente de dinero, los hacendados, los políticos y los banqueros, por una parte, y por la otra, las clases bajas de la sociedad, en particular los trabajadores del campo.

Se nota en el libro que comentamos, que su autora más frecuenta las clases baja y media que las superiores. Esto se debía a sus ideas liberales que simpatizaban con las sustentadas por muchos mexicanos que se inspiraban aún en los autores ilustrados de fines del siglo XVIII y en los prohombres liberales de la Reforma. Esto no significa que Fanny Chambers estuviese muy alejada de la aristocracia, sino que como representante de la clase media norteamericana,

veía con optimismo la formación de una burguesía mexicana que, según ella, iba cristalizando y fortaleciéndose gracias a la expansión económica propiciada por el porfirismo y por la desamortización de los bienes eclesiásticos, la — cual puso en circulación una gran parte de la riqueza nacional. Fanny Chambers asegura que la clase media era cada vez más numerosa y más influyente y que, al igual que en los demás países del mundo, era la más moral y decente.

Estas apreciaciones no eran propiamente originales, sino un reflejo de la propaganda que la prensa oficial de la dictadura elaboraba para uso de los extranjeros. "Los sectores oficiales consideraban que el grupo más representativo del país era la infatigable clase media, cuyo lema estudio y trabajo era el mejor testimonio de su virtud" (7). El General Porfirio Díaz había sostenido este criterio en su famosa entrevista con Creel (8), al que aseguró que la — clase media mexicana era "el elemento activo de la sociedad y el sostén de las verdaderas instituciones democráticas".

En cambio, los grupos independientes dudaban de la prosperidad que la propaganda oficial proclamaba; prosperidad cuya inexistencia hubiera podido comprobar fácilmente nuestra autora si hubiese tenido en cuenta que los salarios de los trabajadores de la clase media no pasaban de 100 pesos por mes, cantidad que no alcanzaba para vivir decorosamente en un país donde los precios subían sin cesar (9). De manera indirecta, tuvo que reconocer que la vida era cara, pues en varias ocasiones se quejó de lo elevado de las rentas de las casas y de lo difícil que era encontrar una habitación digna de este nombre, ya que el crecimiento demográfico hacía insuficiente el número de viviendas (10). Ciertamente es que cuando ella estaba en México, no se había construido todavía el

grupo residencial de la colonia Juárez, el cual se inauguró en 1898 y sirvió - únicamente de ayuda a la burguesía y no a las clases trabajadoras.

El aborígen le merece a Fanny Chambers muchos y complicados comentarios, ya que al referirse al indio mexicano no puede por menos que recordar - al indio de los Estados Unidos, que fue prácticamente exterminado. También - con respecto al indio, refleja el criterio oficial de la dictadura porfirista, la - cual despreciaba a la población nativa por lo limitado de su capacidad de trabajo y su inadaptación a las tareas industriales. Se decía entonces -falsa e injustamente- que del indio no se podía esperar "nada, enteramente nada" (11).

Fanny Chambers veía el problema con un poco más de humanismo, y atribuya, con acierto, el poco rendimiento del trabajador mexicano, a las siguientes causas: mala alimentación, educación deficiente, pocas necesidades que satisfacer y carencia absoluta de estímulos para el trabajo. Ella vio que - había un gran desempleo en el país; pero en lugar de atribuirlo a la ineficacia de la estructura económica del porfirismo, lo atribuye a lo variado y barato de los alimentos y a la benignidad del clima que, según ella, hacía pensar a los indígenas: "si tenemos casa, bien, y si no, ya dormiremos en la iglesia, en la calle o donde Morfeo nos venza" (12). Para ella, el indio se sentía satisfecho cuando tenía cubiertas sus necesidades inmediatas, y por tanto no intentaba ganar más dinero.

Trata del indio en forma benévola y ve en él un ente pintoresco, un ser primitivo el cual no conmueve la marcha de la civilización y que refleja perpetuamente las tristezas y las luchas de los tiempos pasados. De ahí que estime que el indio haya aceptado su condición como algo inevitable que debe -

conllevarse con estoicismo y sin quejas. Románticamente, lo concibe como el hombre que ha dejado de ser dueño de las vastas planicies, los cielos azules, - los lagos profundos y las grandes montañas.

La actitud de superior benevolencia hacia el indígena, estaba inspirada quizás por la cultura histórica y literario romántica que surge de la obra de Longfellow, poeta que ha tratado con gran idealismo y belleza el tema del corazón humano del indio (13). También influirían en su ánimo proindigenista los congresos que al respecto se venían celebrando (14).

En cambio no se percató que el retraso cultural del indio, se debía al desamparo en que lo tenía el estado y a la organización económica que le situaba en el último escalón, es decir, en el del sirviente. El indio carecía del - aguijón del lucro porque nadie se ocupaba de dárselo; ese aguijón que la propia autora dice que es el motor del capitalismo.

Al hacer una comparación entre el indio mexicano y el norteamericano, Fanny Chambers indica que el problema indígena fue de carácter diferente en los dos países. En los Estados Unidos, los indios combatieron por su suelo y sus tradiciones y mataban a cuantos caras pálidas podían, en una lucha sin cuartel, que duró hasta que los blancos exterminaron, o casi exterminaron, a los pieles rojas. También dice que en los Estados Unidos no hubo mestizaje y que los colonos ingleses no trataron allí de incorporar la cultura de los indios a la de - los blancos.

Por el contrario, reconoce que en Hispanoamérica ocurrió lo opuesto: el conquistador se fusionó con el conquistado, formándose así una nueva civili-

zación con cultura y tradición propias. De esa fusión surge el mestizo, que — forma el elemento básico del México moderno; pero al indio puro no le importó pertenecer a una raza subyugada, sino que continuó observando su vida tranquila, dedicado al cultivo de la tierra y resistiéndose tenazmente a emigrar, llevado de la fidelidad a su lugar de origen. Al referirse a las condiciones intelectuales del indio, reconoce que son imitadoras ingeniosas, pero que carecen de inventiva. Entre los oficios que estaban reservados a los indios en las ciudades, — menciona el de aguador, como uno de los más importantes, debido a que entonces no existía el sistema de distribución de agua por cañerías y el agua potable se — llevaba a las casas desde las fuentes públicas. En muchas ocasiones — dice — el — aguador servía de mensajero entre los enamorados.

Las tendencias artísticas del indio son heredadas y espontáneas, según afirma la señora Gooch, la cual se admira de ver que los indios trabajaban durante semanas en elaborar un objeto artístico que luego vendían por unos cuantos centavos. De ahí deduce que la mano de obra era en México mucho más barata que en los Estados Unidos. Otra cosa que la admiraba del indio era su resistencia física, que le permitía efectuar grandes caminatas llevando cargas pesadas. También le admiraba la abnegación con que procedía con respecto a los demás indios. De éstos dice que tienen la voz dulce; que caminan con ligereza, y que son amantes de las flores, con las cuales adornan sus humildes viviendas. Así mismo dice que el indio tiene un talento musical innato, mucho mayor que el — de las clases elevadas; y que canta con armonía perfecta sin haber recibido — más una lección de canto, pero que éste, al igual que su música, es triste y melancólico. La autora no se percató, quizás, de que que la tristeza del indio tie-

ne su antecedente psicológico e histórico, y que la tristeza de su música tiene su antecedente en viejos cantos religiosos aborígenes. Unidos ambos antecedentes con los melancólicos vales que eran populares en tiempo de Fanny Chambers, se desprende que el producto no podía ser otro.

Añade que el indio tiene un súbito sentido del humor, y que a pesar de su poca cultura posee gran astucia e inteligencia, unidas a un instinto que le hace conocer inmediatamente cuál es el lado flaco de un extraño, sobre todo cuando se trata de negocios, a fin de obtener el mejor partido posible de lo que vende. Esta astucia se manifiesta especialmente —dice nuestra autora— cuando se trata de norteamericanos, a los cuales los indios consideraban inmensamente ricos.

Asevera que son muy supersticiosos; que siempre prandan una veladora para espantar a los malos espíritus; que al encender el fuego se persignan; y que las fases lunares rigen todas las manifestaciones de sus vidas.

También describe las casas de esta "gente ordinaria", casas que eran muy pobres, pero razonablemente limpias, como limpia era el mexicano, el cual gustaba del agua, pero tenía la desgracia de que ésta escaseara. Atribuye a la ignorancia y supersticiones del indio el fracaso del gobierno porfirista en elevar el nivel de vida de la población indígena.

De las costumbres sociales del indio, presta atención especial a la unión libre; y dice que son pocos los que se casan, y que aquellas que contraen matrimonio, tienen una luna de miel muy corta, al final de la cual empieza la vieja historia de la infelicidad doméstica; no obstante esto, afirma, que la infidelidad entre los indios es mucho menor que entre las clases media y elevada.

Del aspecto físico del indio, dice que dejaba mucho que desear, y aunque en sus escritos no hay actitudes discriminatorias, senota en ellos que - la autora consideraba que la raza blanca era la más bella y que la indígena, integrada por individuos sucios, demacrados, de baja estatura y de tez oscura, era "muy fea".

Fanny Chambers dedica párrafos de sabor romántico al lépero. Al - que considera el último escalón de la clase baja; pero seguidamente añade - que tiene un corazón sentimental que le da un atractivo de bandido romántico, sin que esto obste para que mate o robe sin que se le altere la conciencia. En esta apreciación del lépero, nuestra autora no hacía sino dejarse gular por los dichos populares de la época. El pueblo solía elegir a uno o más léperos que, a la manera de Chucho el Roto (15), convertía en héroes. Lo que no - percibió la señora Gooch es que el pueblo procedía en esta forma como reacción contra el poder coercitivo de un estado dominado por una clase burguesa amparada en un régimen de dictadura. El lépero era el enemigo mortal de la autoridad, y la autoridad era la enemiga del pueblo.

Rubén M. Campos (16) decía: "El lépero es el singular y terrible - tipo original de nuestra sociedad; amigo de la vagancia, del juego, flojo y es tafador. Sin embargo, ingenioso en sus coplas:

La suerte me dió de alazo,  
soy probe pero orgulloso,  
y soy como el espinazo  
pelado, pero sabroso".

No dejó de observar la psicología varonil del "machismo", característica de la mayoría de los mexicanos, que "riñen sin saber por qué, y matan sin saber a quién", por el prurito de "nunca echarse para atrás" ni de "reajarse" (17).

Este machismo "no es en el fondo más que un exhibicionismo, producto de su incertidumbre íntima, de querer reafirmar su superioridad a toda costa, aun vistiendo la prenda simbólica masculina, que es la del charro" (18).

La mujer no podía por menos que merecerle a Fanny Chambers una atención particularísima, no sólo por afinidad de sexo, sino también por las ideas progresistas que ella sustentaba con relación al lugar que la mujer ha de ocupar en la sociedad. Atribuye a la mujer mexicana, en primer término, la tendencia de regeneración social y doméstica que purifica y preserva las instituciones del país. Y señala que mientras los hombres estuvieron absortos en guerras y revoluciones, con su triste secuela de muertes y destrucción, las mujeres, recluidas en sus hogares conservaban con firme vigilancia las virtudes domésticas, y velaban por la felicidad y el bienestar de aquellos que Dios les había otorgado.

Estima nuestra autora que las mujeres mexicanas son sumamente sensibles y mucho más melancólicas que los hombres; ya que algunas veces, al conversar con ellas acerca de algún miembro de la familia muerto en combate, expresaban un pesar tan profundo como si la muerte hubiese acaecido ese mismo día. También estima que la mujer mexicana, por intuición, descubre más pronto el carácter de las personas con las cuales trata, que mujeres extranjeras de educación superior y de mayor experiencia mundana.

La cuestión de si la mujer debe fumar o no fumar, se había suscitado ya en tiempos de Fanny Chambers, la cual afirma que las señoritas no acostumbraban a fumar en público, aunque algunas lo hacían en privado. En cambio, las matronas fumaban sin reserva. En esa época el fumar había adquirido un sentido pecaminoso para las norteamericanas, como consecuencia de las ideas que procedían del espíritu puritano inglés. En cambio este criterio no prevalecía -

en los países hispánicos, en los que ya no era mal visto el que las mujeres fuma sen y en los que la mantilla española había cedido el lugar al hanete de descen dencia inglesa.

Al ocuparse del matrimonio, dice que la mujer se resignaba desde el primer día a ser la que llevase la mayor carga; que las mujeres casadas tenían poco contacto con la sociedad, y que las reuniones mixtas, de mujeres y hombres, eran prácticamente nulas. En consecuencia, la felicidad terrenal de la esposa, se limitaba al hogar y al cuidado del marido y de los hijos. Subraya que la mujer mexicana observaba una conducta exterior que era el reflejo de su quietud interna; que conservaba siempre gran decoro y dignidad, y que jamás expresaba emoción o sorpresa en público porque esto se consideraba poco decoroso.

El cariño, la caridad y la abnegación de las mujeres mexicanas, — las atribuye a las predicaciones que los misioneros franciscanos habían inculcado al pueblo desde hacía tres siglos. Estas cualidades de la mujer mexicana —añade Fanny Chambers— fueron comprobadas por muchos prisioneros norteamericanos que recibieron atenciones y cuidados, sin tener en cuenta que eran ene migos y extranjeros.

Por lo que respecta a la caridad de la mujer de la clase alta, dice que se expresaba por medio de limosnas y de servicios sociales, pues las damas tenían la costumbre de reunirse el día de un santo determinado y dar de comer a los pobres, contribuyendo todas ellas con su trabajo y su dinero. Así mismo —organizaban funciones de beneficencia y también proporcionaban representacio nes teatrales y audiciones musicales a la gente pobre.

Fanny Chambers, mujer que como hemos dicho se caracterizaba por su modernismo, se lamentaba del escaso aprecio que se tenía a la inteligencia femenina en México; pero a la vez se complacía en señalar un despertar de la conciencia social femenina, que se manifestaba en el deseo de ocupar una posición mas justa, en el mejor uso de los vestidos y de las distracciones sanas. - Ese despertar tendía a penetrar en actividades hasta entonces reservadas a los hombres. Como ejemplo de esta voluntad femenina de progreso se puede citar el caso de la doctora Matilde Montoya, que en 1887 egresó de la Escuela de Medicina de la capital de la República con el título de Médico Cirujano. Era la primera mujer mexicana que alcanzaba tal galardón (19).

Claro es que dicho caso formaba parte de las raras excepciones; ya que, en general, la mujer mexicana estaba relegada a segundo término, y sus aspiraciones eran poco amplias y su falta de libertad notoria. Dicho esto, - Fanny Chambers indicaba que las mujeres de la clase alta vivían preocupadas en su arreglo personal, actividad en la cual superaban a las mujeres anglosajonas; pero que carecían de la energía atlética de éstas, ya que no practicaban deportes y se alimentaban con viandas muy condimentadas, lo cual, unido a los muchos hijos que tenían, las hacía padecer frecuentes enfermedades.

Nuestra autora tiene un concepto mejor de la mujer de la clase media, cuya felicidad terrenal estaba basada en el hogar, el marido y los hijos. En este aspecto concordaría mucho después Costo Villegas (20), el cual afirma que las mujeres de la clase media se entregaban de lleno a preparar comidas complicadas, poco digeribles y poco nutritivas, con tal de satisfacer las apetencias del marido. Y concuerda también con la comedia de Manuel Eduardo

Gorostiza (21) titulada Contigo Pan y Cebolla, que describía la resignación y la devoción de la mujer de la clase media a su esposo y a su hogar. Fanny Chambers lo ve como reflejo de las mujeres que se adaptan pacientemente a su destino, llevadas del amor, la caridad y la fe.

Estas apreciaciones de nuestra autora, eran hijas de su propio carácter progresista; pues, como mujer dinámica, no comprendía que las mexicanas se dedicaran exclusivamente a las labores del hogar y perdieran muchas horas - haciendo bordados, lo cual no dejaba de admirarle. En cambio, sentía predilección por las escritoras, entre las cuales cita a Esther Tapia de Castellanos, Isabel Prieto de Landázuri y Refugio V. de Ortiz, las cuales realizaban una "obra que honraba a su sexo". Tuvo amistad con la escritora Isidra de Jesús - Castro, cuyo seudónimo era Mariposa Indiana, la cual le dedicó un poema y, al enviárselo, le escribe: "Por favor, acepte este pequeño poema, como una ligera muestra de aprecio por la tarde agradable que hemos pasado juntas en Tacubaya, en la que usted se ganó mi respeto y mi afecto, por el amor que parece profesarle a mi país y a mi pueblo" (22).

Para adentrarse mejor en la condición de la mujer mexicana, Fanny Chambers visitó diversas instituciones, la más noble de las cuales le parecía que era la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres, fundada por Don Benito Juárez (23). En ese plantel, las muchachas pobres tenían ventajas excepcionales para estudiar sin el temor a tener que ganar "su pan de cada día". Allí las 368 alumnas que había cuando la escritora norteamericana visitó la escuela, adquirían una educación práctica que las hacía libres de inquietudes eco-

El niño mereció también una atención especialísima por parte de — Fanny Chambers; la cual, al describir la vida rutinaria y tranquila de la provincia, dice que "México es un paraíso para los niños: en la calle, en su casa, en las tiendas, son tratados con mucho afecto" (24). Es evidente que se refería al niño de las clases media y elevada; pero no al niño de la clase pobre, cuyo aspecto desolador no reflejó en su libro. Ese niño que tan precozmente tiene que enfrentarse con los riesgos del mundo que lo rodea y que pertenece a un hogar en el que, por regla general, falta el padre. Por eso la escritora norteamericana se limitaba a decir: "No hay país que pueda producir niños más bellos, brillantes y precoces" (25).

Agrega que los niños se divierten jugando a personas mayores, especialmente representando personajes eclesíásticos; que la disciplina para los hijos es suave en los hogares; y que muchos viajeros han notado que "los niños son miniaturas compactas de sus mayores, bendecidos de gran compostura" (26).

"Me interesaban en particular los niños de la clase pobre — escribía — Fanny Chambers —, en especial las niñas de 5 a 10 años de edad. En las tempranas horas de la mañana se podían ver docenas de ellas que, aparentemente, iban a un encargo familiar, a juzgar por su premura y por las vasijas de barro que llevaban. Su cabellera despinada se acomodaba por el rebozo, sus caras sucias, — sus ojos azabache, sus largos vestidos barriendo el suelo, sus piecitos descalzados, trotando regular y rápidamente: todo esto formaba un cuadro ridículo y risible".

"Los niños de las escuelas fueron objeto de mis observaciones más — agradables; ya que se presentaban ante mí con todo su originalidad y juventud".

Y, a renglón seguido, añade: "Como quiera que los hijos de la clase elevada no acostumbran salir a la calle sin estar acompañados, deduje que los niños que se criaban a sí mismos una aureola de felicidad, eran los niños que asistían a - la escuela pública" (27).

Al hablar de los vestidos infantiles, los considera anticuados y muy diferentes de los vestidos que llevan los niños norteamericanos, en particular - las niñas. Señala que las medias extralargas norteamericanas, no habían hecho todavía acto de presencia en México y que los vestidos de las niñas mexicanas no llegaban siquiera a la rodilla, con lo cual exponían una "sección de piel - de color café, especialmente alarmante, cuando no llevaban pantaletas, lo que sucedía con frecuencia" (28). Añade que "en lugar de botones, utilizaban - grandes seguros de latón"; y que los niños "eran miniaturas de sus padres, vesti- dos con la banda, la chaqueta apretada, la blusa y, en algunos casos, las san- dalías"(29).

Nos dice que los niños mexicanos son alegres y platicadores; que una vez que han vencido su timidez, se muestran inteligentes; y que cuantas veces intentó hacerles creer que ella era mexicana, nunca se lo creyeron. Por últi- mo refiere, que cuando les obsequiaba con un pastel mexicano, lo aceptaban - inmediatamente; "pero, cuando llevada de mi patriotismo, los quise familiarizar con nuestra norma de civilización sureña, es decir, el biscuit, lo rechazaban, lo escupían y hacían gestos de desagrado, a la vez que exclamaban: ¡No nos gusta! Es bueno para norteamericanos, no para mexicanos!".

NOTA AL CAPITULO IV

- 1.- Chambers, op.cit. pag.198
- 2.- Schiller, Federic. Filosofía de la Historia, Traducción del alemán, prólogo y notas de Juan A. Ortega y Medina. Mex, 1956.
- 3.- Ramírez, Santiago. Psicología del Mexicano, op. cit. pag. 72.
- 4.- Ramos, Samuel. El Perfil del hombre en la cultura en México, op.cit.p.434
- 5.- O'Gorman, Eduino. Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla, Edi. Fac. Derecho. UNAM - 1954 pp. 171.
- 6.- Fernández, Justino. Arte Moderno y contemporáneo de México Mex. Impo. Univ. 1952 p. 59.
- 7.- Villegas, Cosío D. Op. cit. pag. 388.
- 8.- Entrevista Díaz-Creslan. 17 de febrero 1908. "No tengo deseos de continuar en la Presidencia. Esta nación está lista para su vida definitiva de libertad". Archivo Casasola. "Historia Gráfica de la Revolución Mexicana", tomo 1. pags. 90-91. También puede verse la publicación reciente de dicha entrevista en los cuadernos del Instituto de Historia, Serie documental No. 2 Prólogo de José María Luján.
- 9.- Villegas C.D. op. cit. pag.300.
- 10.- Ibidem. Pag. 394.
- 11.- Ibidem. Pag. 150.
- 12.- Chambers, Op. cit. pag. 403. Ella recoge esta expresión que es aceptada, pero dudo que un indio mencione a "morfeo".
- 13.- Longfellow, Waasworth Henry. The complete practical works. Boston Riverside Press Cambridge, 1883. Ver The song of Hiawatha, p
115. Obra muy leída por las mujeres del siglo pasado.
- 14.- Desde 1874 se lanzó la idea de convocar y organizar el primer congreso internacional de americanistas. en 1883, años que Fanny -

Chambers estaba en México, el señor Justo Zaragoza propuso que el V Congreso se celebrara en México. A pesar de que en él no se logró mucho, se habló al respecto e indudablemente influyó sobre la autora.

Comas, Juan, Los Congresos Internacionales americanistas 1875 - 1952. México, Instituto indigenista interamericano. 1954, pp.XXV XXXI.

15.- Chucho el Roto. Su verdadero nombre era Jesús Arriaga. Nobleza de un Bandido Mexicano. Editorial Pharos. Mex. D.F. 1944.

16.- Campos, M. Rubén. El folklore literario de México. México, - 1929. Pag. 628.

17.- Villegas C. D. Op. cit. pag. 420.

18.- Ramírez, Santiago 67-68.

19.- Villegas C.D. Op. cit. pag. 414.

20.- *Ibidem*, pag. 399.

21.- Corostiza, Eduardo Manuel. Contigo pan y cebolla (Comedia original en cuatro actos). Teatro. Tomo 1, México imp. de V. Agüeros 1899.

22.- Chambers, Op. cit. pag. 393.

23.- En 1856, por decreto de comonfort, se creó la Escuela de Artes y Oficios. El plantel no prosperó y fué clausurado. En 1868. Fué restablecida por Decreto de Benito Juárez.

24.- Chambers. Op. cit. pag. 237.

25.- *Ibidem*, Pag. 237.

26.- Gallop, Rodney., Mexican Mosaic, Faber and Faber Ltd., 25, Russell Sp. London, pag. 52. Probablemente se trataba de los niños vestidos para la primera comunión, costumbre que sigue imperando. También podía tratarse de las mandas en que los niños son vestidos con hábitos eclesíasticos.

27.- Chambers. Op. cit. page. 51-52.

28.- Fanny Chambers está demostrando rezagos de apreciación de espíritu puritano "el horror frente al desnudo". El mundo hispánico es más liberal al respecto. A esa edad los niños son todavía considerados angelitos.

29.- Probablemente se trata de guaraches.

CAPITULO V

RELIGION

Quizá por su credo protestante, la autora de Face to Face with the Mexicans no dedicó a las manifestaciones religiosas del pueblo mexicano el espacio que se merecían. Influiría también en esto el poco lugar que en su vida ocupaban las cuestiones religiosas. Sin embargo, expresó juicios acertados y llenos de interés. Resuelta a conocer lo más profundamente posible al mexicano se percató de la importancia que para éste tenía todo lo relativo a la religión; y agrega que a México se le llamaba la Roma de América, no sólo por la grandiosidad de sus templos, sino también por sus muchos edificios eclesiásticos (1).

Tal como sugiere la señora Gooch, México era un país católico a medias; el clero aceptaba la dosis de paganismo que las comunidades indígenas ponían en el culto católico, con lo cual se lograba un espíritu más bien profano que cristiano (2). De las prácticas peculiares del catolicismo mexicano, en las cuales se mezclaba la liturgia romana con notas de idolatría, dice: "Practicaban su devoción mística y cantaban canciones rudamente bárbaras que tenían en sus tonos las rarezas de otro mundo"(3); y, acertadamente, indica que la transición del ritual nativo al ritual católico fue fácil para los mexicanos, los cuales "aman los simbolismos y lo espectacular y están más - apegados a formas exteriores y devoción mística, que a la elevación espiri-

tual y a los sentimientos humanos"(4). Pero hace la salvedad de que esta opinión corresponde a las "razas primitivas", las cuales "abandonaron pronto sus ritos sangüinarios, que las caracterizaban como paganas, y los sustituyeron con fiestas religiosas". Esta apreciación la expresó también Cosío Villegas (5) al decir que esas fiestas "adquirían matices de romería, en las que, en medio de los apretujamientos, los rateros hacían de las suyas". En realidad nuestra autora no se había percatado perfectamente del carácter religioso mexicano, distinto a como ella lo conocía. Roberto Ricardt está más acertado cuando dice que "en la espiritualidad mexicana se encuentran todos los elementos de la espiritualidad católica, pues los españoles llevaron a América las tradiciones, las ideas, los sentimientos, y las costumbres que la integraban (6). En efecto, dentro de la catolicidad hispánica está la mezcla de lo espiritual religioso con lo propiamente humano; y es esto lo que Fanny Chambers no percibía, es decir, que en nuestros países quedan, más que en cualquiera otra parte, rezagos de religiosidad manifestada en fórmulas medievales. La Iglesia sigue siendo la casa de Dios y la del pueblo. Sin embargo, estas manifestaciones no son indígenas, sino que tienen su antecedente en el Medievo hispánico y son fórmulas fósiles de la catolicidad medieval impregnadas indudablemente de rezagos paganos.

Para Manuel Gemio y otros autores la religiosidad mexicana es sincrética. Per el contrario, y apoyándonos en Ricardt, podemos afirmar con éste que los misioneros trabajaron para crear un nuevo ambiente en el cual pudieran hacer un nuevo espíritu religioso; y lo lograron, pues todo el paganis-

mo religioso que penetraba en la vida del indio de la manera más completa y absoluta, fue sustituido en la misma forma por la obsesión de Cristo: "Nace en Cristo", "Vive en Cristo" y "muere en Cristo". Esta transmisión que lograron los misioneros de México fue la de un cristianismo integral que - "penetró en sus menores acciones y en sus mínimos pensamientos"(7).

La señora Gooch dedica bastante espacio a la descripción de las festividades religiosas, las cuales considera que son la base de la vida social mexicana, en virtud de que los días santos se han convertido en fiestas populares; y subraya que las particularidades de esas fiestas son quite different de las que había observado en otros países. No dejó de llamarle la atención este arraigo popular de las festividades; pero en lugar de ver en ellas la necesidad de descanso que tenían las clases trabajadoras, y que eran "días que aliviaban en algo la miseria diaria", sólo concibió que representaban excesos que iban contra el progreso económico y social del país.

No hay duda de que se dio cuenta que de la fusión de los fundamentos católicos y de los restos religiosos indígenas se había creado el catolicismo peculiar y distinto del pueblo mexicano; y también se dio cuenta de que era imposible romper definitivamente con los dioses y los ritos aborígenes, que contaban con una tradición de siglos, la cual mantenía al indígena en un ambiente de fanatismo. El fanatismo del indígena es de tradición bilateral: los españoles no trajeron una religión sin tachas, como supone la autora, sino que en ella había formas fanatizadas y adulteradas que unidas a la tradición indígena pagana aceleraron el proceso de descomposición.

Las viejas formas se habían proyectado sobre las nuevas formas religiosas y estas últimas aparecían como continuación de las antiguas ceremonias religiosas populares y eran practicadas con "simbolismos misteriosos y espectaculares heredados de la tradición pagana"(8). Aunque esas formas le parecían misteriosas, no trató de enjuiciarlas, sino que intentó comprenderlas, aunque no a los últimos extremos de la crítica.

El culto a la Virgen de Guadalupe llamó poderosamente la atención de Fanny Chambers; pues no solamente trata de él en el libro que comentamos, sino que le dedicó otro por entero: The Tradition of Guadalupe In Old Mexico (9). Afirma que la veneración por la Virgen de Guadalupe no tiene límites, y que el indígena más ignorante puede muy bien no saber quién es el presidente de la República ni tener idea del sistema de gobierno de su país, pero que en cambio está perfectamente informado de la historia y milagros de Nuestra Señora de Guadalupe (10). No le pasó inadvertido a nuestra autora que dicha Virgen es un símbolo de unión entre todos los mexicanos y que si muchos indígenas se han incorporado al catolicismo, ha sido en nombre de la Virgen. De esto intuye que México es más guadalupano que católico. Este mismo criterio sostenía la Marquesa de Calderón de la Barca, la cual también coincidía con Fanny Chambers en lo que ésta calificaba de "verdadera democracia religiosa"; es decir, la convivencia en los templos de personas de todas las clases sociales, sin distinción de pobres ni ricos.

El que México sea guadalupano, nos dice Luis González, obedece a la necesidad que tiene nuestro país de sentirse "predilecto de la divinidad"(11), y este favor divino se les aclaraba con la aparición milagrosa de

la Virgen. Toynbee sostiene que "el mundo indígena ha vivido bajo el dominio de la religión"(12) y considera a la Virgen de Guadalupe realmente milagrosa, puesto que bajo un mismo manto de convivencia ha unido a hombres de distintas razas y costumbres. Claro es que todo esto no lo pudo concebir Fanny Chambers, ni tampoco pudo comprender la mentalidad de la gente del pueblo al que de nada le servía saber quién era el Presidente de la República, pero al que le ayudaba mucho, en el campo espiritual, saber quién era la Virgen.

La convivencia piadosa antes dicha la consideraba Fanny Chambers como opuesta a la necesidad del silencio que los fieles necesitaban para meditar. Hizo una descripción de los templos católicos atestados de fieles y hasta de bestias, de la cual sobresale la relativa a la capilla de Guadalupe, que, según ella, cuando la visitó estaba ocupada por una muchedumbre nauseabunda. "El ejército de mendigos andrajosos —escribe—, los niños sucios, el aire lleno de sonidos discordantes, y el mal olor del gentío, me hicieron huir de la capilla del cerro"(13). También describe cómo en los templos acudían los fieles llevando consigo docenas de pollos y pavos e incluso perros, y que en ellos predominaban las mujeres con críos chillones.

Se nota que Fanny Chambers —y también la Marquesa de Calderón de la Barca— no captaron en su verdadera esencia lo que ellas llamaban "verdadera democracia"; se asombraban de ver juntos en el templo a un lépero sucio y andrajooso y a un caballero elegante y digno. Esa promiscuidad ha sido consuetudinaria en México, desde que a él llegaron los primeros misione

ros franciscanos, los cuales observaban con absoluta rigurosidad el voto de pobreza, y tenían como virtud el reunir en los templos a los pobres y a los ricos. Desde otro punto de vista, esa promiscuidad la alentaban los sacerdotes católicos para mejor acallar las rebeldías del pueblo y hacerle creer a éste que las clases dominantes y explotadoras no tenían a menos unirse en la adoración de un mismo Dios. Esta mira formaba parte también del sistema dictatorial porfirista, que mientras duró estuvo en contubernio con las altas jerarquías de la iglesia católica.

Acerca de los indígenas que acudían a las celebraciones religiosas en la Basílica de Guadalupe, Fanny Chambers dice que iban "ataviados grotescamente, y que sus grupos, más que formar una congregación religiosa, parecían ser un pandemonium endemoniado".

La protección que el porfirato prestaba a los jefes de la iglesia católica no pasó inadvertida a la fina observación de Fanny Chambers; ya que señala que la hostilidad que existía entre la iglesia y el estado desde los tiempos de la Reforma, se había convertido en una colaboración acentuada (14). Porfirio Díaz --agrega-- incitaba al clero a obedecer a las autoridades civiles y a abstenerse de intervenir en los asuntos políticos. Pero no dice que lo favorecía en cuanto estuviese a su alcance. Esta política la considera nuestra autora muy acertada, hasta el punto de que le atribuye el que la iglesia hubiese alcanzado un plan moral más elevado y más digno, ya que "había sido purificada por el fuego"(15), y había sido privada de sus riquezas de manos muertas.

Observó también que las mujeres mexicanas son más apegadas que los hombres a las prácticas religiosas. Atribuye esto a que los hombres eran cada vez más cosmopolitas; a que tenían una cultura superior, y a que se complacían en declararse ateos o deístas, lo cual no obstaba para que en el momento supremo de la muerte pidieran que se les administraran los santos sacramentos.

Al enjuiciar la religión católica mexicana, Fanny Chambers la considera un obstáculo para el progreso y para el adelanto cultural. "la iglesia —escribe—, con sus doctrinas inmutables, sus enseñanzas y ceremonias poco variadas, ha influido de tal manera en la gente, que ha hecho imposible el que esta reciba, con precaución y gradualmente, todo lo que podría cambiar su condición política y social". También censuró lo poco que el clero había hecho para cristianizar al indio y elevar su nivel de vida.

No obstante estas consideraciones, estima que México ha progresado más rápidamente de lo que podía esperarse, si se tiene en cuenta que la gran mayoría de su población está constituida por aborígenes, a los cuales una suma pequeña de europeos y extranjeras, desde el poder, intentó —doctrinarlos con una religión nueva, y les impuso un gobierno nuevo y costumbres extrañas.

Hecha esta afirmación, nuestra autora no puede sustraerse a la idea de comparar a México con los Estados Unidos. Dice que los norteamericanos no tuvieron las mismas dificultades que esa "suma pequeña de europeos y extranjeras", pues no trataron de mezclar a los indios con los europeos

actitud que facilitó el progreso, ya que los blancos no tuvieron que luchar con las casi invencibles costumbres de los nativos.

Volviendo a las ceremonias de la Iglesia católica, nuestra autora dice: "Su vocabulario solemne en lengua desconocida, su simbolismo misterioso, la vestidura de los sacerdotes, las luces, el incienso y los singulares y sublimes canticos de clérigos tonsurados, parecían armonizar con los ritos de los paganos, a pesar de ser en espíritu, tan diferentes." (16). Este criterio lo han expuesto muchos autores y concuerda con la idea de las iglesias protestantes de que los ritos y oficios religiosos deben expresarse en idioma nacional y no en latín como sucede con la Iglesia católica.

A pesar de la expansión de la religión católica en México, nuestra autora observó que existían signos evidentes de la continuidad de las tradiciones antiguas; tradiciones que podían discernirse en los ritos del catolicismo mexicano, matizados todavía con resabios del culto del panteón azteca. Refiere que, estando ella en México, se habían colocado guimaldas a los ídolos aztecas (17) que hay en el patio del Museo Nacional, y que en cuevas de lugares no muy alejados de la capital de la República se seguían adorando las antiguas deidades precortesianas.

La influencia de la Iglesia católica en el espíritu del pueblo fue objeto de consideración también por parte de Fanny Chambers, la cual relata cómo el gobierno de la Nueva España estuvo cerca de tres siglos bajo la autoridad del Virrey; cómo estalló la guerra de Independencia, y cómo el pueblo de México consiguió liberarse de la colonia española. Pero, subra-

ya, que si bien consiguió liberarse de ese yugo, no pudo rehuir la influencia de tres siglos de propaganda católica, y escribe: "políticamente, México había sido librado de un poder extranjero, pero estaba nutrido con el absolutismo de la iglesia que se estimaba superior a toda ley civil. Los dos elementos, el de la superioridad religiosa y el de la libertad civil, se preparaban a luchar entre sí. La primera estaba aliada con el cuerpo eclesiástico más poderoso del mundo; el segundo, aunque constituido por un grupo poco numeroso, poseía un ardor y una determinación infatigables"(18). La iglesia —sigue diciendo— reforzaba su poder espiritual con las riquezas que había acumulado, pues poseía las mejores propiedades de la República, tanto en las ciudades como en el campo. Basándose en un autor eclesiástico autorizado, indica que esa riqueza se estimaba en 861 haciendas, valoradas en \$71,373,000 pesos, y 22,649 predios urbanos, consistentes en iglesias y conventos, valorados en \$113,241,530, todo lo cual sumaba un total de - - - - \$184,614,800 pesos. También dice que otros autores estimaban la riqueza de la iglesia en 300 millones de pesos. Mas, sea lo que fuere, se trataba de una riqueza vastísima que estaba en manos del cuerpo eclesiástico, compuesto de hombres muy hábiles para los negocios (19).

Refiriéndose ya a la guerra de Reforma, nuestra autora dice que la ruptura de la iglesia y del estado "se produjo por el propio peso de la primera, por su gran influencia y su poder, los cuales, al igual que un río que se desborda, rompió sus cauces". Agrega que fue necesaria la mano de hierro y el nervio intrépido de Benito Juárez para convertir esa gran propiedad eclesiástica en bienes útiles para el estado y el gobierno. En tiempos de -

Juárez se prohibió a los clérigos vestir la sotana en las calles. Se suprimieron las procesiones religiosas, las Hermanas de la Caridad (20) y los jesuitas fueron expulsados del país, y hasta el repique de las campanas fue reglamentado por la ley. La ley determinó también que el registro para nacimientos, matrimonios y defunciones fuese civil, y no eclesiástico, como hasta entonces lo era. Todo lo anterior --subraya Fanny Chambers-- purificó a la iglesia, la cual alcanzó un nivel moral más elevado y una dignidad mayor.

Hechas estas consideraciones de carácter histórico, nuestra autora dice que en su tiempo el gobierno porfirista vigilaba estrechamente al partido de la iglesia, que estaba representado por la Catedral, mientras que el partido liberal tenía su sede en el Palacio Nacional. Esta opinión no correspondía a la realidad, pero sí a la propaganda de la dictadura. Siguiendo a esta, Fanny Chambers asegura, ingenuamente, que los campanarios dejarían de sonar si se hiciera el menor intento de prescindir de la autoridad civil.

Por último, hace una comparación entre el catolicismo mexicano y el de los Estados Unidos, y afirma que el deseo más ferviente de todo buen católico es que la iglesia se coloque en México al mismo nivel que en los Estados Unidos.

- 1.- Chambers. Op. Cit. pag. 156.
- 2.- Villegas C. D. Op. cit. pag. 258
- 3.- Chambers, Op. Cit. pag. 258.
- 4.- *Ibidem*, pag. 243.
- 5.- Villegas C.D. Op. cit. 469.
- 6.- Ricard, Robert. *La conquista Espiritual de México*. Edit. Juan Mex, 1947. P. 16
- 7.- *Ibidem*, P. 113
- 8.- Chambers, Op. cit. pag. 243.
- 9.- The tradition of Guadalupe, publicada en 1890
- 10.- Chambers, op. cit. pag. 247.
- 11.- González y González, Luis. El Optimismo nacionalista como factor de la Independencia de México, Op. cit. p. 179
- 12.- Toynbee, J. Arnold. Estudio de la Historia. Traducción de Jaime Perriau. Vol. I. Buenos Aires, 1951. p.23.
- 13.- Chambers C.D. Op. Cit. pag. 460.
- 14.- Villegas C.D. Op. Cit. pag. 460.
- 15.- Chambers, op. cit. pag. 247.
- 16.- *Ibidem*.
17. Debemos tener en cuenta que las guirnaldas son una manifestación cívica y no religiosa como ella suponía.
- 18.- Chambers, pag. 243.
- 19.- *Ibidem*, pag. 244.
- 20.- 1844. Llegada a México de las primeras hermanas enviadas de España.
- 1875 Expulsión de las hermanas
- 1946.- Año en que España envía de nuevo 18 hermanas para reiniciar las obras. Cuadro proporcionado de un esquema existente en la casa de las hermanas de la caridad; Calle Francisco Sosa.

La Dra. Josefina Muriel nos dice:

"Los mejores años de las Instituciones fueron cuando estaban bajo la tutela de las hermanas de la caridad". Hospitales de la Nueva España. Tomo II, Mex-1960 p.113.

## CAPITULO VI

### USOS Y COSTUMBRES

Se ha dicho que el costumbrismo es la pintura y descripción de los aspectos propios y exclusivos que caracterizan a una sociedad determinada. Esta definición concuerda con el gran colorido y riqueza descriptiva que Fanny Chambers muestra en su obra; en la cual no sólo pinta a la sociedad porfirista de su época sino que hace resaltar las virtudes y los vicios de los diferentes estratos sociales, con lo cual nos da un conocimiento de cosas y de situaciones que incluso en nuestra época no dejan de ser impresionantes y aleccionadoras para mejor comprender nuestro país.

Mientras la Marquesa Calderón de la Barca se movía en el mundo de la opulencia, la aristocracia y la diplomacia, nuestra autora se dedicó al cultivo del sector afrancesado y de las clases media y baja. De ahí que desfilen por su libro las imágenes más variadas y los tipos más populares, muchos de los cuales han desaparecido ya como han desaparecido también muchas costumbres. Nos habla de aspectos tan nuestros como la china poblana, el charro, el indio ladino, el evangelista (copista y redactor público de cartas y documentos), los aguadores, las pollitas y los gallos, las diversiones en los pueblecitos, con su típica banda musical y los clásicos paseos en la Alameda.

No se contentó con impresiones superficiales, sino que quiso ver más allá y dedicó su atención a la vida popular, o a lo que ella llama "gen-

te común". Nada escapó a su perspicacia, desde la manera de hablar, las gesticulaciones y el vocabulario de señales, hasta los saludos y los usos sociales.

Dice nuestra autora que uno de los rasgos típicos del mexicano es su hablar, que es efusivo, y que no solo se manifiesta con la voz, sino también con las manos y los ojos. Acerca del vocabulario de señales menciona el que se expresa con los dedos de la mano: "el beso soplado", "el momentito", "es codo", "tiene dinero", "adios", "es un vivo", etc.

La efusividad del carácter la simboliza Fanny Chambers en las formas de saludarse, que son numerosas, y de las cuales se destaca el abrazo. Dice que éste es frecuentísimo y que equivale al estrecharse la mano de los norteamericanos. Entre las mujeres, el saludo asume una forma más delicada; se suelen dar un generoso apretón de manos, y si hay amistad íntima se dan un beso juntando únicamente las mejillas, costumbre que considera interesante y recomendable.

También se ocupa de las reglas generales de cortesía: el modo de enviar tarjetas anunciando el cambio de residencia; el texto tradicional de las tarjetas de invitación; las felicitaciones postales y los regalos de Año Nuevo; las participaciones de matrimonio, de nacimiento y de bautizo. Asienta que en Navidad no se mandaban tarjetas.

En las reuniones sociales las mujeres permanecían siempre en sus asientos y no se levantaban de ellos cuando eran saludadas por los hombres, regla que incluso se seguía con el propio Presidente de la República. En los bailes no eran necesarias las presentaciones por que los caballeros invitasen a las damas a bailar.

Observó también nuestra autora la costumbre mexicana de las mujeres casadas de conservar sus apellidos, cosa que no ocurre en los Estados Unidos, donde la mujer pierde su apellido paterno para adoptar el del marido. En Mexico, subraya, la mujer casada conserva su apellido de soltera; por ejemplo: Josefina Bros de Riva Palacio. Esta costumbre de unir el apellido de soltera al del marido estima que debe ser seguida también por las extranjeras que tengan intención de hacer vida de sociedad en Mexico; a cuyo efecto les recomienda que hagan imprimir sus tarjetas de acuerdo con el uso del país.

Percibió la escritora norteamericana la minuciosidad con que procedían los mexicanos, minuciosidad que era natural en aquella época romántica, que ahora nos parece cursi, como por ejemplo, el escribir una nota en un papel finísimo y doblar éste de tal manera que tome la forma de una flor. Otro ejemplo eran las firmas, complicadas y elaboradísimas.

Como quiso abarcar todo lo posible, Fanny Chambers se contradice algunas veces. Por un lado afirma que las demostraciones ceremoniosas y los gastos extravagantes son cualidades nacionales, tanto en el arreglo de la casa como en el atuendo y en el equipaje; pero, por otro lado afirma que las familias mexicanas cuidan con gran esmero de la economía doméstica.

Notó que los mexicanos tienen predilección por los vestidos ricos y llamativos, y dice que esto es herencia de los tiempos precortesanos, ya que el emperador Moctezuma fue uno de los primeros en dar ejemplo de fastuosidad en el vestir. Añade que el mexicano que quiere cultivar la sociedad debe ser hábil en vestirse bien, ya que de su atuendo y de su comporta-

miento depende su futura posición. Por aquella época había un contraste entre México y los Estados Unidos. Para los norteamericanos, la etiqueta y el vestir bien no era de importancia; en cambio para los mexicanos tenía toda la tradición de la cortesía hispánica (1).

No censura nuestra autora ese afán de fastuosidad; pero hace observar que los ferrocarriles marcaban una nueva era en el vestir, era que algunos mexicanos empezaban a comprender. Como ejemplo, cita el de la mantilla, prenda femenina eminentemente española. Las mexicanas dejaron de usarla como prenda común y diaria, y la empleaban únicamente para acudir a la iglesia, mientras que por la calle iban con sombrero parisiense. Recuerda que Brantz-Mayer había condenado ya la mantilla por considerarla prenda de carácter aristocrático.

Dice Fanny Chambers que la gente rica de la capital de la República encargaba sus vestidos a Francia y los recibía directamente de allí; y que tanto las mujeres como los varones gustaban de ir al "último grito de la moda". En cambio los hacendados conservaban el atuendo tradicional, con colores muy variados y brillantes, cosa que a ella le parece atractiva aunque no cómoda, pues estaba acostumbrada a los vestidos prácticos norteamericanos.

En el tocado también seguían, hombres y mujeres, la moda parisiense: ellas preferían el high coif mientras los hombres se inclinaban por el estilo Pompadour, que consistía en dejar libre toda la frente. Por entonces el doctor Bettini publicó en El album de la mujer un artículo en el que decía que dicho tipo de peinado destruye el cabello (2).

Las muchas diversiones las describió con colores brillantes y nos dice que los bailes son de mucho postín en la clase elevada; postín que es imitado por la gente de la clase media, llamada también de "medio pelo". Menciona la danza como un baile nacional comparable al vals, e indica que si bien el mexicano se muestra en actitud graciosa en todo momento, no baila tan bien como debiera esperarse de él.

Otras diversiones principales eran el paseo matutino, con su consabida asistencia a misa; el paseo de la tarde (3), y el teatro. Nuestra autora subraya que todas estas diversiones se efectuaban fuera de casa, y atribuye esta condición a que en los hogares mexicanos no existían chimeneas. Nota la falta de diversiones al aire libre y campo abierto, y dice que cuando se efectuaban, raras veces asistían las mujeres. Entre los acontecimientos sociales de gran importancia cita la distribución de premios y diplomas a los cadetes de la Academia Militar de Chapultepec.

No olvidó las diversiones en los pueblecitos, las cuales son menos complicadas que las de las ciudades. En ellos la atracción principal es la banda de música que suele tocar dos veces por semana y que ameniza los bailes populares del 5 de Mayo y 16 de Septiembre.

Al ocuparse de los negocios, hace notar que, por lo general, los mexicanos son mercaderes en pequeño, ya que carecen del dinero suficiente para ser mayoristas; y quien de ellos lo posee, en lugar de dedicarlo al comercio o a la industria, lo invierte en la compra de haciendas, que son consideradas como una fuente más segura de ganancias. Observó que los mexicanos

son excelentes revendedores y que administran sus negocios de reventa con habilidad, aunque con "típica lentitud".

La alimentación nacional mereció de nuestra autora un número notable de páginas; pues, si bien no se preocupó de los problemas alimenticios del pueblo, atendió con minuciosidad a la cocina mexicana, a sus recetas, sus platos variados y sus muchas especias. Aquí la señora Gooch, mas se fijó en la alimentación de las clases elevada y media que en los pobres condumios de los trabajadores. El pueblo era entonces "vegetariano por necesidad y no por gusto pues el gran déficit de la alimentación popular era la carne"(4).

Son en verdad interesantes las recetas que nuestra autora incluye en su libro, pues la mayor parte de ellas ilustran manjares y platillos ya desa parecidos, quizá por lo difícil de su elaboración. Siguiendo paso a paso las indicaciones de esas recetas, quien esto escribe obtuvo buenos resultados; y estoy segura de que tales recetas podrían ser beneficiadas en su doble y amplio sentido por el propio Salvador Novo desde el punto de vista culinario y literario.

En forma general, Fanny Chambers describe pormenorizadamente la cocina mexicana y afirma de ella que es más rica y mejor condimentada que la norteamericana; y atribuye esto a que el clima de México obliga a seguir ese tipo de dieta. Afirma que las damas mexicanas se sienten orgullosas de sus libros de cocina y que los hambres, a la hora de comer, se olvidan de to dos sus problemas de trabajo y se concentran en descansar y en gozar de la

compañía de la familia. Al mencionar esta particularidad, dedica algunos párrafos a la famosa costumbre de la "siesta", que tanto llamaba la atención de los viajeros. Con mejor buen juicio que quienes, y eran la mayoría, censuraban la siesta y la consideraban como pereza y derroche de tiempo sustraído a la actividad, nuestra autora la considera como algo necesario. Es la primera norteamericana que vio en la siesta los valores higiénicos que hay en ella. Modernamente, los psiquiatras norteamericanos recomiendan la siesta para aliviar la tensión.

Para que los lectores de Face to Face with the Mexicans puedan preparar algunas de las viandas clásicas del país, su autora da las recetas, sin olvidarse de un solo ingrediente. Como ejemplo de esas recetas están las de las frescas, el agua de piña, chía u horchata, la sopa de arroz, el puchero, el sabroso mole de olla y los exquisitos dulces de leche. No podía olvidarse de las tortillas, y explica la manera de hacerlas y cocerlas. Se refiere también a los tamales, cuyas recetas las obtuvo de fuente directa, pues no perdía la ocasión de pedirselas a las vendedoras. El atole lo compara con el caldo espeso que emplean los indios norteamericanos; y de la habocoa dice que es tan sabrosa que puede muy bien servirse en un banquete real.

Le encanto la gran cantidad de fruta escarchada o cristalizada que se hacía en Méjico, y reconoció que en la preparación de esta los mexicanos superaban a los norteamericanos; pero que estos eran superiores a aquellos en la confección de pasteles, tartaletas y otros artículos de repostería.

La herboristería mexicana tiene también en la obra de Fanny Chambers un lugar destacado, pues habla de la gran cantidad de plantas que se empleaban como remedio para las enfermedades. Muchas de ellas las considera verdaderamente eficaces, como por ejemplo, el te de hoja-sán que, según ella, es un remedio magnífico para los catarros (5).

La descripción que nos hace de las típicas cocinas donde se preparaban los manjares es un alarde de pintura costumbrista; pero indica que en ellas, además de cocinar, se lloraba todo el día por falta de buena ventilación. Como nota peculiar, estima de importancia decisiva la presencia del metate en la vida del hogar.

También nos describe los mercados públicos, con su algarabía y su amontonamiento de mercancías. Y señala que "no era costumbre" el que las damas fuesen a hacer sus compras personalmente, ya que estas eran tareas del mozo. Fanny Chambers no siguió la costumbre, y asistía a los mercados; ya que, como ella dice, no podía transigir con esa falta de libertad de la mujer mexicana, y añade: "el renunciar a mi nacionalidad y a mi individualidad no era posible para mí, que soy una buena norteamericana"(6). Encontraba grandes atractivos en los mercados mexicanos, los cuales, en esa época, eran todavía el tianguis tradicional de los aborígenes. Vea en ellos notas pintorescas que contrastaban violentamente con los casi supermercados de su país. Al hablar de los mercados, menciona la costumbre del regateo entre vendedores y compradores, y el clásico pi-lón, o sea el añadido o alboroque que los vendedores agregan gratuitamente a lo que se haya comprado.

Otro aspecto de la vida comercial popular mexicana que Fanny Chambers recoge en su libro es el de los pregones de los vendedores ambulantes; pregones melodiosos, atractivos, sugerentes, que tendían a desaparecer. Se lamenta de esta tendencia e indica que sería muy interesante preservar pregones que entonces existían, transcribiéndolos en su letra y en su música. Subraya las tonadillas de esos pregones, como por ejemplo el de la tamera que canta: "No toman tamales de chile y capulines?".

Como la habitación constituyó un problema para nuestra autora, esta dedicó bastante espacio a describir cómo son las viviendas en México, sin olvidarse de describir su arquitectura. Dice que la influencia española es muy notoria, incluso en edificios recientes, que siguen siendo de estilo pañol antiguo (7). Aprovecha la ocasión para recomendar a los anglosajones que no traten de efectuar modificaciones en las viviendas mexicanas ni de variar su estilo arquitectónico, pues entiende que éste obedece al clima y a la forma de vida de sus habitantes. Sin embargo, reconoce que los edificios recientes delatan la tendencia a abandonar la influencia española, para la cual los arquitectos mezclan una cantidad considerable de estilos europeos: dórico, corintio, pompeyano, romano, y, por último, español. Indica que lo que más atrae a los extranjeros son los portales y los acueductos (8).

Habla también de cómo alquilar una casa y dice que cuando alguien se muda de casa debe cuidar del traslado de los muebles, el cual se hace o a paladas humanas o en tranvía. Aconseja que si se recurre al primer método, se deje solo al cargador, sino que se le haga acompañar por un sirviente de

confianza. Informa que los departamentos con cinco cuartos orientados al patio cuestan cuarenta dólares al mes y que los orientados a la calle cuestan de sesenta a ochenta dólares (9).

Se queja de las malas condiciones sanitarias de los edificios antiguos, y reconoce que en los recientes se presta más atención que antes a la plomería, a la ventilación y a la salubridad; pero que en estos aspectos todavía hay mucho que hacer. Del drenaje de la ciudad dice que es tan imperfecto que ve muy difícil el que las casas antiguas puedan acondicionarse a la vida moderna. Afirma que muchas familias ricas ocupan un departamento sobre casas que tienen comercios en su planta baja y algunas de ellas, incluso pulquerías.

Se duele de la forma miserable en que vive el portero, el cual ocupa un cuarto oscuro y húmedo situado debajo de las escaleras, cuarto en el que habita con toda su familia, y añade: "algunas veces he contado en uno de esos cuartos, dos y tres pavos, varios pollos, uno o dos puercos, innumerables perros y niños, además de los utensilios de cocina y el petate en que dormía toda la familia". Conforme se subían las escaleras --escribieron-- se efectuaba una transformación completa: al zaquizami del portero seguían los pisos de los inquilinos, con pájaros y macetas de flores en los pasillos, alfombras en las escaleras, ventanas con cortinas, y balcones sombreados.

Otra costumbre que le llamó la atención es la de las inscripciones que se colocaban en los zaguones de las casas, algunas de las cuales recoge: "Siempre viva en esta casa nuestra Señora de Guadalupe"; "Aquí vivan con us-

ted José y María". Asimismo describe en forma humorística el arriendo de las casas. "Quien desee alquilar una casa — escribe — debe recorrer las calles buscando pedazos de papel sujetos a los barrotes de hierro de las ventanas. Donde vea un papel en una casa que le convenga, tiene que buscar al dueño o al agente, y para encontrarlo necesita lastimarse el cuello y gastarse los zapatos"(10). Aún ocurre esto en barrios antiguos y es usual en todo el mundo hispano. Acerca de los contratos de Inquilinato, dice que "son suficientemente voluminosos como para contener un tratado entre dos naciones" (11).

Nos habla de la importancia que la ventana tiene en las viviendas del país; ventanas cuya función consiste en proteger contra la lluvia, asomarse a la calle, servir para conversaciones diversas, y para "pelar la pava". Indica que las ventanas, cuyas rejas tienen los barrotes uno cerca del otro, se llaman "ventanas para maridos celosos". Otra característica de la arquitectura mexicana que llamó la atención a nuestra autora, es la escalera de caracol.

Face to Face with the Mexicans está salpicado de notas curiosas acerca de la servidumbre. En primer término, nuestra autora señala una costumbre parecida a la de los Estados Unidos: la de los nombres de personajes históricos importantes. Dice que tuvo a su servicio a dos criados que se llamaban Miguel Hidalgo, a uno que tenía por nombre Porfirio Díaz, y a un tercero que había sido bautizado con el de Pío Quinto. En los Estados Unidos, los nombres son Jorge Washington o Jefferson.

Se lamentó varias veces de lo arraigadas que están las costumbres en la servidumbre mexicana y, en un momento de desesperación, escribió:

"Aprendí de cada sirviente cuán inútil y loco era tratar de cambiar sus costumbres hereditarias o proponerles la adopción de nuevas ideas"(12). Afirma que cuando se les ordena algo que no les gusta, tienen siempre a flor de labios la frase "no es costumbre"; frase que en ellos es como un edicto irrevocable. Cuenta, como anécdota, que cierta vez, intentó lavarles a unas niñas llorosas las caras. La madre acudió indignada y lo impidió exclamando: "no es costumbre . Y no es costumbre, porque los mexicanos, cuando tenemos catarro nunca nos lavamos la cara, pues, por el clima, sale más la enfermedad" (13). Comentando esta anécdota, dice nuestra autora que el mexicano es eminentemente costumbrista y que lo que a él le enseñaron sus padres, enseñará él a sus hijos; y si algo surge nuevo, es reacto a aceptarlo.

Volviendo a la servidumbre, y con frases humorísticas, Fanny Chambers asegura que cuando un sirviente quiere separarse de la casa donde trabaja, nunca da la razón real que a ello le mueve sino que prefiere atribuirlo a la enfermedad de la abuelita o a algo semejante. Reconoce la señora Gooch en su libro que tuvo muchos contratiempos con la servidumbre, ya que sus ideas acerca de la vida y de la administración del hogar, eran muy diferentes a las ideas de sus criados, a los cuales reconoce una gran cualidad: que son muy fieles y devotos a la familia al servicio de la cual están.

Acerca de las acusaciones que se hacían contra la servidumbre de que estaba formada por ladrones, dico que a ella no le consta personalmente; pero que si robaran algo, lo justificaría, ya que los sirvientes gozan de salarios bajísimos. Hace destacar el papel preponderante que tenía entonces el mezo, y escribe: "El rasgo más peculiar e interesante de la vida hogareña en

México, no es un mueble, ni un fresco, ni un piso de tierra apisonada, ni un burro, ni una ventana enrejada, sino el indispensable, incomparable y siempre útil mozo" (14). Y agrega que la respetabilidad de un hogar dependía de la presencia de un mozo.

Habla también nuestra autora de las relaciones entre la patrona y las sirvientas y dice que para llamar a estas últimas, no se las llama por su nombre, sino dando una palmada; y que en los pueblos, las criadas dan a la dueña de casa el nombre de niña, sin importar que esta tenga cien años de edad. Esta forma humana, igualitaria y democrática de tratar al criado obedece a la tradición española, ya que el ser un criado no era un oficio sino que significaba pertenecer a la institución familiar (15).

Cosío Villegas señala que el problema de las criadas fue agudizándose durante el porfiriato, y que las clases elevadas afirmaban que a las dos horas de haber entrado a trabajar un sirviente en una casa, robaba dinero, ropa y otros objetos de valor; y que, además, eran "igualados" e "insolentes" (16). En realidad, la servidumbre era una de las capas trabajadoras más desamparadas por el porfiriato, que no se había preocupado de legislar en bien de ellas. Este aspecto no lo observó Fanny Chambers.

La manera con que los pordioseros solían pedir limosna, le llamo la atención y la condujo a conclusiones risibles. Dice que le pedían limosna con estas palabras: "El tlaco señorita, pa comprá medicina pa un enfermo". Como su curiosidad era incansable, preguntaba qué le sucedía al pobre hombre, y como la contestación era siempre "tiene mal de estómago", dedujo que se había

desatado una epidemia en el país. No olvidó nuestra autora ni los cuentos populares ni las adivinanzas, como tampoco olvidó las canciones de cuna, las danzas, los cantos populares y los cuplés en hoga. Uno de los cuentos preferidos por los niños era uno titulado Gaitagileno; y de las adivinanzas menciona la siguiente: "por dentro colorado, por fuera como salvado. ¿Que es?" "El mamey".

Se sintió impresionada por el buen gusto musical de los mexicanos, especialmente los de la capital, ya que los de las ciudades del norte no tenían tan acentuada la afición. Pero hace observar que se trata de la música popular, pues la clásica era gustada solamente por personas de elevada cultura. En su libro recoge nuestra autora no solamente la letra, sino también la música del himno nacional mexicano y las de algunas canciones y danzas que eran populares en su tiempo. De las danzas menciona Eufrosina y Tafia, ambas de F.G. Sedano; y de las canciones cita La Golondrina—que por su popularidad compara con el Home, Sweet Home de los Estados Unidos —, Los Naranjos o Adela, ¡Ay qué níquel! y la Paloma, cuplé español favorito del pueblo mexicano.

También se interesó por las leyendas, algunas de las cuales, las tomó de la obra histórica México a Través de los Siglos. Asimismo se interesó por algunos nombres raros de las calles de la capital, e indagaba el origen de los mismos. Menciona la calle del Indio Triste y reseña brevemente su origen legendario (17).

Los animales típicamente mexicanos, como el guelote, el xopilo-

te y el burro le inspiraron frases interesantes y también humorísticas. Especialmente el burro gozó de su simpatía y dijo de él que además de típico era absolutamente necesario para el pueblo mexicano; y a este respecto relata que su mozo Pancho llamaba al burro el ferrocarril mexicano y otras veces le denominaba licenciado por ser, según él, cabeza dura.

Dedicó Fanny Chambers al amor páginas interesantes: la galantería, las relaciones entre los enamorados, el matrimonio, fueron descritos por ella con mucha brillantez. Empezaba diciendo que, en México, cortejar a una señorita es asunto muy serio, que puede prolongarse cinco y hasta diez años, lo que sucede en la mayoría de los casos, sin que el Romeo entre durante todo ese tiempo una sola vez a casa de su Julieta, e incluso sin haber siquiera hablado con ella. Nos asegura que la paciencia es la virtud principal de los enamorados. Los hombres cortejan a su dama "haciendo el oso", que consiste en pasar lentamente, a pie o a caballo, por delante de la ventana de ella, y esto todos los días y a una hora determinada. Por intuición, la cortejada sabe cuándo va a pasar el amado y lo saluda con la punta de los dedos desde detrás de las cortinas de la ventana o del balcón.

Después de decir que el novio oficial y aceptado nunca se quedaba a solas con su novia, la señora Gooch añade que uno de los objetos indispensables para toda enamorada era el abanico, al que seguía en orden de importancia el pañuelo. Las frases amorosas más en boga eran: "niña de mi alma", "me muero por tí", "eres mi dicha", "tú serás mi solo amor", "me mato por tí".

Con su perspicacia, Fanny Chambers observó que el matrimonio es-

taba en crisis; crisis que Cosío Villegas mencionaría diciendo que el matrimonio "se había convertido en un artículo de lujo por el alza de los precios y la fijeza de los sueldos" (18). Para nuestra autora las causas eran también de tipo económico. Afirma que para un joven de recursos moderados era casi imposible constituir un hogar, pues no solo tenía que amueblar la casa, sino también que comprar el traje de la novia, pagar los gastos de la boda, y muchos otros más.

Refiere cómo eran las ceremonias matrimoniales, las cuales encuentra largas y tediosas, y termina afirmando que en los Estados Unidos era más fácil y más moderno todo lo relativo al casamiento. De este subrayó un aspecto positivo: su indisolubilidad; pero no notó, como más tarde señalaría Cosío Villegas, que "la indisolubilidad del matrimonio estaba ocasionando que la inmensa mayoría de la población adulta viviera en amasiato". Fanny Chambers pasó por alto lo del amasiato y describió a los maridos como justos y corteses y llenos de atenciones para con la esposa. Afirma que el marido nunca olvida colocar una flor fresca en el plato de su mujer. En cambio, calla las parrandas que los hombres celebraban y que las esposas y las novias tenían que tolerar, y no concibió en su justo valor el dicho popular de aquella época: "ya no me pegas, será que ya no me quieres." Para nuestra autora había siempre "mu-cha dignidad en los hogares".

Trató también de los enlaces entre mexicanos y norteamericanos, y afirma que la demasiada libertad de los segundos matrimonios hace que los mexicanos se sientan frustrados, y que las exigencias de los matrimonios mexica-

nos hacen que quienes se sientan frustrados sean los norteamericanos.

La afición al juego y a las bebidas alcohólicas fueron censuradas por Fanny Chambers, la cual realza el espíritu a azaroso de los mexicanos y dice: "Les gusta ganar dinero jugando, pero no trabajando, y por un tlaco son capaces de perder toda una noche de sueño". Era esta una observación muy superficial, pues no se percato que el afán del juego está presente en México desde los tiempos de las culturas indígenas, afán que fue reforzado por la herencia del espíritu de rapña de los conquistadores, cuyas características eran el ansia de riqueza, la aventura y el anhelo de arriesgar la vida, según señala acertadamente García Cuhas (19). Para nuestra autora el juego es pecaminoso, porque ella procede de un país que vivía intensamente la época del "ahorro". Para los mexicanos era distinto. Influyó en ellos la tradición lúdica mediterránea traída por los conquistadores y mantenida durante la colonia; tradición que reforzó la que ya existía en el México aborigen. Durante la colonia no era cosa trágica el jugarse hasta el último tlaco, pues el perdido que llegara a padecer hambre podía acudir al convento más cercano y tomar allí lo que se llamaba "la sopa bobá".

Nuestra autora presenta al mexicano como "buen bebedor", cuyo lema era: "felices pero no borrachos". Menciona el gran número de pulquerías que había en las ciudades, y olvida que las pulquerías han existido en México desde los tiempos de la colonia. El pulque es una bebida que los aztecas conocían desde tiempo inmemorial.

Ella se abstuvo de profundizar en las causas del alcoholismo que significaba una verdadera calamidad nacional que ocasionaba muchas defunciones

y nefastas consecuencias sociales; que "creaba un espíritu anárquico, levantisca, voluntarioso, que formaba un pueblo haragán, beodo y armado hasta los dientes"(20). Tampoco había leído los comentarios de la prensa católica ni la condenación que la iglesia lanzaba contra el alcoholismo, afirmando que en México se había más que en Londres y que el número de alcohólicos y de bebidas iba aumentando de día en día.

Lo que sí notó nuestra autora fueron las campañas que el gobierno llevaba a cabo contra las cantinas y las pulquerías, campañas que ella menciona a la vez que indica que durante su estancia en México dichos locales estaban autorizados a estar abiertos desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde.

En forma generalizada, Fanny Chambers aseguraba que cada hora del día le aportaba nuevas sorpresas, y menciona que cierta vez compró huevos y todas las yemas le salieron blancas, "costumbre de las gallinas mexicanas, desconocida de sus hermanas de los Estados Unidos"; que constantemente tenía tropezos con el lenguaje y las expresiones idiomáticas del país, que cuando le dijo a su mozo Pancho que le guardara la plancha en la "cocinera" y Pancho le llevó de la mano a la cocinera; y como cuando le encargó a Pancho que le trajese cuatro gateaux (pasteles), y el mozo le trajo cuatro gatos; que cierta vez un vendedor le ofreció algo que ella creía que eran alfileres y agujas y resultó que el ofrecimiento era una chichito nodriza; y que la palabra pues, intercalada en la generalidad de las frases tiene diversos significados, tales como "¿y bien?", "ahora", "por lo tanto", "desde", "sin duda", y otros muchos más.

Su afán de ver la parte eminentemente tónica y folklórica de México llevó a nuestra autora a verdaderos extremos. Por ejemplo, habla del pacífico pueblo de Pelomas y le dice: "¡Que ningún cruel renovador remodele tus sencillos adobes; que ningún insaciable gringo invada y despoje tus dominios; que a través del tiempo podáis tú y tu honesto pueblo proseguir vuestras vidas valerosas y tranquilas, sin ninguna influencia progresista, perturbante o contaminante! ¡Que sigas viviendo en feliz ignorancia e inocencia primitiva; y que vivan tus hijos sus setenta años descalzos, descubiertos e intocados por las modernas instituciones galvanizadas!"

Asimismo exagera cuando afirma que Zacatecas ha sido "invadida" por las innovaciones norteamericanas: tranvías, teléfonos y luz eléctrica.

Cuando se leen estas consideraciones de Fanny Chambers, no parece sino que ella quisiera que en México todo quedara en lo típico, en lo colonial. Es una apreciación errónea que suelen padecer muchos extranjeros que vienen a nuestro país, pero que no debiera haber padecido nuestra autora. que, en muchos aspectos, profundizó con perspicacia y veracidad en todo lo mexicano.

La artesanía popular fue objeto de atentas observaciones en Face to Face with the Mexicans. En él se nos habla de las casas de adobe y palmas de los indios; de la vocación innata que éstos tienen por la agricultura; de los diestros que son en confeccionar objetos muy diversos con paja, cera, madera, mármol, cabellos, plumas de aves, etc.; y del buen gusto que demostraban al manufacturar los juguetes, especialmente miniaturas y muñecas de trapo de aspecto cómico.

Se puede en verdad considerar como una paradoja el que fuese una norteamericana la que revalorizara el arte indígena como lo revalorizó nuestra autora en un momento en que se le había olvidado y hasta despreciado por los propios mexicanos. Dice Octavio Paz que con la Revolución "emergieron las artes populares olvidadas durante siglos"(21). Siendo así, a la señora Chambers le toca el mérito de haber sido la precursora en valorar estéticamente el arte indígena. Esto debió de haber causado estupor y extrañeza no sólo en su país, sino a los mexicanos que leyeran su obra.

Por el tiempo en que Fanny Chambers vivió en México se puede decir que no existía la reflexión estética del arte popular. La gente de la clase elevada y media hacía un uso cotidiano de utensilios realmente artísticos, pero no reflexionaba estéticamente sobre ellos. Hoy estamos viviendo la reacción. Ahora se hace arte popular y las clases elevadas lo han puesto de moda, especialmente entre las damas, prendas que antes sólo usaban las indias y que ya éstas no pueden adquirir porque la moda ha hecho subir los precios.

Es justo señalar que Fanny Chambers dio a la artesanía popular mexicana el rango que le corresponde. Elogió las manifestaciones artísticas del pueblo, y subrayó con énfasis el encanto del sarape de Saltillo, de tintes multicolores; el de Oaxaca, de tonos oscuros; las jícaras de Michoacán, cubiertas de mariposas y florones; las pulseras de plata, los collares de chalchihuité y demás joyas bellamente labradas. Ni una sola vez se le ocurrió denominar a los artículos de artesanía Mexican curios, como ahora les llaman sus compatrio

tas, desvalorizando en forma despectiva el arte popular mexicano.

Si hoy en día el gobierno de la República impulsa y fomenta la artesanía mexicana porque en ella hay tanto de oficio como de arte, en tiempos de Fanny Chambers los artesanos trabajaban sin apoyo gubernamental alguno y realizaban obra de gran valor. Esto se debe al espíritu artístico innato del indígena y del mestizo, y constituye una manifestación admirable de su sentido plástico y estético. Sería conveniente, pues, desterrar del vocabulario turístico las dos palabras despectivas de Mexican curios. Ciertamente la nota de curiosidad no es ajena a los artículos de artesanía; pero esa nota debe atribuirse, no al objeto en sí, sino al trabajo delicado y paciente con que fue confeccionado.

Fanny Chambers, con su perspicacia acostumbrada, se anticipó al criterio que acabamos de exponer y vio en la artesanía popular la expresión de tradiciones centenarias, que arrancaban de la época precortesiana y que se habían desarrollado posteriormente bajo influencias creadoras extranjeras, pero sublimadas por el genio indígena. Sería pues muy acertado recordar la actitud de la autora de Face to Face with the Mexicans y combatir, hasta destruirlas, las voces Mexican curios.

Acerca de la vocación agrícola de los indios, señala nuestra autora que los conquistadores trataron de anularla, obligándolos a trabajar en las minas; pero, en cuanto los indios se sintieron emancipados volvieron otra vez a la agricultura.

La cerámica vidriada de Guadalajara, obra de los indios, fue muy elogiada por Fanny Chambers; y lo mismo elogió el trabajo de plumería, tan

delicado y tan artístico, y en el cual tanto interés había demostrado el conquistador Hernán Cortés en los primeros tiempos de su estancia en México.

Al hablar de los oficios libres menciona especialmente el de la lavandera y el de la planchadora, y relata, en forma pormenorizada, cómo efectuaban su trabajo. Lo mismo hace respecto al aguador, del cual dice que nunca come en su casa, sino que su esposa le lleva la comida a la calle, donde toma sus alimentos en el quicio de una puerta. Después va a la fuente, deja allí su chachoco, y, seguidamente, duerme la siesta, o, si la ocasión se le ofrece, va a una pulquería a jugar a la rayuela.

La mortalidad extraordinaria que padecía México llamó la atención de Fanny Chambers, y la atribuyó al sistema de albañales de la capital, los cuales calificaba de primitivos e imperfectos. También la atribuye a la mala ventilación de las casas; y refiere que en 1885 hubo en la capital de la República 13,008 defunciones, de las cuales 6,431 correspondieron a las mujeres y 5,577 a los varones. Añade que las enfermedades mortales más frecuentes eran las afecciones pulmonares y la tuberculosis; que la viruela solo produjo 179 víctimas; que el tifo y las fiebres intermitentes y malignas llevaron al cementerio a un número reducido de personas; y que la diarrea y la disenteria fueron las enfermedades más fatales, pues arrebataron 2,866 vidas.

Refiriéndose nuevamente al pésimo sistema de drenaje de la capital, escribió: "Cualquiera que vea reparar y limpiar los inmensos canales de desagüe que están cubiertos en medio de las calles, sin duda se sorprendera de que la cifra de mortalidad no sea más alta "(22).

Habla de los funerales y dice que el gran número de éstos es consecuencia de la alta mortalidad, la cual llama la atención del extranjero tanto como la forma en que se efectúan los entierros. Refiere que los cadáveres son transportados al cementerio a bordo de tranvías, debido a que una empresa compró todas las carrozas fúnebres que había en la capital de la República y obligó al público a aceptar el plan de los tranvías. Los ricos pueden permitirse el lujo de un carro fúnebre emplumado y encortinado, que les cuesta ciento veinte dólares. Hay carros más baratos y más sencillos, tirados por una mula, y cuyo precio no excede de tres dólares.

Al mencionar los funerales de los indios, dice que éstos transportan sus muertos al cementerio de Dolores en esta forma: "Cuatro hombres cargan sobre sus cabezas el ataúd que contiene el cadáver, y así marchan durante kilómetros y kilómetros, siendo ellos al propio tiempo la carroza, los caballos, el cortejo y los dolientes"(23).

Asimismo describe a una pobre mujer, a una desconsolada madre indígena, que llevaba sobre la cabeza un sencillo y pequeño ataúd abierto, en el que iba su hijo muerto, con el pequeño rostro cubierto de flores. Esta escena ha persistido hasta nuestros días, y la ha recogido en forma patética y admirable el pintor contemporáneo Chucho Reyes.

- 1.- Lo anterior puede ilustrarse ojeando las litografías de Linati y las obras populares de la época.
- 2.- "El Album de la mujer", Artículo del Dr. Bettini, 4 de Nov. de 1883 Tomo I, pp. 134-135.
- 3.- Los principales paseos de la época porfirista fueron:  
Paseo de la Alameda, Paseo de Reforma, Paseo del Zócalo, Paseo de Chapultepec, Paseo de la Viña ó Paseo de las Flores.
- 4.- Cosío Villegas, D. op. cit. pag. 398.
- 5.- La señora Chambers le dió facultades equivocadas al hojasear, - pues su uso tiene relación con el aparato digestivo.
- 6.- Chambers, op. cit. pag. 94.
- 7.- La vivienda que le llamó la atención es un rezago de la vieja tradición mediterránea de la "Casona".
- 8.- Chambers, Op. cit. pag. 310-311.
- 9.- Un peso mexicano equivalía en esa época a un dólar americano.

EN 18851963

Renta de una casa lujosa en

Tacubaya	\$ 80.00	\$ 4,000.00
----------	----------	-------------

1er. Premio,

Jockey Club	1,500.00	50,000.00
-------------	----------	-----------

Sombreros importados de París

	6.00	250.00
--	------	--------

Cocinera	10.00	350.00
----------	-------	--------

10.- Chambers, op. cit. pag. 121.

11.- Ibidem, pag. 121.

12.- Ibidem, pag. 103.

13.- Ibidem. pag. 89

14.- Ibidem. pag. 62.

- 15.- Ortega y Medina, Juan A. "Mexico en la Conciencia Anglo Sajona  
op. cit. Tomo II. pag. 92.
- 16.- Cosfo Villegas, op. cit. pag. 391.
- 17.- Las calles que llevaron los nombres de primera y segunda del  
Inicio Triste corresponden a las actuales Correo Mayor y Primera del  
Carmen. El primero que imprimió esta leyenda fue el Conde de la -  
Cortina. Obregón González Ruiz. Las Calles de México. Ediciones -  
Botas, Mex. D.F. 1947 p. 94,
- 18.- Cosfo Villegas, pag. 410.
- 19.- Antonio Garcia Cubas, Hermanos Suc. 1904.
- 20.- Cosío Villegas, op. cit. pag. 416.
- 21.- Paz, Octavio, El Laberinto de la Soledad, Fondo de cultura e-  
conómica. Mex. Buenos Aires. Tercera Edición P. 119.
- 22.- Chambers, op. cit. pag. 191.
- 23.- *Ibidem*, op. cit. 192.

## CAPITULO VII

### GUIA TURISTICA

En todas las épocas, México ha sido objeto de interés y curiosidad de parte de los muchos viajeros que lo han visitado. "De todo el extenso imperio que perteneció a la autoridad española en el Nuevo Mundo, ninguno por su interés e importancia puede ser comparado con México"(1). Nuestro país ofrece a los viajeros un caudal de atractivos y de originalidad tal, que les incita a crear una literatura que para nosotros resulta de gran utilidad. México "no tiene un patrón, sino muchos", según frase de Rodney Gallop(2). Juntos los múltiples y variados fragmentos de la República, llegan por su función a constituir la unidad dentro de la variedad.

Todo esto lo captó perfectamente Fanny Chambers y, deseosa de que sus compatriotas y sus lectores en general pudiesen disfrutar de una posible visita a México, incluyó en su Face to Face with the Mexicans una verdadera guía turística. A esto se prestaban la ausencia de agencias de turismo y los escasos medios de comunicación que entonces existían. También se prestaba a esto el que México, en las postrimerías del Siglo XIX, retenía todavía mucho del aspecto colonial que le habían dado los españoles y del sello primitivo del indígena; lo cual proporcionaba un material abundante y colorido a los escritores costumbristas, como la autora del libro que comentamos (3).

En este aspecto la obra de Fanny Chambers tiene un valor incalculable, porque recogió aspectos populares que se han perdido y que los histo-

riadores desdafiaban por considerarlos nimios. De ahí que Marcos Arroniz haya escrito en su Manual del Viajero en México: "Si cada Siglo hubiera - transmitido sus crónicas de usos familiares y domésticos, se comprenderían hoy, sin mucha dificultad, costumbres e idiomas que ya son oscuros para nosotros" (4). Ciertamente, por la descripción de los vestidos y trajes conoceríamos las manufacturas y los adelantos sociales de una época determinada. Infortunadamente, son datos que no siempre los historiadores ni los novelistas se preocuparon de recogerlos en sus obras.

Por curiosidad natural, nos sentimos movidos a conocer el modo de existir de nuestras antepasadas, y las particularidades de sus costumbres domésticas nos llenan de interés, incluso en sus pormenores más triviales. Fanny Chambers tuvo el acierto de no desdafiarse esos pormenores y por ello, con la lectura de su libro, se obtiene una visión bastante exacta de las costumbres mexicanas durante el porfirismo. Como ejemplo de esa minuciosidad descriptiva, basta recordar que nuestra autora recogió algunos de los pregones con que los vendedores ambulantes anunciaban su mercancía.

En su condición de "guía turística", el libro de Fanny Chambers - era de utilidad para los viajeros que tuviesen interés en conocer los lugares más importantes del país. Pero no se limitó ella a la descripción de esos lugares, con una exactitud casi fotográfica, sino que indicaba cual era el comportamiento que el visitante tenía que observar al entrar en los templos, en los museos y en otras instituciones oficiales. También daba consejos acerca de los comercios donde se podían adquirir más baratos los artículos y señalaba, asimismo, cuáles de éstos eran los mejores.

Sus indicaciones turísticas las empieza desde el momento en que llega a México, "tierra de canciones, romance y tradición". El primer lugar que describe es Saltillo; y recoge la leyenda del nombre de la ciudad diciendo que se debió a que un anciano señor paseaba con su sobrino cerca del manantial El Ojo de Agua. El anciano resbaló y cayó en el agua. Su sobrino, paralizado de terror, sólo pudo gritar: "¡Sal-tiyo! ¡Sal-tiyo!" De donde le vino el nombre a la ciudad. Agrega que Saltillo es la capital del estado de Coahuila y que, según algunos historiadores, Coahuila significa en lengua indígena "tierra feliz". Otros historiadores --dice-- traducen el nombre de Coahuila por el de "vibora que vuela".

Modernamente, Alessio Robles nos habla de la mucha discrepancia y confusión que existen acerca de la fundación de la Ciudad de Saltillo (5). Del origen de ese nombre se ha escrito mucho y por tanto no es extraño que Fanny Chambers mencionara varias acepciones y recogiera una de las versiones más pintorescas.

Estas etimologías suscitan el buen humor de Fanny Chambers, la cual comenta que los encargados de dar nombre a los estados de la República se inspiraron en el aspecto desértico de Coahuila, y comprendieron que era suficiente para obligar a los flemáticos reptiles a huir de la región. Asimismo dice que si el término "tierra feliz" es el que mejor traduce la palabra indígena, no hay duda de que se le aplicó a Coahuila con un espíritu satírico.

Recuerda nuestra autora que Saltillo fue en tiempos pasados la capital de Texas, cuando este ahora gran estado norteamericano formaba parte

de la República de México. En aquel entonces tenía 20,000 habitantes (6).

Describe la ciudad como centro de industrias importantes, con fábricas de tejidos e hilados de lana y de algodón, y talleres donde se hacen rebozos y sarapes de lana finísima y de brillantes colores. Rebozos y sarapes —subraya— que habían cobrado ya tanta fama dentro y fuera de México que por antonomasia se les denominaba "manta mexicana", que era sinónimo de tela auténtica y casi eterna.

En su descripción menciona la plaza de toros, la plaza central, la catedral, que considera digna de visitarse, y un número considerable de iglesias. El entusiasmo que pone en la descripción de Saltillo se debería probablemente a que fue la primera ciudad mexicana que visitó y a la cual encuentra llena de interés y de lugares pintorescos. Si nos atuviésemos a lo que diría Vito Alessio Robles, la señora Chambers no pensaba así de Saltillo porque era la primera ciudad que visitaba, sino que, como buen saltillense, dice que es "ciudad limpia y resplandeciente, en la que un aire puro y aromado se respira en un ambiente que subyuga y encanta". Es curioso que nuestra autora, aficionada a los asuntos intelectuales, no mencionara una institución tan importante como era en su tiempo el Ateneo Fuente (7). Al referirse a los pueblos adyacentes, dice que todos ellos están habitados por indios y que se les ve llenos de vida y de color. Aconseja a los viajeros que no dejen de visitar la cima del San Lorenzo, donde están los manantiales medicinales del mismo nombre, usados por los nativos desde tiempo inmemorial.

La calle que más interesó a nuestra autora en Saltillo fue la Calle

Real (8), que era una de las principales y mas agradables avenidas de la población. Persona práctica, advierte a los turistas o extranjeros que piensen residir en México, que no encontrarán allí ninguna de las comodidades modernas de que se dispone en los hogares de los Estados Unidos. Como ejemplo indica que en Saltillo no había ni una sola tienda donde se pudiesen comprar objetos tan indispensables como un armazón de cama, muebles confortables, cojines y colchones. En cuanto a las lavadoras y las estufas, eran desconocidas.

El primer viaje que Fanny Chambers hizo desde Saltillo fue a la aldea de Palomas (9), de la cual dice que carece de interés para el viajero, salvo que era un lugar muy pintoresco.

En las páginas de su libro hace un viaje en tren desde la frontera hasta la capital de la República, empleando el Ferrocarril Central Mexicano. Empieza diciendo que la ciudad de El Paso puede presumir de buenos hoteles, el mejor de los cuales es el Grand Central, y también de Iglesias interesantes, de las cuales la más antigua se construyó hacia 300 años(10). No recomienda a El Paso como lugar de residencia, pues en sus calles se forma un polvo tan denso que penetra en las casas y se posa hasta en los rincones más recónditos.

Las famosas uvas que se cultivan en el viejo pueblo de Paso del Norte (11) le merecieron elogios y dijo de ellas que se las exportaba a todos los lugares del país.

Continuando el viaje, refiere que a 300 kilómetros al oeste del Río Bravo está Chihuahua, que era la primera ciudad que atravesaba el Central Mexicano y la cual se había convertido en un importante centro de nego

ciaciones mineras, en el que había un número considerable de norteamericanos. Alaba el buen clima de Chihuahua y añade que su campiña es fértil y que la población tiene todas las comodidades de un centro de economía en auge.

El siguiente lugar que visitó nuestra autora fue Santa Rosalía (12) que, según le dijeron, no había registrado ningún cambio en los últimos cincuenta años. Informa que allí no existen hoteles, pues no se les consideraba necesarios, y que solo había un mesón con escasas comodidades en el cual los viajeros tenían que someterse a las condiciones impuestas por el mesonero.

La población que seguía a la antes mencionada era Jiménez (13), que para nuestra autora carece de importancia; pero no así Parral (14), que se encuentra 80 kilómetros más allá, y es un distrito minero que ha atraído la atención de importantes compañías norteamericanas. De villa Lerdo (15), a 3 kilómetros de la estación, recomienda el restaurante, y aprovecha la ocasión para indicar que se está en Durango, estado donde se produce el mejor algodón de México. Continúa relatando que por las vastas mesetas se llega a Fresnillo (16), que en tiempos pasados había sido un importante centro minero, entonces abandonado; que cuando se llega a Zacatecas, se ve que es el punto más alto de la meseta y la ciudad más grande que existe entre El Paso y la Capital de la República.

Nos describe las mansiones pintorescas de Zacatecas, sus casas en las que predomina la construcción a base de tabique o de adobes, entre las cuales se destacan algunas otras de piedra labrada y pintadas al fresco con co

lores brillantes. Elogia la fachada de la Catedral (17), tallada artísticamente, la casa de moneda, la Alameda y otros lugares de esparcimiento de la ciudad; pero se lamenta de que ésta haya sido "invadida" por las innovaciones norteamericanas: los tranvías, los teléfonos y la luz eléctrica, que le han arrebatado a Zacatecas su carácter pintoresco. El Hotel Zacatecano, que ha**u** sido un convento, le parece bastante bueno, y refiere que fue con**u** fiscado por Juárez en 1858, cuando era propiedad de la iglesia.

La industria minera zacatecana constituye, según Fanny Chambers, una de las más importantes del mundo, pues en las minas de la región trabajan más de 15,000 personas. Agrega que en los últimos tres siglos se obtuvieron de esas minas beneficios superiores a 1,000 millones de dólares. Para recalcar la importancia minera de Zacatecas, describe algunas de sus minas principales y las características de éstas, para, seguidamente, hablar del paisaje, que para ella es magnífico y que, una vez visto, jamás se olvida.

A 50 kilómetros al suroeste de Zacatecas está la población de Quemada (18), interesante por sus ruinas prehistóricas que, según suponen algunos historiadores, marcan uno de los lugares de descanso de los aztecas cuando estos hacían su peregrinación hacia el Valle de México.

Al hablamos de Aguascalientes (19), dice que su nombre deriva de los manantiales medicinales vecinos, cuyas aguas reputa como extremadamente eficaces en el tratamiento del reumatismo y de las enfermedades de la piel. Indica que hay ahí 40,000 habitantes; que las calles están bien pavimentadas y muy limpias; que se está desarrollando una importante industria de tejidos e hi-

laturas de lana; y que tiene un clima agradable, una región agrícola rica, con gran variedad de frutas, correspondientes a regiones templadas y tropicales.

A lo largo del "viaje", nuestra autora se deshace en elogios del ferrocarril y del tren en que viaja; dice que sus rieles de acero y sus puentes de hierro son inmejorables y que los vagones poseen grandes comodidades y están dotados de instrumentos de seguridad insuperables. Añade que uno de los mayores alicientes del viaje son los muy buenos restaurantes que hay a lo largo del ferrocarril; restaurantes en los cuales el viajero norteamericano se siente como en su "propia casa", rodeado de sonidos y de manjares propios de su tierra. Menciona el puente más largo del ferrocarril que está situado en Encarnación (20), y lo considera una maravilla de la técnica ingenieril norteamericana. Recomienda que se visite una pequeña y hermosa población que hay a la derecha del puente, y en la que hay plantaciones de nopales que brindan al pasajero su deliciosa fruta cubierta de espinas. Asimismo —añade— se pueden comprar fresas tentadoras presentadas en lindas cestas; pero advierte que la que ella compró y que parecía llena de fresas sólo tenía una capa de éstas, pues debajo había hojas de col.

Al pasar por Lagos (21) dice que es una ciudad de grandes industrias y que su estación ferroviaria es importante como estación central. Más adelante está Leon, que es la ciudad industrial más grande de la República, con población de 100,000 habitantes, y con fábricas que manufacturan telas de algodón y de lana, sombreros, hatos, zapatos y cuchillería. De Silao (22) dice que es un valle fértil situado en un lugar hermoso y cuyos habitantes trabajan, en

su mayoría, en las minas de plata. De allí pasó a Irapuato, Salamanca, Ce laya (23) y Querétaro (24). Al llegar aquí, afirma que es una ciudad her- mosa e interesante y famosa históricamente porque en ella fueron ajusticia- das Maximiliano de Habsburgo, Miramón y Mejía.

Conforme se va acercando a la capital de la República, el relato adquiere más dinamismo y nerviosidad. Describe el Cañón de Nochistongo- (25) y previene al lector que estamos llegando al final del viaje. Por fin se detiene el tren en la terminal del Ferrocarril Central Mexicano (26). En las afueras de la estación hay una fila de carruajes tirados por caballos, que es- peran al viajero. En uno de ellos toma asiento nuestra autora, atraviesa "las viejas y grandiosas calles de México" y llega al Hotel San Carlos (27), don- de se la inscribe en un gran pizarrón; pizarrón en que se anotan los nombres de todos los huéspedes, con objeto de que los visitantes sepan quiénes están en el hotel, sin necesidad de molestar al administrador. El encargado llevó a Fanny Chambers a su cuarto, desde cuyo balcón podía ver la bulliciosa ca lle del Coliseo (28).

Hace nuestra autora una breve historia de la ciudad y refiere que después de haber sido destruída por los conquistadores "fue reconstruída y - surgió de sus cenizas más esplendorosa que antes; y hoy, aunque ha soportado asedios y sido testigo del surgimiento y caída de muchos gobernantes, desde los virreyes españoles hasta Maximiliano de Habsburgo, se levanta con belle za inigualable" (29). Con palabras expresivas da idea de las emociones que le produjeron las maravillas que vio en la gran metrópoli -- "donde cada me tro de su suelo contiene un testimonio histórico" --, a la que llama Roma de América, y que en un tiempo fue Venecia de América cuando el Valle del - Anáhuac estaba formado por lagos y la ciudad tenía canales en lugar de ca

les.

Para que el viajero se percate mejor de lo que es la capital de la República, Fanny Chambers hace una descripción de cómo era la ciudad antigua, con sus históricas calzadas por donde los conquistadores españoles hicieron su entrada el 7 de Noviembre de 1519. Informa que la ciudad de México moderna descansa sobre el sitio de la antigua y la considera como una de las mejores y más bien construídas del continente americano, con la particularidad de que sus constructores han sabido conjugar los elementos urbanísticos arquitectónicos del pasado con los del presente, logrando una armonía familiar.

Al hablar de la arquitectura, dice que es grandiosa y maciza; - que la monotonía de los muros sólidos y de los portales con arcadas dan al principio una sensación decepcionante al viajero, sensación que se transforma con el tiempo, una vez que se ha acostumbrado uno a la grandeza - del conjunto. Considera Fanny Chambers como muy singular e impresionante el que la ciudad moderna no sólo se haya construído sobre la antigua capital azteca, sino que sus casa hayan conservado el estilo de los tiempos de Moctezuma: techo plano, azotea, construcción que rodea a un patio, características todas ellas del presente y del pasado.

Estima que la plaza mayor o Zócalo no tiene igual en el mundo. Todo un costado lo ocupa la Catedral, la cual se erigió en el mismo lugar - que ocupaba el templo del dios de la guerra azteca. El Palacio Nacional, que ocupa otro costado de la plaza, era la antigua residencia de los virreyes, y se le edificó sobre el lugar exacto que ocupaba el palacio de Moctezuma. Los otros dos costados de la plaza -- sigue describiendo Fanny Chamber

bers— están ocupados por edificios que tienen portales sombreados.

Era natural el asombro de Fanny Chambers al contemplar esta gran plaza, sobre todo en una época en que en Europa las plazas eran todavía pequeñas y mal trazadas. Ortega y Medina, que nos da antecedentes preciosos del Zócalo, asegura que es "una herencia prehispánica sin duda alguna". Y si los españoles dieron al zócalo las grandes proporciones que tiene lo hicieron porque para ellos hubiese sido un desprestigio haber trazado una plaza de tipo europeo que hubiera contrastado con la Gran Plaza de Tenochtitlán en la que se "equilibraban sabia y hermosamente espacios y masas" (31).

Afirma nuestra autora que las grandes calzadas aztecas siguen estando en uso, a manera de avenidas principales; que las calles están trazadas simétricamente en ángulos rectos, de norte a sur y de este a oeste. Entre las principales calles menciona las de San Francisco, Plateros y Providencia.

El sistema de tranvías le pareció admirable, con coches de primera y segunda clase pintados de amarillo y de verde, respectivamente. - El servicio de tranvías se prestaba cada 10, 15, 30 y 60 minutos, saliendo los carros del zócalo en fila y dirigiéndose a los diversos circuitos, algunos de los cuales alcanzaban un radio de 15 a 30 kilómetros. Del esfuerzo muscular que los conductores de tranvías obtenían de las mulas, dijo que ni el negro más cruel conseguiría algo mejor.

Describe también los muchos cabriolés que había en la ciudad y que eran de tres categorías, que se distinguían por unas banderitas situadas

en el pescante. Los carruajes con bandera azul eran de primera clase y costaban un peso la hora; los de bandera roja eran de segunda clase y su tarifa era de 75 centavos; y los de bandera blanca correspondían a la tercera clase, a 50 centavos la hora. Los cocheros tenían que atenerse a estas tarifas, menos los días festivos, en que la contratación era libre. Además de la tarifa, era costumbre que quien alquilara un cabriolé le pagara al cochero una propina correspondiente a un medio para pulque.

Fanny Chambers visitó las principales iglesias de la capital, de las cuales estima que la de Santa Brígida (32) era la más moderna por su disposición interna, sus bancos confortables y sus pasillos alfombrados; que Santa Teresa (33) tenía pinturas exquisitamente realizadas en su interior; - que San Hipólito (34) se distinguía el exterior por su brillante cúpula de mosaicos de porcelana; "y que el grandioso y viejo templo de San Fernando (35) era el decano, cuyos pisos gastados por el tiempo fueron eco de los pasos de muchas generaciones".

Al mencionar los monumentos públicos presta atención especial a las estatuas, de las cuales considera que eran dignas de ser admiradas la equestre de Carlos IV (36), que está al principio del Paseo, la de Cristóbal Colón (37), que está en el Paseo de la Reforma, y las del presidente Juárez (38) y Cuauhtemotzín (39) que se alzan también en el Paseo de la Reforma. Dice que todas ellas son una maravilla de arte, de belleza y de perfección.

Habla admirativamente del Paseo de la Reforma (40), que describía como una gran avenida o boulevard que se extendía 5 kilómetros desde la Alameda (41), hasta Chapultepec, y por el cual podían circular holgadamente seis carruajes a la vez y de frente. Habla también de los caballeros

que conducían con elegancia sus cabriolés; de los peatones que se paseaban por ambas aceras del paseo vestidos con ropas domingueras; de las damas que ostentaban vestidos importados de Europa, y de los grupos de niñas, bellamente ataviadas, que se dedicaban a sus juegos, mientras la banda de música tocaba en el quiosco. En suma, Fanny Chambers describía un México burgués, jubiloso y sin preocupaciones.

Es de suponer que nuestra autora acudiera al Paseo muchos domingos, ya que en él se daban cita los numerosos extranjeros que había en México, así como la juventud y el mundo elegante y distinguido del México de la época (42). El paseo se efectuaba todas las domingos de las once de la mañana a la una de la tarde y en él se exhibían los muchos carruajes de que habla la señora Chambers, desde el aristocrático landau hasta el sencillo tilbury. De ahí que hiciera una descripción tan viva de la Alameda en día de paseo, descripción que hasta cierto punto ha sido ilustrada por Diego Rivera en un famoso mural.

Al mencionar los mercados públicos, dice que el principal de ellos ocupaba toda una cuadra; pero que a pesar de la abundancia de sus frutas, verduras, animales de caza, pescado y carnes, era un lugar infeliz y desamparado, pues carecía de edificaciones y era un conjunto de cabanillas, puestos y tiendas que no ofrecían ningún atractivo para el extranjero (43).

Contó nuestra autora hasta 12 jardines públicos, de los cuales consideró la Alameda como el principal de ellos, añadió que los 12 jardines habían sido proyectados de acuerdo con el estilo parisiense (44).

Nuevamente tocó nuestra autora el asunto de las escuelas públicas, afirmando que en la capital de la República existían excelentes planteles edu

cativos, entre los cuales se destacaban la Escuela de Artes y Profesiones para mujeres (45), las Escuelas de Artes para Varones, la Academia de Bellas Artes, el Conservatorio de Música, la Escuela de Minería e Ingeniería, la Escuela de Jurisprudencia, el Instituto Militar, el Instituto Médico, el Colegio para Mujeres, el Instituto Preparatorio -- "que es tan bueno como cualquiera de los Estados Unidos" -- el Instituto para Sordos y Mudos, el Instituto para Ciegos, el Museo Nacional y la Biblioteca Pública con 160,000 volúmenes. De las instituciones de beneficencia cita el Asilo Mental, la Casa de Cuna, la Casa de Maternidad -- fundada por la Emperatriz Carlota -- el Asilo de Pobres, el Instituto para Leprosos y varios hospitales.

De las casas de empeño mencionó especialmente el Monte de Piedad, "fundado por el conde de Regla", y que considera que es "una de las más nobles empresas de beneficencia, pues gente con mala suerte puede recibir anticipos sobre prendas, sin peligro de perderlas" (46).

Como la afición al teatro era notable, dice que en México había 4 grandes teatros, de los cuales el más importante era el Nacional, considerando el segundo, por su grandeza, del Continente Occidental; pero nuestra autora consideraba que era un escamio el mal estado en que se encontraba el edificio de ese teatro, "en esta época de elegancia y lujo" (47).

La descripción de los hoteles parecía ser la afición de Fanny Chambers, la cual dice que había muchos y de todas las categorías. De los cuales el Concordia era tan bueno como el Deimónico. En los hoteles mexicanos se seguía entonces el plan europeo, es decir, que el alojamiento no compren-

día la alimentación.

La visita a los establecimientos comerciales de la ciudad fue una decepción para Fanny Chambers, que se asombró de ver que eran pocas y en su mayoría sin escaparates, y de que los artículos en venta, especialmente - las de vestir, eran casi exclusivamente de procedencia extranjera. A fuer de buena ama de casa, nuestra autora aconseja a sus lectores que no com - - pren en las tiendas de la calle de Plateros (hoy Francisco J. Madero), sino que acudan a "Las Monterillas", que son tiendas situadas en los portales y donde ofrecen la misma mercancía que en Plateros, pero a precios más bajos y también venden curiosidades de todos los tipos.

Los departamentos para vivienda no merecieron a Fanny Chambers ningún elogio, sino censuras; pues vio que carecían de closets, a pesar de - que las rentas eran carísimas, y éstas se convertían en excesivas si el depar - - - tamento tenía algunas comodidades.

No olvidó mencionar como atractivo turístico la flora mexicana, que por su gran variedad, su belleza y su colorido, era de un valor inapreci - - - ble. Añade que no hay un solo día en el año que no se puedan comprar por una bicoca ramos de flores frescas y bellas. Una de las plantas que más le - llamaron la atención fue el "árbol de las manitas" --ya estudiado por Francis - - - co Hernández, médico de cámara de Felipe II --originario de las tierras frías, "con flores de color rojo vivo y con pétalos que forman manos en miniatura". Informa que esta flor se emplea como remedio popular entre los indios para las enfermedades del corazón. Tanto le admiró dicho árbol, que le dedicó una lá - - - mina en colores al principio de Face to Face with the Mexicans.

El clima de la ciudad de México le parecía a la escritora norte americana excepcionalmente agradable, pero difícil de describir. "Si uno pudiese concebir las delicias de un tibio día de octubre -- escribe --, uni- das al brío de un día despejado de enero, pero sin nieve ni hielo, mezclados ambos al aire revitalizador de un balsámico día de mayo, y después se imagi- nase doce meses con este tiempo, obtendría una idea de cuán encantador es el clima de México". Al decir que el clima de México es encantador, la señora Chambers lo concebía con mente nórdica, no obstante lo cual no exa- geraba mucho; porque no admitir que ese clima es bueno sería negar que es en realidad un clima de primavera eterna, casi imposible de encontrar en otro lugar del mundo. Se complacía en hablar de la grandiosidad de las mon- tañas que rodean el valle y en afirmar que nunca había visto cielos más bri- llantes ni más azules, pues lo eran más de los que Italia puede ofrecer. Se maravillaba de la brillantez y transparencia de la atmósfera, atmósfera tal que ni siquiera se encontraba en Nápoles ni en Florencia. Todos los viaje- ras se han percatado de la maravillosa transparencia del aire de México. Humboldt habla de la extraña luminosidad de los rayos solares; y Alfonso Re- yes, al referirse a la extrema nitidez de esa atmósfera dice: "Viajero has llegado a la región más transparente del aire" (48).

Para coronar sus elogios del clima mexicano, escribía que mientras en el norte de los Estados Unidos la gente tiembla por los efectos del frío in- tenso, aquí en México hay sol y flores perpetuas. No obstante, reconoce que si se sucedan dos días nublados o lluviosos consecutivamente, los mexicanos se muestran tristes y se quejan de lo terrible del clima, "lo cual es muy cierto".

Fanny Chambers captó muy bien las tres temperaturas diferentes que se no tan en la ciudad: la del lado soleado, en que abrumba el calor, la del lado sombreado, cuya frialdad es tan grande "que puede producir un grave res - friado", y la agradable del interior de la casa.

La altura en que se encuentra contruda la ciudad fue señala-da por nuestra autora de manera muy especial a los viajeros, avirtién-doles que cuando se llega a la capital, muchas personas suelen sentir ma-leos; pero que el malestar desaparece en pocos días y el cuerpo vuelve a -  
su normalidad.

Describiendo el Valle de México, habla de él como de una hoya de forma elíptica, rodeada de montañas de pórfido, todo lo cual constituye un escenario que considera sin rival alguno en el mundo, pues sea cual fuere el lugar en que se pose la vista, surgen ante ella paisajes grandiosos y bellos. Dominando ese escenario, están "el majestuoso Popocatepetl, que descansa - al lado de su no menos sublime consorte el Ixtaccíhuatl, generalmente llamado 'la mujer blanca' ".  


De manera muy especial indica los lugares que los viajeros no de-ben omitir durante su visita a México. Uno de ellos es la Academia de Bellas Artes, donde se pueden pasar horas provechosas, y de donde se sale con el de-seo de volver a contemplar sus tesoros impresionantes. Otro es la Academia Nacional de San Carlos, en la cual hay dibujos que acreditarían a cualquiera otra escuela de arte, y pinturas tan notables como las de Baltasar Echave, Luis Juárez y los hermanos Nicolás y Juan Rodríguez, más, entre los modernos, al-gunas obras de Félix Parra (49).

Relata una visita al Museo Nacional y se lamenta de que en 1884 no existiese un catálogo para que los turistas de habla inglesa pudiesen apreciar en todo su valor histórico las reliquias y objetos antiguos que allí se guardaban. Después de este comentario refiere que el "erudito caballero señor W. W. Blake publicó un excelente catálogo que abre las puertas a un mundo desconocido a toda persona que desee instruírse acerca de los tesoros que hay en dicho museo" (50).

Aconseja que se vean muy detenidamente, porque los considera piezas principales, la piedra del calendario Azteca, y la de los Sacrificios. Al referirse a ésta es cuando Fanny Chambers habla del espeluznante rito del sacrificio de personas humanas.

También habla de la existencia de reliquias pertenecientes a los héroes de la Independencia, como el Padre Hidalgo, Iturbide y López de Santa Anna.

Los alrededores de la capital los considera bellos y pintorescos, con pueblos que "tienen en el centro una fuente chispeante, flores alegres y muchos adornos nacionales". Indica que a estos lugares se llega con facilidad gracias al excelente sistema de tranvías, que permite al turista observar a su placer esas pobladas.

Si el viajero desea pasar un día encantador, le aconseja que tome un tranvía del Zócalo a Tacubaya, lugar éste que llama el Versalles de México; y que desde aquí vaya a San Angel, llevando preparado un almuerzo campestre, y que la cena la haga en una de las confortables fondas que allí hay. En San Angel, el aire es delicioso y las frutas y las flores abundantes. Añade

que con otro tranvía el visitante puede llegar al pintoresco y sombreado villorrio de Coyoacán, donde se alza el "Arbol bendito", varias veces-centenario, y cerca del cual está la iglesia construida por Hernán Cortes (51). El viajero puede continuar su excursión hasta el poblado de Tlalpan, situado a 25 kilómetros de la capital, "extendido pacíficamente en las faldas de las colinas".

El regreso se hace comentando las deliciosas impresiones obtenidas durante la excursión, y se llega al centro de la ciudad a las 7 de la noche.

Otra de las excursiones que nuestra autora recomienda es la que conduce al lugar más sagrado del país; el Cerro del Tepeyac. Una vez visitado éste, aconseja que el regreso se haga por la avenida de La Viga, al término de la cual debe dejarse el tranvía y alquilar un botecito para pasar por el canal de las chinampas (52), los jardines flotantes legendarios, hasta llegar al poblado de Santa Anita, donde uno puede reconfortarse con un refrigerio mexicano.

Cuando la señora Chambers estuvo en el Canal de las Chinampas éstas estaban bien cuidadas y formaban una bonita mezcla de colores; rojas amapolas, retama amarilla, chícharos y ailefes. En Santa Anita se solía preparar en las chozas de ramas y zacate el tradicional atole de leche con tamalitos temidos, las enchiladas o bien el peto cocido que era la especialidad del lugar.

Entre los lugares vecinos de la capital dignos de visitarse por su interés histórico, nuestra autora menciona "la grandiosa y vieja fortaleza de

Chapultepec", y el "bosque a la sombra de cuyas ahuehuetes se puede descansar y recordar todo el mundo del pasado". Infama que el Castillo de Chapultepec era la residencia actual del presidente de la República y el West Point (Honorable Colegio Militar) de México. Describe la arquitectura del Castillo como grandiosa e imponente; con una decoración digna de sus huéspedes actuales; y con su interior amoblado con tanta riqueza como en los mejores palacios reales del mundo (53).

Otra visita que nadie debía omitir era la de Xochimilco, donde se admiraban los jardines flotantes, mencionados con tanto elogio por el Barón de Humboldt; ni las visitas a las viejas ciudades de Toluca y de Morelia, a cuyo efecto se tomaba el Ferrocarril Nacional, de reciente construcción, que conducía cómodamente a ambos lugares.

Refiere también nuestra autora una excursión en que, dejando atrás la hermosa vista de la capital y del lago de Texcoco, se pasaba por numerosas pueblecitos indígenas y se llegaba a un lugar donde había un rótulo grande que decía: Crina. Allí el visitante se enteraba que había llegado al punto más elevado del camino, en el cual la respiración se volvía difícil y había necesidad de usar abrigo. Desde ese punto se descendía al hermoso valle de Toluca, profusamente cubierto de haciendas y de ranchitas. El clima del valle lo describe Fanny Chambers como "deliciosamente frío", aunque "para la mayoría es muy extremado y poco agradable". Indica también que este factor unido a la gran altura ocasiona, especialmente a las damas, una postración nerviosa que requiere varias días de curación. Al llegar a Toluca aconseja que se visite el Instituto Literario "que es una de las mejores instituciones de

la República", el cual contaba con 220 alumnos cuando fue visitado por nuestra autora.

Señala ésta que la vida en Toluca es barata y que es un buen lugar de veraneo para aquellas personas a las cuales no les afecta la altura; lugar que tiene también muchos atractivos. Para alojamiento recomienda el Hotel León de Oro, "que es muy limpio y está bien cuidado". Dice del mercado que es muy bueno; que el zócalo es pequeño y bonito y que en él se puede escuchar una admirable banda de música integrada por muchachos de 11 a 15 años de edad.

En el camino de Toluca a Morelia -- sigue relatando la escritura norteamericana --, y teniendo siempre a la vista el Nevado de Toluca y el Río Lerma, se llega a Flor de María (54), una estación solitaria donde hay un excelente restaurante conectado con el ferrocarril. Reanudado el viaje se pasa por las regiones mineras de El Oro; después, por el cañón del Zapilote, hasta llegar cerca de Tepejí del Río, donde ocurrió "la heroica muerte de uno de los hijos más valerosos de México: Melchor Ocampo".

Posteriormente se pasa por los viejos pueblos de Maravatío y Acámbaro, fundados en el Siglo XVI, y que "traen a la memoria episodios sin paralelo de las luchas del pueblo mexicano por su libertad". El viajero que así lo desee puede hacer una gira por los estados del centro, gira agradable y divertida. Después de doce horas de ferrocarril se llega a Morelia. Allí, el hotel recomendado por nuestra autora es el Hotel Michoacán, situado en muy buen sitio, pero que, "como ocurre con la mayoría de los hoteles de México, faltan siempre jabón y cerillos". Agrega que en él

el desayuno era solamente a base de chocolate o de café y pan.

Indica Fanny Chambers que Morelia es un atractivo para los aficionados al arte antiguo; hay allí muchos conventos, a cual más interesante, como el de los carmelitas, el de San Juan de Dios, el de la Merced y el de San Diego (55). Otra visita que, según ella, es deliciosamente entretenida, es la de la Casa de Solteras del Barón Guillermo Wodon, la cual considera como uno de los establecimientos más importantes de América, para la instalación del cual el Barón compró un amplio convento y lo reformó.

Allí, sigue diciendo nuestra autora, el clima es delicioso, tanto en verano como en invierno, y la altura no ocasiona ningún mareo.

Al referirse a las condiciones económicas de Morelia, realiza las riquezas mineras de la región y las maderas ricas que allí vio. Entre las frutas que más le llamaron la atención, por verlas por primera vez, menciona la chirimoya y la granadita.

Volviendo al ferrocarril, indica que éste ha hecho fácilmente accesible el distrito de Uruapan, famoso por sus trabajos de laca que le valieron el premio de oro en las exposiciones de Filadelfia, Viena y París.

Describiendo el Estado de Michoacán, destaca de manera especial que allí está el lago más pintoresco de la República, el de Pátzcuaro, visitado por el Barón de Humboldt y comparado con el mundialmente famoso de Ginebra. Tan apacible y grata es la región que Fanny Chambers aconseja a aquellos que buscan la salud y a los turistas en general que se paseen por el lago a bordo de una barcaza recientemente puesta en servicio y que surca de un lado a otro las limpias aguas del Pátzcuaro. Indica que en el pueblo hoy

buenas hosterías.

Si el turista está resuelto a visitar las principales ciudades de la República, le aconseja que no deje en modo alguno de ir a Morelia y que vea allí el Colegio de San Nicolás y el Seminario, patrocinado el primero por los conservadores y el segundo por los liberales, "hecho que ha ocasionado contiendas amargas entre los estudiantes de uno y otro plantel". Da a la ciudad de Morelia una población de 40,000 habitantes, dotados de excelentes centros de beneficencia pública, de los cuales destacan el Hospital del Corazón de Jesús y el Monte de Piedad.

Añade que en Morelia se han instalado fábricas de tela de algodón y otras industrias modernas que colocan la ciudad a la vanguardia del progreso; que los templos y los edificios públicos son magníficos y elegantes, y que los paseos y las alamedas son sumamente atractivo, en particular la famosa Calzada de Guadalupe.

Las ideas de los habitantes de Morelia, las conceptúa excesivamente conservadoras, lo que hace que ni los norteamericanos ni muchos otros extranjeros puedan alternar con los morelianos. A pesar de esto, reconoce que son hospitalarios, francos y de espíritu abierto, aunque demasiado conservador. De todos los viajes que hizo por México, el de Morelia le dejó la más agradable y duradera de las impresiones.

Muchos otros lugares son los que ella recomienda visitar, tomando para ello el Ferrocarril Mexicano o de Veracruz "que se interna en las glorias tropicales de la tierra caliente". Sobre este itinerario está en primer término San Juan Teotihuacán, ciudad a la que nuestra autora denomi

na la Pompeya Mexicana, y que brinda a los arqueólogos un acervo histórico que toda vía se encuentra enterrado en la metrópoli antigua que allí se alzaba, llena de misterios que esperan quien los haya de desen- trenar(56).

El camino a Puebla es delicioso; pero tiene el inconveniente de la cantidad de polvo que en él se levanta, sensación desagradable que se olvida inmediatamente después de llegar al Hotel Casa de las Diligencias, antiguo convento lleno de hermosas plantas, que nuestra autora recomienda por ser el mejor de la ciudad, cuyos habitantes pasan de 100,000 y cuyos edificios la hacen una de las poblaciones más bellas y mejor construídas de América.

Es una ciudad de iglesias -- dice Fanny Chambers--, que dispone también de muchos servicios públicos como son bibliotecas, hospitales y maternidades. De su viaje a Puebla sacó la impresión, avalada por la fama, de que es la más limpia de México. A esto se agrega la bondad de su clima, libre de humedad, y más agradable que el de la capital de la República. Refiere la leyenda que da a Puebla el nombre de Ciudad de los Angeles, debido a que durante la construcción de la Catedral, los ángeles continuaban la obra de noche, en cuanto los artesanos cesaban su jornada diurna de trabajo. Hace una descripción circunstanciada de la Catedral, a la que coloca entre las primeras 20 catedrales del mundo (57).

Del estado de Puebla dice que tiene una gran variedad de climas, desde el "francamente caliente hasta el nublado y frío"; que su flora es tan abundante y variada que podría proveer de materias primas para elaborar perfumes para el mundo entero. Recomienda que se haga el paseo -

de 7 millas que median desde el Valle de Puebla, de hermosos panoramas, hasta la ciudad de Cholula, cuya famosa pirámide describe, a la vez que recuerda que fue visitada por el Barón de Humboldt.

Relatando personalmente su viaje, Fanny Chambers dice que de Cholula fue a San Miguel de Sesma y allí visitó la hacienda de los Iturbide, hecho lo cual continuó su camino hasta Orizaba. Allí vio un panorama sublime formado por los grandiosos picos de Orizaba, Popocatepetl, Ixtaccihuatl, Malinche, la Montaña Negra y, muy a lo lejos, el Perote.

Relata que pasó por el blanco y opacible pueblcito de Maltrata, donde el calor se iba haciendo cada vez más intenso, y que llegó a la bonita estación de Orizaba, alojándose en el Hotel de las Diligencias, - "nombre que tenía una atracción particular para los dueños de hoteles de toda la República". Dicho esto, describe la Alameda de Orizaba, la fragancia del Datura arborea, o sea el popular floripondio que, según ella, no tiene comparación, y que crece en la ciudad por ser allí el clima más templado que en las zonas tropicales.

Asimismo describe, con su acostumbrado estilo pintoresco, el zócalo, la catedral y el mercado, lugares que estima interesantes y dignos de ser visitados. El único inconveniente que encuentra es el gran calor, que produce un estado depraivo en las gentes, sobre todo en las personas que van a hacer compras al mercado. Habla de las tormentas tropicales, que deben ser tomadas en cuenta; y añade que no continuó el viaje hasta Jalapa y Veracruz, porque corría el rumor de que había estallado una epidemia de fiebre amarilla en esas ciudades. En consecuencia, regresó a la

capital de la República

Para animar a las mujeres a que viajen, la señora Gooch escribió: "Por mis experiencias personales puedo testificar que las damas pueden viajar con toda seguridad, por cualquiera de las líneas férreas que recorren el país, y que pueden apearse en cualquier pueblo o ciudad y visitarla a su entera satisfacción".

A esas mujeres les sugiere que contraten un guía conocedor de los lugares que vayan a visitar; y les recomienda muy encarecidamente - que no hagan comentarios indebidos, ni se rían en tonos altos, porque esto podría parecer una burla.

NOTAS AL CAPITULO VII

- 1.- Prescott, William. Historia de la Conquista de México, Op.Cit. pag. 9. Colecc. Iaeas Letras y Vida, México, 1952.
- 2.- Gallop, Rodney, Mexican Mosaic, Faber and Faber Ltd.-24 Russel Sq. London, pag. 285.
- 3.- Spell Rea, Jefferson, The Costumbrista Movement in México, Marzo 1935, vol. L. México, pag. 308.
- 4.- Arroniz, Marco, Manual del Viajero en México (Compendio de la Historia de la Ciudad de México), París, 1858, pag. 129.
- 5.- Robles Vito Alessio, Coahuila y Texas en la Epoca Colonial. - Mex. 1938-P.743.
- 6.- El Gobernador de Saltillo del 4 de marzo al 4 de Diciembre de 1880 fue el General Hipólito Charles; del 4 al 15 de diciembre fue Encarnación Dávila, y del 18 de mayo al 29 de octubre fué Evaristo Madero.
- 7.- El ateneo Fuente sí estaba funcionando en el año de 1880; su director era el licenciado Blas Rodríguez. Dato proporcionado por el actual Director del Ateneo, Ing. José Cárdenas Valdez.
- 8.- La Calle Real actualmente lleva el nombre de Calle Hidalgo.
- 9.- Palomas; existía 16 ranchos con el mismo nombre. Ella se refiere probablemente al que está en el Distrito de Saltillo, Municipalidad de Artega.
- 10.- Probablemente se refiere a las Misiones de Sn. Juan Bautista y Sn. Bernardo.
- 11.- Probablemente se refiere a las Misiones de Sn. Juan Bautista y Sn. Bernardo.
- 11.- Paso del Norte; hoy Ciudad Juárez, Edo. de Chihuahua.
- 12.- Sta. Rosalía; actualmente Ciudad Camargo, Edo. de Chihuahua.

- 13.- Jiménez; (Jiménez de los Santos), Antes Huejuquilla, Villa de Edo. de Chihuahua.
- 14.- Parral; Edo. de Zacatecas. fue un importante centro minero.
- 15.- Villa Lerdo; antes llamada San Fernando de la Laguna, Dgo.
- 16.- Fresnillo; uno de los once asentamientos mineros de Zacatecas, descubierto en 1554.
- 17.- La Iglesia Parroquial de Zacatecas fue reconstruida de 1729 a 1782; excepto la torre norte que se terminó en 1904. Fue más tarde erigida en Catedral y su portada corresponde al estilo churrigüesco Bravo Ugarte José. Sección Historia de la Iglesia, inédito, Dicc. de Hist. y Biog. Mexicanas.
- 18.- Quemada; 8 kilómetros al Noroeste de Zacatecas; sus edificios fueron construidos a fines del siglo XII, D.F.C. El lugar donde están dichas ruinas se llama Chicomostoc.
- La autora pudo haber lido lo anterior en las publicaciones de Bartolomé Ballesteros de 1871. Lo más probable es que lo haya leído en la obra de Brants-Mayer, op. cit. pp.315-322.
- 19.- Aguascalientes; Capital de Edo. de Aguascalientes, debe su nombre a los manantiales de aguas termales: el ojo Caliente y la Cartera.
- 20.- Encarnación, Edo. de Jalisco, Ontón de Teocalitche.
- 21.- Lagos (Sta. Ma. de los Lagos) Edo. de Jalisco. Cuando la autora pasó por esa región se llamaba Lagos de Moreno, en memoria de Pedro, Moreno, compañero de Javier Mina.
- 22.- Silao, Gto.
- 23.- Celaya, Gto.
- 24.- Querétaro; Ciudad Capital del Estado. en Tarasco su nombre significa "Lugar donde se juega pelota".
- 25.- Neohistonco; (Tlax) obra emprendida por el gobierno virreinal para hacer el desagüe del Valle de México y evitar las inundaciones.

el proyecto es de Henry Martin. (Enrico Martínez) 1607. Dicc. Geog.

Historia Mex. 1910-129-133

26.- Era el más extenso de los Ferrocarriles Mexicanos, su estación estaba contiguo a Buenavista, sus oficinas las tenía en el Jardín - Guardiola.

27.- El Hotel San Carlos estaba recientemente construido, y se había agregado al elegante Hotel de Iturbide, antigua residencia del Emperador. En 1855 se abrió al público como hotel.

28.- Calle del Coliseo. Antiguamente se llamó Calle de la Acequia. Por los años de 1725 tomó el nombre de Calle del Coliseo, por el teatro que ahí se edificó. Marroquí, José María, "La ciudad de México", p.125. Actualmente corresponde a la calle Bolívar.

29.- Chambers, op. cit. pag. 156

30.- En la época colonial se llamaba Plaza de Armas; en 1813, Plaza de la Constitución. En el Centro se pensó construir una gran monumento; como sólo se edificó el Zócalo, así quedó el nombre a este sitio.

31.- Ortega y Medina, Juan A. prólogo a la obra de Becher, op.cit. pag.22

32.- Sta. Brígida. Actual Calle de San Juan de Letran, fundada por el oidor José Francisco Aguirre. Existe todavía buena parte de la construcción ocupada por el colegio y sacerdotes de la Cfa. de Jesús.

33.- Sta. Teresa actual calle Lic. Primo Verdad, con este mismo nombre existía una iglesia antigua; la capilla adyacente se terminó de construir en 1684.

34.- Sr. Hipólito. Actual calle de Balderas, fue construido sobre el lugar donde estaba ermita "Juan Garrido". Marroquí dice que la fundación data del 12 de agosto de 1546, y que Hernán Cortés fue el que ordenó su fundación.

35.- San Fernando. Actual Avenída Hidalgo, Plazuela de San Fernando. Fundada en 1731, perteneció al Colegio Apóstolico de Misioneros Franciscanos; más tarde fue hospicio.

36.- Carlos IV. Estatua acuestre erigida por órdenes del Márquez - de Branciforte, Virrey de la Nueva España; ejecución, Manuel Tolosa fundador Salvador Vega.-

37.- Cristóbal Colón. Obra del artista Francés M. Cordier, obsequiado a la ciudad por el capitalista mexicano Antonio Escandón - Agosto de 1877.

38.- Efectivamente, el monumento a Juárez se había pensando erigirlo en una de las glorietas del Paseo de la Reforma, pero acabó por realizarse en la Avenída que lleva su nombre.

39.- Cuauhtémoc. Escultor, Miguel Noreña; el pedestal es obra - del Ing. Dn. Francisco Jiménez.

40.- Paseo de la Reforma, la Emperatriz Carlota, inspirada en los paseos franceses orañó su traza. Fue abierto en 1865 por orden - de Maximiliano; primero se llamó calzada del Emperador.

41.- La Alameda, debe su existencia a la iniciativa del Virrey Dn. Luis de Velasco; a Cristóbal Carballo se le comisionó su traza. - Sus épocas de auge fueron bajo los gobiernos de Revillagigedo y Bucareli. de 1877 a 1855 Bajo un período de decadencia; a Fanny - Chambers le tocó presenciar su reconstrucción, debida al regidor de paseos Ireneo Paz.

42.- Casasola, Gustavo, Éfemerides Ilustradas del México de Ayer. Mex. 1901, p. 126.

43.- Mercados. El más concurrido era el del Volador; otros eran - Sn. Juan, Loreto, La Merced, y Sta. Catarina.

44.- Jardines. De los más populares eran el Jardín de Sn. Francisco, en la Calle de la Independencia. El Tívoli de Sn. Cosme, el Tívoli del Ferrocarril y el del Elíseo (Petit Versailles), en el extremo de Bucareli.

- 45.- Establecida en 1871 por el Ministro de Gobernación, Lic. Dr. José María del Castillo, bajo la presidencia de Dr. Benito Juárez.
- 46.- Monte de Piedad fundado por Dr. Pedro Romero de Terreros, primer Conde de Regla; primero estuvo establecido en la calle de San Juan de Letran, en 1775 pasó a ocupar la calle del Empeñadito, - actual Monte de Piedad.
- 47.- Teatros. El Gran teatro Nacional, que podía contener tres mil espectadores. El Teatro Principal, el Teatro Iturbide, el Teatro A Arbu y el Teatro Hidalgo son los que estaban funcionando por aquellos años.
- 48.- Reyes, Alfonso, Visión de Anahuac, Madrid 1923, p. 64.
- 49.- Datos sobre estos pintores pueden obtenerse en el índice general.
- 50.- Su nombre completo es Blake Willson Windelforce; nació 1850-1928. el catálogo al que la Sra. Chamber se refiere, es probable "The Antiquities of Mexico" esta obra no se encuentra en el museo de México, puede obtenerse en la biblioteca Al Congreso <sup>Mark.c.g.</sup> 1891.
- 51.- La Iglesia de Coyoacán, construida en 1582, se reedificó en - 1804.
- 52.- El Paseo de la Viga fue creado por orden de Revillagigedo en 1790; comenzaba cerca de la Parroquia de San Pablo, hoy calle de la Corredera y llegaba hasta la Garita de la Viga, que es la Calzada del mismo nombre. Este canal nacía en Xochimilco, pasaba por San Francisco Mexicaltzingo, San Juanico, Ixtacalco y Sta. Anita, terminando en las Calles de Roldán, cerca de la Merced. Castillo Ledón, Luis, el Paseo de la Viga y de Santa Anita, México, - pag. 4.
- 53.- Chapultepec, después de la fundación de Tenochtitlán, los grandes caciques mexicanos tuvieron al pie del cerro un palacio.- En la época virreinal también fue usado como lugar de recreo. Este Palacio sirvió de fábrica de pólvora y se incendió en 1784. Fue

el Virrey Bernardo Gilvez quien lo reedifico en 1847. En el México independiente ocurre la heroica defensa del cerro por los alumnos del Colegio Militar. Fue la residencia real de Maximiliano. Galindo Villa, op. cit. pag. 220-221.

54.- Flor de María, Maxdapat, Distrito de Ixtlahuaca, Edo. de Mex.

55.- Convento de los Carmelitas, Siglo XIX neoclásico. San Juan Evangelista, Siglo XVII, estilo barroco. La Merced mediados del Siglo XVIII, exterior barroco, interior bohemio, neoclásico fundado por Fray Pedro de Burgos y Alonso García. San Diego, Siglo XVIII - barroco.

56.- Teotihuacán (Lugar de adoración). El primer estudio formal de estas ruinas se hizo en 1864 por la Comisión de Pachuca. En 1877 el museo publica un nuevo trabajo sobre Teotihuacán; en 1880 Bancroft expone una bibliografía del asunto (Native Races,) Tomo IV). En 1885, Desiré Charnay, explorador francés, hace una nueva descripción. Gamio, Manuel, La Población del Valle de Teotihuacán, Dirección Antropología. Mex. 1922 p.362.

57.- Felipe II ordena en 1552 la obra, que fue realizada por el arquitecto Francisco de Becerra y Juan de Cigorondo. Historiadores poblanos afirman que los planos fueron realizados por el arquitecto del Escorial, Juan Herrera. Toussaint, Manuel, Arts Colonial, - op. cit. pag. 101-102.

CAPITULO VIII

HISTORIA Y LITERATURA

Aunque no se pueda decir que la autora de Face to Face with the Mexicans sea historiadora y crítica literaria, es indudable que dio a su obra un panorama histórico y literario de México bastante amplio para que los lectores del libro, especialmente los norteamericanos, tuviesen una idea general acerca de esos dos temas. La propia autora indica que no tuvo otra finalidad que agregar un complemento a su obra; complemento que desarrolla con la misma fluidez de estilo y con el mismo colorido costumbrista que los demás capítulos.

La historia la concibe Fanny Chambers en relación con los hechos de las personas. Se podría decir que tiene un concepto romántico del acontecer histórico y que para ella el héroe lo es todo. Aquí parece que se hace eco de las ideas del culto a los héroes expresadas por Carlyle, ya que busca también el contacto con los grandes hombres y considera que "no hay sentimiento más noble que la admiración sentida por otro superior", pues son los arquetipos de cuanto ha intentado lograr la humanidad (1). Además de esto es bastante parcial: no solo elogia aquellos acontecimientos y personas que le son simpáticos, sino que dedica atención casi exclusiva a los personajes cuyos descendientes ella conoció durante su estancia en México. De estos descendientes dice que son testimonios vivos de lo pasado y añade: "Estos

hombres en lizas consanguíneos con los héroes de antaño estimulaban mi de  
seo de información".

No por ello dejó de leer importantes libros de historia y de estu  
diar, aunque fuese superficialmente, el ideario de los liberales y conserva-  
dores, que eran las facciones políticas que dominaron el ambiente histórico  
mexicano desde la independencia hasta la dictadura porfirista.

La forma que Fanny Chambers emplea para exponer los relatos his  
tóricos es la de tipo anecdótico; y por ello da importancia especial a los ac  
tos individuales, a los episodios heroicos, a las muertes valerosas y a los da  
tos curiosos. En algunos momentos este proceder la conduce a un terreno co  
mico. Por ejemplo, al hablar del nieto de Iturbide (2), subraya que es sol-  
tero, de buena presencia e inteligente y lo recomienda a las mujeres nortea-  
mericanas por considerarlo un buen partido.

Fanny Chambers cita en su libro gran número de histeriaderas na-  
cionales y extranjeras; pero, a juzgar por lo escrito por ella, no es de supe-  
rar que haya leído más obras, en lo que a historia se refiere, que las de Ber-  
nal Díaz del Castillo, Humboldt, Lucas Alamán y Hubert Howe Bancroft.

De la época precortesana habla poco, y se limita a relatar la -  
fundación de Tenochtitlán, la "invasión" de los españoles, y otros aconteci-  
mientos relacionados con estos dos hechos capitales, tal como entonces eran  
conocidos por el común de los mexicanos. Sin embargo, comenta que dicha  
época era de barbarie y que, si bien ostentaba un aspecto externo esplende-  
roso, tenía forzosamente que ser substituido por una cultura intelectual y me-

ral superior. Tiene frases de elogio para Hernán Cortés, de quien dice que hizo bien su trabajo, y que no sólo dió a los aborígenes una lengua culta, sino también una religión. Al hablar de los frailes franciscanos de los primeros tiempos de la colonia, dice de ellos que necesitaron de gran paciencia y devoción para "urbanizar a un pueblo salvaje y cristianizar a una nación pagana"(3). Por eso le es difícil creer que los versos humanistas de Netzahualcōyōtl hayan podido ser escritos en ese ambiente salvaje y pagano.

Fanny Chambers describe las diversas pirámides que se habían descubiertas hasta entonces; pero lo más probable es que sólo visitara la de Cholula. Los datos relativos a las demás los debió de tomar del libro de Humboldt. Acerca de los constructores de las pirámides sólo se le ocurre decir que fueron "gente peculiar"(4).

Los objetos arqueológicos eran para ella simples "curiosidades mexicanas", de las cuales la que más le llamó la atención fue la enorme piedra del Calendario Azteca; piedra que describe detalladamente, así como la llamada de los "sacrificios" (la piedra de Tizoc considerada un Cuauhxicalli). Esta última la considera monumento histórico y le ofrece el pretexto para hablar "del escalofriante rito de los sacrificios", los cuales no censura ni reprobaba porque los considera parte de lo que ella llama "enigma bárbaro".

Nuestra autora se percató muy bien de que el máximo tema de la historia de México es el de la Independencia, al cual dedicó lo más importante de su estudio histórico. En este se valió esencialmente de la historia de Lucas Alamán, la cual elogia y dice de ella que es la más importante que

se haya publicado. De la Independencia afirma: "Al principio no hubo personas menos preparadas que los insurgentes para realizar esta empresa: sus armas eran primitivas y pocas en número; no poseían conocimientos sobre tácticas militares, y sus jefes no habían sido entrenados profesionalmente para la guerra. No obstante esto, y debido al fermento político y social que existía en el país, las probabilidades de triunfo de esos jefes eran muy grandes; y si en algunas ocasiones las dificultades parecían insuperables, la fe que impulsaba a esos hombres nunca quedó empañada".

Dicho esto, Fanny Chambers se apresura a mencionar la revolución y guerra de independencia de su país, los Estados Unidos. Y dice que el ejemplo y buen éxito norteamericanos sirvieron de estímulo para el pueblo insurgente de México, cuyos valerosos hijos arriesgan sus vidas en la esperanza de lograr una independencia parecida a la norteamericana. Señaló también nuestra autora que nunca había existido una causa más noble que la del pueblo de México en su lucha contra la tiranía y usurpación de los españoles, que se habían apoderado de las riendas del gobierno y habían excluido de este a los criollos y a la población nativa.

Afirma que cuando la idea de los reyes de derecho divino fue destruida por Napoleón Bonaparte, lo que dio lugar a que muchas casas reinantes europeas decayeran, incluso la española, surgió en México el afán de la independencia y la convicción de que los países podían gobernarse sin reyes. Según nuestra autora, se abrieron entonces en nuestro país amplias perspectivas

vasvas para dos tipos de individuos: el de los animados del mas puro sentimiento patriótico y el de los oportunistas que sólo huscaban el poder personal. Estos dos elementos, sigue diciendo, a pesar de ser antitéticos, se unieron y constituyeron los factores primordiales de las luchas políticas y sociales que sucedieron a la Independencia, luchas en las cuales los ídolos populares de un día se convertían en los tiranos del día siguiente. De ahí, añade, que muchos de los que fueron muertos por traidores, eran despues reverenciados como mártires. Mas, sea lo que fuere, Fanny Chambers se muestra siempre emocionada al hablar de lo que ella llama "las luchas sin paralelo del pueblo mexicano por la libertad".

Siguiendo su costumbre de hacer comparaciones, dice de Don Miguel Hidalgo y Costilla que es el Jorge Washington Mexicano y el primer personaje del "gran drama por la libertad". Tomando por centro la figura de Hidalgo, relata los acontecimientos que se produjeron al principio de la revolución, cita los discursos del glorioso cura, que llamaba al pueblo "mis queridos hijos", y describe con frases expresivas cómo se levantó el padre Hidalgo a los gritos de "¡Viva nuestra Señora de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!" En este relato se atiene a la versión popular del suceso.

La persona de Don José María Morelos y Pavón atrajo la simpatía y admiración de nuestra autora, la cual, despues de subrayar que se había formado en el viejo y gran Colegio de San Nicolás, dice de Morelos que sus ideas, su ardor y su patriotismo fueron la inspiración del resto de sus conciudadanos. Se maravilla de ver como Morelos consiguió crear una fuer

za militar, pequeña pero eficaz, y como realizó grandes proezas al frente de ella. Acerca del genio militar de Morelos, dice que éste prefería los grupos pequeños a los grandes, porque estos últimos eran más difíciles de mandar y actuaban desordenadamente.

No pudo nuestra autora contener su asombro por el papel que los eclesiásticos desempeñaron en la lucha de la Independencia; pero, que por eso mismo, el genio de esos héroes fué más grande. Del de Morelos recuerda que fué elogiado por uno de los más grandes capitanes de la época, el Duque de Wellington, vencedor de Bonaparte.

Mencionando a Lucas Alaman dice que este describió a Mariano Matamoros --otro indian priest (5)-- como "el más activo y próspero jefe de la insurrección". A base también del mismo historiador, refiere la muerte de Morelos y dice que si bien fue tratado como un traidor, posteriormente se le reivindicó y se le consideró como un mártir de la patria y un héroe inmortal. Refiere también nuestra autora que vio en una casa de Morelia un retrato de Morelos y agrega que en la expresión del rostro de éste se de notaban la energía, la franqueza y el magnetismo que lo distinguían, así como la seriedad de su carácter, todo ello "evidencias de este admirable genio"(6).

El emperador Agustín de Iturbide mereció párrafos elogiosos de Fanny Chambers, por el sencillo hecho de que ella había conocido personalmente a los descendientes del "libertador". Además, había una nota sentimental en esos elogios: Fanny Chambers había encontrado en su casa

de Soltillo, en los primeros tiempos de su estancia en nuestro país, un retrato al óleo de una mujer hermosísima que después resultó ser Doña Ana (7), esposa de Don Agustín de Iturbide; quizás esto la indujo a buscar la amistad del último descendiente de los Iturbide. De Don Agustín dice que era "libertador de su patria", y que con su fuerte mano había recogido los frutos de las semillas plantadas por Hidalgo y por Morelos. Afirma que el viejo apotegma que dice que "toda cabeza coronada peligra", se cumplió en Iturbide, el cual tuvo que desterrarse nueve meses después de ocupar el trono.

Basándose en las conversaciones que tuvo con el nieto de Iturbide, afirma que Don Agustín había sido hombre de gran valor, de belleza física y de grandes dones sociales y que murió con la misma dignidad que un patricio romano. Incidentalmente agraga que Morelia ha sido considerada por muchos escritores como la cuna de los dos hombres más brillantes de Hispanoamérica.

Resuelta a hacer una breve historia de la familia Iturbide, Fanny Chambers relata la vida de Alice Green de Iturbide; esposa del hijo del emperador, y esboza una biografía del nieto de éste, que también se llamaba Agustín. De Alice Green de Iturbide dijo que era dama de la cual los norteamericanos podían considerarse orgullosos; y aprovechó la ocasión para subrayar que había nacido en los Estados Unidos y era hija de norteamericanos.

Fanny Chambers se congratula en su libro de haber sido invitada varias veces a la residencia que los Iturbide tenían en el Paseo, inmediata-

mente a la derecha de la estatua ecuestre de Carlos IV. También había sido huésped de los Iturbide en la hacienda que estos poseían en San Miguel de Sesma, donde había gozado de excelente hospitalidad y de amistad franca. Describe a Agustín de Iturbide nieto, como a un hombre de veintitres años de edad, muy conocedor de la historia de su patria y especialmente de los hechos de su ilustre abuelo, guapísimo, lingüista magnífico que se había educado en Europa y en Norteamérica, y que se destacaba por su buen gusto artístico, por la pintura y por la música. Añade que Maximiliano de Habsburgo había querido adoptar al joven Agustín de Iturbide, y que la madre de éste era una mujer muy distinguida, llena de magnetismo personal y que se caracterizaba por su honrad, su dignidad y su cortesía. Y, alrededor de estos descendientes de Iturbide, va hilando nuestra autora la historia relativa al fugacísimo imperio del "libertador".

Las hazañas de Vicente Guerrero las relaciona Fanny Chambers con la hija de éste, la cual, con el tiempo, se convertiría en esposa de Don Mariano Riva Palacio, "uno de los más distinguidos abogados y políticos de su tiempo", y padre del General Vicente Riva Palacio, tantas veces mencionado en Face to Face with the Mexicans. Ya se ha dicho que la señora Gooch se preciaba de gozar de la amistad del general Riva Palacio, de quien decía que era un genio brillante, de ideas liberales, hombre de estado, político de prestigio y gran soldado, a todo lo cual unía un claro talento poético y literario. A este respecto, Fanny Chambers recuerda nuevamente las "veladas literarias" de Riva Palacio, a una de las cuales ella asistió y en

la que tuvo ocasion de escuchar recitaciones de literatos tan famosos como Juan de Dios Peza, Altamirano, Francisco Sosa y Juan Mateos.

Del General Guadalupe Victoria dice que su vida mas parecia fábula que historia verdadera, y que, si bien habia llegado a ser el primer presidente de la República Mexicana, su integridad y su caracter desinteresado hicieron que muriese en la pobreza, hasta el punto de que su entierro fue costado por la Beneficencia Publica.

Nuestra autora habia conocido a Doña Guadalupe Santa Anna de Castro, hija de Don Antonio López de Santa Anna, y de ella tuvo muchas noticias relacionadas con este político. Doña Guadalupe tenia un hijo de 25 años de edad, llamado Agustín de Castro, "Inteligente, guapo, soltero y gran admirador de las mujeres norteamericanas". Dicho esto, Fanny Chambers alerta a sus compatriotas y les dice que el joven es un buen partido. En el curso de las visitas que nuestra autora hizo a Doña Guadalupe, esta le mostró uniformes, insignias, armas y otros objetos que habian pertenecido a su padre, y le informó que la segunda esposa de Santa Anna habia escrito una biografía de su marido, que a la vez era auto-biografía de ella, pero que no la queria publicar hasta después de su muerte (8).

Fanny Chambers recuerda que el nombre de Santa Anna es familiar a los norteamericanos, especialmente a los habitantes de Texas, por la historia de El Alamo y lo que ella llama "la masacre de Goliad y el triunfo de Sam Houston en San Jacinto". Acerca de estos acontecimientos, nuestra autora no expresó juicio alguno.

Volviendo a López de Santa Anna, dice que era un hombre que sucaba fuerza de las derrotas y que había brillado en los diversos periodos presidenciales que desempeñó. También habla de los continuos destierros y huidas de Santa Anna, y afirma que hay que reconocer que fue hombre - puntual a los requerimientos del país y que acudía cuando éste reclamaba sus servicios. Añade que el título de Alteza Serenísima que se le confirió fue con el objeto calculado de provocar hurras. Asienta que murió a los 84 años de edad y que después de haber sobrevivido derrotas y destierros, regresó al escenario de sus grandiosos triunfos, donde expiro entre los suyos.

Fanny Chambers dedico a la Guerra de Reforma algunas páginas de su obra. Para ella la Reforma gira alrededor de la figura de Don Benito Juárez, al que considera hombre audaz y valiente que, no obstante no haber contado con muchos adeptos al principio, logro "con su mano de hierro y nervio intrépido, adueñarse del cuerpo político en todos sus aspectos". Como presidente —dice—, Juárez, que era indio, había sido el hombre de estado mas grande de México y también uno de sus mayores soldados y patriotas. Hace un contraste entre la grandeza del sepulcro de Juárez (9) y el pueblecito donde el gran hombre había nacido (10); pueblecito que ve como un paraíso romántico en el que la gente convive en normas de igualdad. Después de elogiar al gran patricio de la Reforma, Fanny Chambers afirma que nada podrá opacar su gloria, pues el nombre de Juárez perdurará aunque sólo hubiese realizado uno de los muchos actos de gobierno que efectuó; por ejemplo, la separación de la iglesia y el estado.

Al imperio esurio de Maximiliano dedicó Fanny Chambers poco espacio, y atendió especialmente a la muerte del austriaco y a la de Miramón y Mejía. Afirma que cuando todos ellos se lanzaron a su descahellada aventura, deberían haber previsto que, en el caso de fracasar, les costaría la vida. Esta actitud frente a Maximiliano es lógica y se debe a la formación norteamericana, republicana, liberal y puritana que va en contra de todo aquello que huele a imperialismo coronado europeo.

Fanny Chambers trató en Morelia al hijo de Don Melchor Ocampo, y de ahí que conociera datos íntimos de la vida de este patricio mexicano, al que considera uno de los espíritus más selectos de su tiempo, uno de los hijos más valerosos de México, y hombre dedicado de lleno a la causa de emancipar su país del despotismo militar y de la tiranía de sus ideas retrógradas que por tanto tiempo retrasaron el progreso de la República.

No podía silenciar nuestra autora la guerra que los Estados Unidos hicieron contra México, acerca de la cual menciona las sabias palabras de Benjamín Franklin: "No ha habido nunca una mala paz ni una buena guerra". Para Fanny Chambers dicha guerra fue injusta —afirmación leal que hay que agradecerle—, pues sus compatriotas la hicieron contra los mexicanos abusando de la fuerza, pisoteando el derecho y obligando a México a entregar parte de su territorio.

Esta censura la subraya Fanny Chambers citando palabras de Hubert Howe Bancroft, que tan duramente condenó a sus compatriotas por la guerra contra México. También menciona el libro Ramona, escrito por Helen

Hunt Jackson, en el que se describen las sevicias e injusticias que los norteamericanos cometían contra los indios mexicanos que habitaban California. Fanny Chambers apoya a Helen Hunt Jackson en la solicitud que esta hace al presidente Grover Cleveland para que se de un trato mejor a dichos indios (10); al propio tiempo, sugiere que debe tomarse en cuenta la proposición hecha por eminentes literatos norteamericanos, que pedían la devolución a México de los trofeos que los norteamericanos les habían capturado en dicha guerra; ya que esa devolución "no sería más que una reparación tardía de un gran mal"(11).

Por último, Fanny Chambers se ocupa del porfiriismo. Aunque de él se habla en el Capítulo IX de esta tesis, lo estrictamente histórico será recogido en las líneas que siguen. Fanny Chambers tenía una admisión sin límites por el General Porfirio Díaz y por la obra de éste, y afirma que la República Mexicana alcanzó su "regeneración" y "redención" bajo el porfiriismo. De ahí que todo lo viera de "color de rosa".

Para nuestra autora, los miembros del Congreso —que solían reunirse en el Teatro Iturbide— constituían un grupo de hombres dignísimos y distinguidísimos, que efectuaban sus debates y exponían sus argumentos de una manera pulida, con lenguaje clásico y elevado, fluido y elocuente. El Senado lo ve todavía como un cuerpo más augusto, integrado por hombres cuya experiencia política se remonta a toda una vida.

El General Díaz, como militar y como presidente de la República, merece a nuestra autora los ditirambos más cálidos. Recuerda que co-

noció personalmente a Don Porfirio y a la esposa de éste, los cuales la habían recibido con gran hospitalidad y cortesía, y le habían regalado sus fotografías autografiadas. Estas fotografías las incluye Fanny Chambers al principio de Face to Face with the Mexicans.

Describe a Don Porfirio como a uno de los hombres más dignos que se puedan encontrar en cualquier país; que al conocerlo ella, tenía unos 55 años de edad; que su estatura era mediana, de cuerpo recto y de gran aplomo militar; que su tez era olivácea, el cabello gris y negro, los ojos muy expresivos, peculiarmente pensativos y patéticos cuando estaban en reposo, pero que se iluminaban al hablar, de donde deduce que en el campo de batalla habrían de brillar como fuego. Continúa Fanny Chambers describiendo al dictador como hombre de rostro marcial y hasta heroico, que expresaba fuerza y confianza en sí mismo y en su pueblo; y añade que sus modales eran sumamente pulidos, sus dotes de conversador, excepcionalmente finas, y que rezumaba bondad y buenos sentimientos. Asimismo añadía que era hombre de gran magnetismo personal, patriota de lo más puro, estadista honesto, y uno de los genios militares más brillantes del continente occidental.

También nos habla Fanny Chambers de la vida privada de Don Porfirio, y dice que se había casado dos veces. Cuando ella lo visitó esta ba casado con su segunda esposa -- la anterior había fallecido --, Doña Carmen, hija de Romero Rubio, entonces Secretario de Asuntos Interiores. Refiere nuestra autora que Doña Carmen tenía entonces 24 años de edad -

que era pequeña y flexible, de belleza morisca, tez rosada, ojos grandes y luminosos, y el peculiar cabello negro de las mujeres mexicanas. Añade que sus modales eran sumamente graciosos y cordiales; que vestía con elegancia ropa a la moda europea, que mandaba traer directamente; que tenía gran cultura y hablaba varios idiomas con fluidez.

Asimismo habla Fanny Chambers de la vida social de la presidencia, en la cual no se hacían las grandes recepciones que se acostumbraba efectuar en la Casa Blanca, residencia oficial en Washington del presidente de los Estados Unidos. Recuerda que por aquellos días era señora de la Casa Blanca una dama de la misma edad poco menos, que doña Carmen: Frances Folsom de Cleveland. Y al decir esto, afirma que las dos damas mencionadas eran los ídolos de sus pueblos respectivos, los cuales las mimaban y trataban con cariño.

Aunque nuestra autora dedica menos páginas a la literatura que a la historia, tiende a demostrar que en México hay tan buenos escritores y poetas como en los Estados Unidos, y que la facultad poética y literaria es inherente al pueblo mexicano. Para demostrarlo, refiere que en tiempos pre-cortesanos había poetas de inspiración tan elevada como Netzahualcōyotl (12), Jefe de Texcoco; y añade que esta tradición literaria persistió en México a través del tiempo hasta llegar a Guillermo Prieto que "sirvió noblemente a su país con la espada y con la pluma".

Hace observar Fanny Chambers que los literatos mexicanos tienen la rara condición de que además de escritores y poetas son soldados, y como paradigma presenta al General Riva Palacio.

Considera como escritores a los doce frailes franciscanos que llegaron durante la conquista y a los cuales denomina "pioneros de la literatura mexicana", porque dejaron escritas gramáticas en lenguas a-orígenes que fueron de valor incalculable para sus sucesores, a los cuales les facilitaron el trabajo. Recoge el hecho histórico de que los indios llamaron a Fray Toribio Benavente con el nombre de Motolinia, que en lengua nahuatl quiere decir "persona pobre". Este apodo se lo dieron los indios —sustraya nuestra autora— al verle con ropas muy pobres y que contrastaban con el atuendo lujoso de los soldados españoles de la época; apodo que el virtuoso fraile adoptó inmediatamente.

Del padre Bernardino de Sahagún opina que fué un noble ejemplo del espíritu del cristianismo y que no era un fanático que buscase convertir indios por el fuego y la espada, sino con el amor y la paciencia del maestro.

Tiene elogios merecidos para la Historia de Bernal Díaz del Castillo, la que considera como la mejor que se haya escrito acerca de la Conquista; y tan útil la considera, que recomienda a los pedagogos norteamericanos que la adapten para la enseñanza en las escuelas de su país. Esta recomendación la hace porque estima que el estilo de Díaz del Castillo es sencillo, simpático, narrativo y asequible a la inteligencia de los muchachos. Asimismo recomienda a los editores norteamericanos de libros de escuela que tengan en cuenta la historia del viejo soldado de Cortés.

Al mencionar al padre Bartolomé de las Casas, dice que las dos obras suyas históricas que en un tiempo habían sido condenadas, posteriormen-

te fueron reivindicadas y reimpresas (13). Del padre Olmos menciona una gramática manuscrita, que estuvo olvidada durante muchos años en una librería de París y que fué editada en 1875. Se lamenta de que gran parte de la obra de Olmos se haya perdido (14). También menciona los manuscritos que con el nombre de Zumárraga contienen dos importantes crónicas en las cuales se pide al rey de España que devuelva a la hija de Moctezuma los derechos de los cuales esta había sido desposeída (15).

Habla de Muñoz Camargo, cronista de Tlaxcala, y dice que la Historia de Tlaxcala por él escrita, no se refiere solamente a esta región mexicana sino que es en realidad una historia general. Entre otros autores mencionados por Fanny Chambers, figuran Oviedo, Ixtlixochitl, el Fraile Agustín de Betancourt y Carlos Sigüenza.

Agrega que después de un período de decadencia en las letras mexicanas, surgen en el Siglo XVIII hombres como Francisco Javier Clavijero. A continuación, elogia los manuscritos coleccionados por Lorenzo Boturini, y refiere que en la época de la guerra civil se destacaron en las letras don Andrés Quintana Roo y Ortega Galván.

Aunque Fanny Chambers hace tantas citas, es imposible que haya leído las obras principales de los autores que menciona. En cambio, describe con viveza y con conocimiento de causa la época literaria del período porfirista. Compara la ciudad de México con la de Nueva York y afirma que ambas son centros urbanos hacia los cuales afluyen los ingenios literarios, artísticos y científicos de las provincias, con la esperanza de ganar

aprecio y nombradía.

Si bien indica que en las principales ciudades de la República Mexicana existían centros literarios, estima que ninguno de ellos alcanzaba a los de la capital de la República, donde existía el Liceo Hidalgo que "era superior a todos los demás". Vuelve a mencionar las famosas tertulias literarias que los lunes por la noche se celebraban en la residencia del General Riva Palacio; y recuerda, nuevamente, que asistió a una de esas veladas literarias en la que tomaron parte, además de Riva Palacio, Ignacio Altamirano, Juan de Dios Peza, Irene Paz y Francisco Sosa (16). Advierte que en esas veladas se hacía una crítica serena, pero severa, de las obras poéticas, literarias y científicas que aparecían en el país, y también de los artículos y ensayos que se publicaban en la prensa. La noche que nuestra autora asistió a la velada literaria se hizo también una crítica profunda de diversas obras y se recitaron poesías inéditas. La señora Flaquer, directora de El Alhum de la Mujer (17), recitó uno de sus poemas, y lo mismo hicieron Juan de Dios Peza y el General Riva Palacio. Del primero dice que la impresionaron la elocuencia, la voz matizada y suave y la belleza de los versos. De Riva Palacio recuerda que el poema que recitó se refería a unos piratas (18), y que para realizar la declamación se hizo acompañar de una pianista que tocaba en el piano una melodía adecuada. Fanny Chambers pone punto final al relato de esa velada diciendo que "la buena calidad del vino sólo podía ser comparada con la del ingenio que allí se despidió" (19).

Al hablar de estas famosas fiestas literarias, Olavarría dice que eran "inolvidables, por lo menos para quienes fuimos testigos de sus esplendores". Con toda seguridad la velada a la cual asistió Fanny Chambers fue todo un buen éxito, pues Vestina la reseñó en el Album de la Mujer diciendo que "una fiesta en casa de Riva Palacio es todo un acontecimiento en los anales de la vida del espíritu." Vestina compara a Vicente Riva Palacio con Lorenzo el Magnífico, diciendo que ambos agrupaban en torno suyo todo cuanto descolaba en las ciencias, las artes y las letras. Asienta que esas fiestas intelectuales se debían a la iniciativa del General Riva Palacio y compara "la suntuosa morada del mecenas mexicano con el Palacio Pisani, conocido en la historia como Hotel Rambouillet".

De la esposa del mecenas, doña Josefina Bros, Vestina nos dice que era una perfecta e inteligente dama y alaba a aquel por su idea de invitar mujeres a las veladas, y aprovecha la ocasión para decir que si hasta ese momento la mujer mexicana no había hecho acto de presencia en los ateneos, academias y fiestas literarias, era porque sus organizadores no habían contado con ellas. Afirma que la mujer mexicana es amante de las artes y de las letras y cita entre ellas a Guadalupe Olmedo, que era la compositora de la música con que se acompañó la bella leyenda recitada por Riva Palacio. En suma, la velada debió haber sido espléndida; las damas escucharían con deleite los versos de conocidos poetas y gozarían de la compañía de distinguidas señoras como eran la Bros de Henkel, la Togle de Gutiérrez, la señora Barroso, la señora Wilson y la señora Chambers(20).

Al hablar de Ignacio Altamirano, dice que es uno de los mas eruditos y brillantes literatos de México, conocido también en Europa; y subraya que era un indio puro que había demostrado la falsedad del dicho norteamericano nothing will ever come from this brain ("nunca podrá esperarse nada de esa cabeza"), refiriéndose a la cabeza de un indio. De entre los poetas destaca al "venerable Guillermo Prieto"(21), que por su estilo dice que se le llama el Béranger mexicano, y también el Robert Burns de México, ya que al igual que este gran poeta escocés, Prieto cantaba el espíritu del pueblo.

En su afán de hacer comparaciones entre nuestros escritores y los del extranjero, Fanny Chambers dice de Juan de Dios Peza, que era el Longfellow mexicano (22), ya que sus poemas exquisitos eran más apreciados por las clases elevadas que por el pueblo. Considera que el distinguido filólogo Don Francisco Pimentel, era también un excelente literato, aunque indica que se había dedicado a "la noble y santa causa de aprender las lenguas nativas para enseñarlas a otras personas a fin de que estas pudiesen llevar los conocimientos de la civilización a los pueblos indígenas". De Alfredo Chavero opina que, aunque más conocido como arqueólogo, era también un literato distinguido y un abogado eminente, que por aquel entonces presidía la cámara de diputados.

De Mariano Bárcenas dice que era hombre de tantos y tan variados talentos que se le podía llamar el Crichton de México; pues además de literato, era un botánico notable, mineralogo entendido y compositor delicado que escribió excelentes piezas de música.

Gabino Barrera e Ignacio Ramírez fueron considerados por Fan ny Chambers como los introductores en México de las nuevas escuelas de Filosofía. De Porra dice que era positivista y de Manterola, que había efectuado reformas prácticas en el fisco, tales como la abolición de las alcabalas.

No olvidó nuestra autora a los periodistas más distinguidos de la capital de la República. Asienta que eran numerosísimos y que los más brillantes de entre ellos eran José María Vigil, Ireneo Paz, Arroyo de Anda y Enrique Chavarrí (cuyo seudónimo era Juvenal). Además de considerar a Justo Sierra como periodista, entiende que su Historia de México es un libro admirable y el más fidedigno que se haya escrito (23).

De los poetas mexicanos opina que se podría escribir todo un volumen acerca de ellos, a los cuales considera como sumamente dotados. Cita algún poema de Manuel Flores, especialmente los Pasionarias y afirma que se las puede comparar con lo mejor de la producción de Lord Byron. Tiene nuestra autora palabras sumamente carifosas y admirativas para Manuel Acuña, al cual considera como el poeta moderno que mas huella duradera ha dejado en el parnaso mexicano. De Manuel Acuña transcribe algunas estrofas de su famoso poema "A Rosario".

Por último, menciona nuestra autora a algunas mujeres mexicanas que se distinguan en las letras durante el porfiriato, y de las cuales dice que son el orgullo de su país. De ellas cita especialmente a la señora de Castro, que escribía con el seudónimo de Mariposa Indiana.

Como ya se ha dicho, el resumen de literatura mexicana que Fanny Chambers insertó en Face to Face with the Mexicans no pasó de ser una revista superficial (24); pero tiene un merito considerable por lo que respecta a nuestro país: no sólo quiso dar a los lectores una idea somera de la brillantez de los literatos mexicanos, sino que quiso señalar también de manera muy especial que en México las actividades intelectuales estaban tan avanzadas como en los Estados Unidos. En ésto, como en muchos otros aspectos del libro de Fanny Chambers, se observa el interés de ella porque sus lectores norteamericanos comprendan mejor a México, y de ahí que hiciese tantas comparaciones entre los hombres de talento mexicanos y los de lengua inglesa.

NOTAS AL CAPITULO VIII

- 1.- Carlyle, Tomas. Los Héroes, Colección Austral. Argentina 1951
- 2.- Posiblemente se refiere a Agustín ó a Salvador, hijos de Angel Iturbide y de una dama americana.
- 3.- Chambers, op. cit. pag. 375.
- 4.- Ibidem pag. 460.
- 5.- Morales procedía de una de las castas mezcladas de indio y negro, aunque se calificaba de español.
- 6.- Chambers, op. cit. pag. 329.
- 7.- En 1805, Agustín de Iturbide contrajo matrimonio con Doña Ana María Huarte, hija de una distinguida familia de Valladolid, con la que tuvo ocho hijos; ella falleció a los 40 años de edad.
- 8.- La segunda esposa de Iturbide se llamó Dolores Tosta, la cual fué pintada en 1855 por Juan Cordova. Fernández, Justino, Arte Moderno y Contemporaneo de México. op. cit. p.97
- 9.- La tumba de Juárez es obra de los hermanos Islas, fué inaugurada el 18 de julio de 1880.
- 10.- Nació el Benemérito el 21 de marzo de 1806 en San Pablo Guetatao, distrito de Ixtlán, Edo. de Oaxaca.
- 11.- Chambers op. cit. pag. 359. Fanny Chambers también menciona el libro A Century of Dishonor, obra de la misma autora que causó gran expectación y asombro, pues marcó el cambio de la mentalidad frente al piel roja y en general frente al indio.
- 12.- Ella probablemente leyó la segunda edición de la poesías de José Joaquín Pesado, publicadas en 1840 y relativas a su colección intitulada Los Aztecas, que incluye viejos cantares indios entre los que figuran los atribuídos a Netzahualcóyotl. González Peña, op. cit. pag.160.
- 13.- Seguramente se refiere a la famosa "Historia de las Indias", que había sido publicada en Mexico por primera vez en 1877 por Jo-

sé María Vigil. La otra jamosa del padre Las Casas es "Brevisima -  
relación de la Destrucción de las Indias"; ella probablemente leyó  
la edición publicada en Londres en 1812.

14.- Fray Andrés Olmos, compuso vocabularios bilingües y Trilin-  
gües en lenguas mexicanas, La Huasteca y totonaca.

15.- Probablemente se refiere al "Manuel de Adultos", pues existía  
la idea de que este libro estaba dedicado al Emperador Carlos V. -  
el Códex Zumárraga, que modernamente se le atribuye. Dr. Joaquín -  
García Icazbalceta considera que no le pertenece. Biografía de -  
Fray Juan de Zumárraga, Tomo V. pp. 413.

16.- Datos sobre estos autores pueden verse en la bibliografía ge-  
neral de personajes.

17.- Concepción Jimeno de Flaquer, era la directora propietaria de  
"El Álbum de la Mujer". Era una publicación dominical; sus artícu-  
los contienen una marcada tendencia a defender los derechos feme-  
ninos.

18.- El poema se llama "Lorencillo"; es un episodio histórico ocu-  
rrido en el año de 1683, y trata de los audaces piratas Nicolás -  
Agramont y Lorenzo Jaquemin. "El album de la Mujer", año IV tomo-  
III, Mex. 17 de enero de 1886.

19.- Chambers, op. cit. pag. 384.

20.- Esta velada se celebró el 10. de enero de 1866. Reseña tomada  
de "El Album de la Mujer", Crónica mexicana, Año IV, Tomo VI, P.-  
le 14-15, Mex. 3 de enero de 1886.

21.- Guillermo Prieto. En 1885 tenía 67 años de edad.

22.- Juan de Dios Peña: "Se mantuvo siempre dentro de la tradición  
española, no tiene sutilezas ni complejidades, se expresa de una -  
manera natural, podría compararse con Becquer". González Peña, Hist  
Lit. Mexicana. P. 313.

23.- Probablemente se refiere al "Compendio de la Historia de la Antigüedad", que era el libro de texto usado en las preparatorias en los años de 1860.

24.- La señora Chambers probablemente lea las crónicas literarias publicadas por Vicente Riva Palacio en 1882. Su información pudo también haberla tomado de los estudios biográficos sobre escritores mexicanos de Victoriano Agüeros publicados en 1880.

CAPITULO XIX

EL PORFIRISMO

Fanny Chambers Gooch llegó a México entre 1880-1881 y en él pasaría los años que coincidieron con el período que Jorge Vera Estañol - llamaría de "gestación y desarrollo del porfirismo"(1). Lo que nuestra autora pudo observar en los siete años de su estancia en el país y aquello que le convino recoger en su libro son cosas diferentes al verdadero fondo social y político de la complicada máquina histórica, creada por la dictadura. La escritora norteamericana tenía de ésta una visión complaciente y optimista, lo que, superficialmente, era lógico: "el país gozaba por primera vez de un período prolongado de paz, y se veían los frutos primeros de un progreso económico que se consideraba colosal"(2).

De ahí que Fanny Chambers afirmara rotundamente que "la guerra y la revolución han dejado lugar a bien merecida paz y tranquilidad", y augurara a México un futuro halagüeño, pues consideraba que la paz porfiriana era "auténtica y verdadera" (3).

Cosío Villegas sitúa el porfirato entre los años 1877 y 1910, y considera que fue un régimen político de gran fuerza, creador de una economía y una sociedad muy caracterizadas; que rompía con la maraña tradicional, y que daba fin al período formativo del país y de su fracasos. Dicho escritor añadía que "se tiene la impresión de que cobra nuevo vigor el deseo de que México se convierta en un país unido y fuerte"(4). El que diga "se tiene la impresión", se debe a que muchas de las consecuencias del porfirismo fueron infortunadas. Todo esto no lo notó Fanny Chambers, ni pudo percatarse de que bajo "los oro

peles de la abundancia y la prosperidad, comenzaron a aparecer la crue  
dad, la intransigencia, la ambición y el egoísmo"(5).

Si bien es cierto que la paz impuesta por Porfirio Díaz era tan sólo "un rato de sosiego y un rato de bienestar"(6), no hay duda de que la tranquilidad permitió al país desarrollarse, crecer y madurar. Todos estos rasgos eran suficientes para justificar la magnífica opinión que Fanny Chambers emitió acerca de Don Porfirio y de la época de éste. Al hablar del primer período presidencial del dictador, escribe: "La primera paz autén  
tica que México conoció fue desde el momento en que Porfirio ocupó la presidencia de la República, el 5 de Mayo de 1877"; y añade que había luchado valerosamente y sufrido mucho; que era el héroe de muchas aven  
turas y proezas; que merecía todos los honores que su país considerase dig  
nas conferirle; que había salvado a México de un persistente estado de re  
volución; y que con su fuerte mano y firmes nervios, había guiado el muti  
lado barco hasta un paraíso de quietud"(7).

De las dotes administrativas de Don Porfirio, nuestra autora di  
ce: "Ganada la paz, todo marchó bien durante un período de cuatro años; las tarifas fueron revisadas; las finanzas fueron mejoradas, y se proyecta -  
ron gigantescas líneas férreas que abrían desde ese momento el país a la -  
admiración e interés del mundo". Habla seguidamente de Manuel Gonzál  
ez, sucesor de Díaz en la presidencia, y dice que no estaba capacitado para continuar la labor de este último (8); y atribuye al general Díaz ha-  
ber logrado recuperar con gran cuidado las magníficas fuentes naturales -  
del país, y haber conseguido que el pueblo tuviese confianza en que su go  
bierno iniciaba una era de paz y de prosperidad y que solucionaría todos -

los problemas.

Subraya Fanny Chambers que "apoyado por el pueblo", Porfirio Díaz volvió a ocupar el poder; y como conocía la situación del país, reinició su tarea anterior de reparar los daños, y, a pesar de los muchos obstáculos que encontró en su camino, supo superarlos con su juicio y su inteligencia superiores, pues conocía todos los problemas y las necesidades de su patria. Califica de brillante el segundo período presidencial del general Díaz, período en el que se fue despacio, pero sobre seguro, y en el cual se llevaron a cabo muchas medidas que constituyen el progreso de una nación. Añade que en ese período se impulsó la educación pública como nunca antes se había hecho; que se fomentaron el arte y la ciencia; que se constituyeron grandes empresas comerciales, y que la paz reinaba en las fronteras de la República, ya que el presidente conocía la importancia que tiene las buenas relaciones internacionales.

Dicho esto, Fanny Chambers nota que el General Díaz se esforzaba por que las empresas y los capitalistas norteamericanos hicieran inversiones en nuestro país, a cuyo efecto les aseguraba que sus propiedades serían respetadas y sus vidas defendidas. Esta actitud del General Díaz la señala López Portillo diciendo que era evidente la predilección constante de Díaz por los extranjeros, en perjuicio de los nacionales; y que Díaz había recibido de los Estados Unidos grandes cantidades de armamento para las tropas mexicanas, y al propio tiempo apoyo moral (9).

La simpatía de Porfirio Díaz para los extranjeros era patente, como era patente también "su tendencia a traer capitales extranjeros para sacar de las entrañas del país las riquezas que encerraban". Por eso otorgaba concesiones a manos llenas a los extranjeros. Esto lo reconoce Fanny Chambers, pero

no pensó que esas concesiones podían haber sido explotadas perfectamente por los mexicanos, Nemesio García Naranjo justificaba esas concesiones diciendo que "no se podían extraer esas riquezas con los exiguos elementos nacionales (10).

Entre los extranjeros fueron los súbditos de los Estados Unidos los que consiguieron más ventajas en México y sacaron de él las ganancias. Fanny Chambers se enorgullece de esto y de que fuesen sus compatriotas los que estaban construyendo las vías férreas del país, "con las cuales éste se engrandecería y que, además, servirían para que sus bellezas naturales pudiesen ser admiradas por el mundo entero". A nuestra autora no se le ocurrió pensar que la construcción de las vías férreas por empresas extranjeras constituía un peligro para la economía de México, cuyas deudas iban engrosando de más en más, sin que se las pudiese satisfacer adecuadamente. A Fanny Chambers le regocija especialmente la acentuada marcha hacia el Norte que se notaba en los negocios y las crecientes y buenas relaciones comerciales entre México y los Estados Unidos.

Por lo dicho, se infiere que el porfiriato había vuelto al revés la frase de Benito Juárez, el cual, temiéndole la astucia de los norteamericanos no tenía interés alguno en ver unidos los dos países por los ferrocarriles, por éso prefería que hubiese "entre México y los Estados Unidos el desierto"(11).

Estima que las inversiones de capitales extranjeros en diversas empresas e Industrias mexicanas eran muy beneficiosas; y hace observar que las antiguas minas que los españoles y mexicanos explotaban, habían pasado, durante el gobierno de Porfirio Díaz, a manos de empresas yanquis y británicas.

Al llegar aquí, nuestra autora no recomienda a sus compatriotas que hagan inversiones en la minería, pues las considera sujetas a grandes riesgos.

También estima que es lógico que los capitalistas de diversos países extranjeros hagan inversiones en México, pues no todo debería ser para los norteamericanos.

Las inundaciones periódicas que se registraban en la ciudad de México llamaron la atención de Fanny Chambers, la cual dice que "varias compañías de ingeniería de nuestros Estados del Norte han investigado la posibilidad de realizar la gigantesca y peligrosa labor de drenar la ciudad, cuyo problema, si alguna vez se resuelve, será debido al ingenio y maquinaria yanquis"

Refiere nuestra autora que la industria textil había alcanzado en México un gran desarrollo; pero se lamentaba de que las fábricas de tejidos e hilaturas estuviesen en poder de capitalistas franceses y españoles y no en manos de empresas norteamericanas. Asimismo, refiere que bajo el gobierno porfirista el comercio adquirió un auge extraordinario, pero que también estaba a cargo de empresas y personas extranjeras. El que así fuera lo estima Fanny Chambers muy beneficioso, porque las importaciones del exterior daban a la época un toque de "elegancia y lujo".

Se duele de que las fundaciones bancarias estuviesen bajo el dominio completo de los franceses, a pesar de las protestas que habían hecho los norteamericanos y los británicos. Los franceses crearon el Banco Nacional Mexicano, después el Banco Mercantil, y ambos se fusionaron y constituyeron el Banco Nacional de México.

Fanny Chambers se había percatado muy bien de que toda la economía mexicana estaba en poder de empresas extranjeras. "Los mexicanos no sólo no formaban ya parte de esa economía, sino que incluso la desconocían muchas veces (12). A esta política del General Díaz de favor al extranjero y de olvido del nacional, la llama Luis Cabrera "Política de debilidad y condescendencia" (13). No hay duda de que con esa política se logró la estabilización económica de México, según señala nuestra autora, aunque se abstuvo de decir que esa estabilización fue momentánea.

También se abstuvo de denunciar en su libro el trato discriminatorio que se daba al trabajador mexicano en su propio país; pues a pesar de que hacía la misma labor que el extranjero, recibía menos salario que este y menores consideraciones. Fueron estos bajos salarios las jornadas interminables, el trabajo dominical y nocturno, las deducciones y multas que pesaban sobre los rayos (salario semanal que se paga a los trabajadores) y los malos tratos, los que iban a unir al trabajador en defensa de sus intereses; unión que se manifestó primero por un claro desafío contra los patronos, luego contra el gobierno y, posteriormente, contra la estructura dictatorial porfirista.

Claro es que la agravación de la cuestión social no podía haberla previsto nuestra autora, ya que la paz, desde el punto de vista del orden público, era general; los ánimos no estaban todavía alterados por los elementos de inestabilidad que traían las inversiones extranjeras.

Uno de los problemas más importantes de la economía mexicana ha sido el agrario. La aplicación de la ley de desamortización produjo en 1856 un amplio despojo de tierras que pertenecían a los campesinos; posteriormente,

en 1883, al dictarse las leyes porfiristas que fortalecían y fomentaban la colonización extranjera, nuevamente fueron las comunidades indígenas y los campesinos los que pagaron las consecuencias y fueron despojados de sus tierras en forma cruel. Bajo la bandera de la "colonización" se encubría un monopolio de las tierras en beneficio de los favoritos de la dictadura. Y cuando se crearon las líneas de ferrocarril se produjo tal especulación con las tierras que el valor de estas fué aumentando considerablemente.

Refiere Cosío Villegas que en esta época actuaban las "Compañías deslindadoras", a las cuales considera como la "mayor aberración del porfiriato", pues con el pretexto de deslindar las tierras se dedicaban a despojar a los verdaderos dueños de ellas, cometiendo toda clase de abusos. Añade que la nación entraba en posesión de "tierras desocupadas", las cuales vendía el gobierno a precios irrisorios; y que, además de esto, las empresas encargadas de medir y deslindar las tierras desocupadas, recibían en pago de su labor la tercera parte de ellas. La consecuencia fué que una quinta parte de la propiedad territorial quedó monopolizada por cincuenta propietarios.

Este estado de cosas, obra de la dictadura porfirista, motivó reacciones violentas de los campesinos contra los explotadores, y rebeliones frecuentes de los indígenas y de los trabajadores de la tierra "que fueron ahogadas en sangre por la mano férrea del presidente"(14). Esas rebeliones se efectuaron a lo largo de los años de 1877 a 1910.

Fanny Chambers no visitó muchas haciendas y por tanto no pudo darnos cuenta perfecta del estado de servidumbre en que estaban los peones.

Al referir su visita a la hacienda que la señora de Iturbide poseía en San Miguel de Sesma, afirma que tuvo que cambiar de opinión acerca de la vida de los peones, pues consideraba que estaban satisfechos y contentos. Aquí, nuestra autora se contradice, pues a continuación reconoce que los peones están siempre en deuda con la tienda de raya, lo que les obliga a trabajar bajo las condiciones impuestas por el patrón; y añade que a los peones endeudados se les llamaba "calpaneros" o "gañanes".

El sistema de peonaje y el de tienda de raya eran una muestra más del sistema de explotación agraria que imperaba durante el porfirismo, que toleraba los abusos que los hacendados cometían con los peones y las familias de éstos, hacendados que gozaban de la protección de las autoridades. Esto se abstuvo de decirlo Fanny Chambers, como también se abstuvo de señalar que uno de los problemas que el porfirismo no solucionaba era el de la distribución desigual de la población; pues mientras en las zonas costeras y de buenas tierras había una población muy inferior a la que esas tierras podían mantener, en el altiplano, aunque de buen clima, existía una sobrepoblación, tierras pobres y lluvias insuficientes (15).

La difusión de la instrucción pública era otro problema que la dictadura porfirista no supo resolver. El obstáculo mayor era el mal entendimiento que existía entre las autoridades, que ignoraban los idiomas aborígenes y el desconocimiento que los indígenas tenían del español. Las estadísticas revelan que "a lo largo de los treinta y cuatro años del porfirato, la ganancia total al respecto fué de un 10 por ciento"(16); es decir, que sólo un 10 por ciento de la población indígena no castellanizada tuvo acceso a la lengua nacional.

Este problema no lo percibió Fanny Chambers, y cuando nos habla del gran progreso registrado por la educación pública, no piensa en la necesidad de asimilar al indio. Ella sólo vió la educación urbana, por la cual el porfirato hizo más que por la rural, del mismo modo que atendió mejor a la enseñanza superior y media que a la enseñanza elemental.

Fanny Chambers elogió las escuelas de artes y oficios que habla en la capital de la República, y en las cuales la mayoría de los alumnos recibían enseñanza gratuita y se graduaban de herreros, carpinteros, reboceros, zapateros, sastres, talabarteros, plateros, alfareros, tomeros y hasta litógrafos.

El periodismo mexicano mereció a nuestra autora una atención especial y afirma que para ser periodista en México era necesario tener "vocación de mártir". Esto lo reitera López Portillo, el cual dice que el General Porfirio Díaz tenía por los periodistas el mas profundo de los desprecios y que sólo sobrevivían los diarios que estaban subvencionados por el gobierno, como por ejemplo, El Imparcial "que era el diario mas parcial del mundo". Fue con este periódico con el "que se mató la prensa tradicional, doctrinaria e independiente, y se dió nacimiento a la moderna, informativa, y claramente dependiente del gobierno"(17).

Además de esta prensa venal, la piedra angular del porfirismo la integraban los individuos que se conocían con el nombre de "científicos", de los cuales Blas Urrea —seudónimo de Luis Cabrera— dijo: "Han tomado el pomposo nombre de científicos, presumiendo de fundar en la ciencia su conducta, deslumbrando a muchos, hay que ver que sólo han tomado de la ciencia aquellos postulados que sólo están de acuerdo con sus intereses". Y añadía

que era un grupo que consideraba que el anglosajón era superior al mexicano y que era partidario del imperialismo norteamericano y de la doctrina Monroe. Esos científicos, según diciendo dicho autor, eran individuos que elogiaban y defendían los monopolios y que tenían en sus manos el 99 por ciento de los negocios del país. Por último decía: "No hay un científico pobre"(18).

No era, pues, el panorama social y económico de México tan de color de rosa como lo pinta Fanny Chambers, ya que en el país existían numerosos desajustes económicos, políticos y sociales. Acerca de esto, Cosío Villegas asegura que durante el período anterior al porfiriato, de 1866 a 1876, período que él llama la República restaurada, México tenía una constitución que garantizaba su independencia; y que, en cambio, los años del porfiriato que van de 1877 a 1910 se caracterizan por un individualismo social que resultaba grotesco con la sumisión política que profesaba a la tiranía.

Luis Cabrera llama al porfirismo el "tercer imperio"(19), y asegura que era absolutamente imposible que el General Díaz pudiese cambiar su gobierno dictatorial en democrático. La única solución era la revolucionaria, la cual podía convertir la tiranía en liberalismo y resolver las grandes cuestiones sociales que se habían planteado en el país.

A pesar de éstos factores negativos del porfiriato, es justo reconocer que tuvo factores positivos y constructivos. Fueron precisamente estos factores los que vio Fanny Chambers en los años que permaneció en México; años de los cuales López Portillo habla así: "Nuestro país era considerado una República de paz y seguridad inalterables, la hacienda pública florecía, nues-

tro crédito se afirmó en el exterior, las líneas telegráficas y férreas aumentaban, prosperaba la industria y el comercio"(20).

Estos cambios asombrosos los atribuye Fanny Chambers a una sola causa: "Al soldado Presidente General Porfirio Díaz", "héroe, hombre de Estado, sabio gobernante, varón de espíritu liberal y progresista, patriota fiel y verdadero, cuya vida e historia son únicas en el mundo". Estos atributos, continúa diciendo la autora, son los que hicieron posible el progreso de México; progreso que se debe solamente a este hombre, "que en veinticuatro años en que administró los asuntos de México, con su singular combinación de razas, ha logrado más que lo hecho por gobernantes de otros países en cien años" (21).

Fanny Chambers sólo veía la faceta optimista de la dictadura, pero no se fijó en la reelección indefinida del General Díaz, ni en la violación constante de los preceptos constitucionales, ni en la negación de los derechos humanos; y si se fijó en esto, prefirió callarlo, en consideración a la gratitud que los norteamericanos le debían al porfirismo por las concesiones liberalísimas que éste les otorgaba.

Nuestra autora no hacía sino alabar al gobernante que había abierto las puertas de México al capitalismo yanqui o extranjero, como lo prueban las opiniones de Robertson, Rooth y otros escritores. Por otra parte, las reelecciones indefinidas de Porfirio Díaz, y lo que es peor aún, el no haberle dado a México una preparación política para que se gobernara cuando él dejase el

poder —cosa que seguramente habría pensado, pues ya no era un jovencito— constituían lo más grave de la dictadura. Si nuestra autora no menciona estas circunstancias se debe a que no asistió ya a ellas y por tanto no podía valorar la pasión de mando del Presidente Díaz. A nadie, ni en México, ni en el extranjero, dejaba de inquietar la inconsciencia del dictador en no preveer el destino futuro del país. De ahí que en el extranjero se dijese con ansiedad after Díaz, what?

La obra de Fanny Chambers está marcadamente influida por la de Bancroft, incluso en las ideas políticas. Tanto ella como dicho autor no encuentran palabras suficientes para elogiar al General Díaz, al que consideran como "el representante del progreso en México", "el hombre que ha subordinado la conducta común del interés personal al bien público" (22).

En estas alabanzas hay que reconocer que la señora Gooch no hacía sino repetir las que muy distinguidos escritores norteamericanos y nacionales de la época expresaban con respecto al dictador. Muchos capitalistas norteamericanos, como el señor Robertson, afirmaban que el General Díaz era un hombre excepcional, "como patriota, como soldado, como estadista discreto y gobernante prudente"(23). Entre los extranjeros que mostraron gran admiración por el General Díaz estaba Rooth, Secretario de Estado de los Estados Unidos, que dijo del dictador mexicano: "Es uno de los hombres a cuyo heroísmo la humanidad entera debe rendir culto"(24).

La prensa norteamericana de entonces no regateaba tampoco las alabanzas a Porfirio Díaz, y siempre que se refería a él lo tenía por hombre de

paz y de buen gobierno.

El Tiempo, de Los Angeles, California (1899), se expresaba así:

"Paz, seguridad, comercio, educación, son en México las creaciones de un patriota"(25).

The South, de San Luis, Missouri, decía: "Haber reemplazado la discordia con la armonía, la guerra con la paz, la decadencia con la vida vigorosa, la inacción con la industria, la parálisis con el progreso, y la pobreza con la abundancia, es obra de Porfirio Díaz"(26).

Los periodistas norteamericanos llamaban al dictador "el padre de la Patria", el "salvador de su país", "el hombre cuyo lema es unión, paz y progreso".

Por las citas que acaban de hacerse se nota que el consenso general en el extranjero, especialmente en los Estados Unidos, era que las revoluciones del México caótico, las ideas retrogradadas, los rasgos innobles habían sido superados y eran cosa del pasado, gracias exclusivamente al General Díaz; y que las características del momento en México eran la valentía y el patriotismo, gracias a los cuales florecían las instituciones sociales y domésticas. Estas ideas son como una visión previa de lo que habrá de ser la Entrevista Creelman con Porfirio Díaz, y por tanto, podemos considerar lo dicho por nuestra autora, como un antecedente de esa entrevista.

Este criterio lo sustentaba Fanny Chambers y de ahí que ella no pudiese ver cómo la aristocracia porfirista se estaba tambaleando, ni podía dudar de la solidez del gobierno ni de la realidad del progreso, la unión y la fuerza que parecían existir en el país. Este falta de visión se debía al concep

to histórico-heróico que se había forjado en torno a la figura de Díaz, concepto que había empezado siendo un deseo popular y que había cristalizado en falsa realidad por el esfuerzo de los científicos que estaban interesados en mantener la aureola,

"El general Díaz duró en el poder tantos años porque su gobierno respondía al anhelo más perentorio de la Nación: ¡la paz! Sólo cuando el país descubrió la impotencia del gobierno de Díaz de darle lo que tanto ansiaba, orden, tranquilidad para trabajar, se derrocó al gobierno!"(27).

NOTAS AL CAPITULO IX

- 1.- Vera Estañol, Jorge, La Revolución Mexicana. Orígenes y Resultados. Editorial Porrúa, S. A., 1957. Cap. X. Pag. 74.
- 2.- Cosío Villegas, D. Historia Moderna de México, Nota tomada del prólogo.
- 3.- Chambers, op. cit. pag. 367.
- 4.- Villegas, op. cit. pag. XVI.
- 5.- López Portillo Rojas, José, Evolución y caíaa de Porfirio Díaz basado en lo dicho por Luis Lara Pardo en su obra "De Porfirio Díaz a Francisco I. Madero".
- 6.- Ibidem. pag. 490.
- 7.- Chambers. op. cit. pag. 367.
- 8.- Manuel González, ocupó la primera Magistratura del lo. de Diciembre de 1880 al último de noviembre de 1884.
- 9.- López Portillo, op. cit. pag. 76.
- 10.- García Naranjo, Nemesio, "Porfirio Díaz", Mex.D.F. 1931.
- 11.- López Portillo, op. cit. pag. 156.
- 12.- Wallerstein, Eugenia. Tierra y nombre de México Revolucionario (Tests) Fac. Filos. y Letras, Mex. 1962, pag. 25.
- 13.- Blas Cabrera, Obras Políticas, Impiēnta Nacional, S. A. México 1921, pag. 50.
- 14.- Villegas C.D. op. cit. pag. 244.
- 15.- Ibidem. pag. XXX.
- 16.- Ibidem. pag. 533.
- 17.- Ibidem. pag. 679.
- 18.- Cabrera, Luis, op. cit. pag. 27. Realmente fueron muy bien -  
calificados: "No había un científico pobre".
- 19.- Ibidem. pag. 333.

- 20.- Rojas Portillo, *op. cit.* 253.
- 21.- Chambers Gooch Fanny, Cristmas in Old México, Pag. 23.
- 22.- Bancroft. Hubert, Hows, Reseña Histórica y Social del Pasado y presente de México, San Francisco, Calif. 1887 pag. 541-542.
- 23.- Parra, Melesio Lic. El Sr. Gral. Porfirio Díaz juzgado en el extranjero, México, 1900 pag. 21
- 24.- López Portillo, R, *op. cit.* pag. 36.
- 25.- Parra, Melesio, *op. cit.* pag. 31.
- 26.- *Ibidem*, pag. 40
- 27.- Prida, Ramón, De la Dictadura a la Anarquía. Ediciones Botas  
Nota tomada del Prólogo.

## CAPITULO X

### MEXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS

Como uno de los objetivos perseguidos por la autora de Face to Face with the Mexicans es lograr un entendimiento cordial entre mexicanos y norteamericanos, dedica a esta cuestión un espacio bastante amplio. Tuvo atisbos muy acertados; pero en la mayoría de sus apreciaciones se nota la influencia de opiniones comunes que entonces prevalecían tanto entre los mexicanos como entre los extranjeros.

Es curioso señalar que algunas de las opiniones expresadas por la autora son sustentadas todavía por muchos norteamericanos, especialmente los turistas. Se hizo un estudio por técnicos de la Universidad Nacional Autónoma de México, acerca de las reacciones que se produjeron en los estudiantes norteamericanos que estuvieron en México en 1957 con respecto a lo que vieron en México; estudio que se publicará próximamente en las Memorias del Tercer Congreso Internacional de Psiquiatría. Muchos estudiantes manifestaron que a pesar de los progresos evidentes que se notaban en México, el desarrollo de éste era precario; que la religiosidad mal aplicada, que la pobreza y la pereza, tan inherentes al pueblo mexicano eran algo charming, que daba carácter local y que por ello México no debería comblar. Otros estudiantes consideraron que México debería ser norteamericano e industrializado (1).

Estas mismas opiniones son las que sustenta Fanny Chambers, y asi mismo en forma contradictoria, pues mientras unas veces parece propiciar la conservación del sabor tradicional mexicano, otras afirma que es necesario llenar a México de líneas férreas y realizar en él una revolución industrial. No obstante estas contradicciones, hay que hacerle justicia a nuestra autora, ya que a todo lo largo de su libro se muestra opuesta a la norteamericanización de nuestro país; y advierte a sus compatriotas que si tratasen de imponer a México patrones de conducta distintos a los mexicanos, chocarían con los valores de éstos.

Fanny Chambers llegó a México en momentos en que el porfirismo exageraba su simpatía por todo lo extranjero. Dice Cosío Villegas que la xenofilia era uno de los rasgos distintivos de la "minoría dominante" del porfirismo. Esa minoría consideraba que la inmigración era una necesidad y basaba este criterio en estos cuatro supuestos: La gran riqueza nacional, la escasa población, la incapacidad de los mexicanos para aprovechar las riquezas naturales del país y la mayor valía del trabajador extranjero (2).

Nuestra autora sustenta también ese criterio. Admite la existencia de grandes riquezas naturales y de hombres muy adinerados; y añade que esas riquezas están estancadas debido a que los mexicanos son inactivos y no dedican su dinero a inversiones beneficiosas para la Nación, sino que buscan solamente su provecho propio. Por ejemplo, rentar casas, o prestar dinero con interés elevado,

Señala que incluso los terratenientes buscaban su provecho personal y se valían de artimañas para sustraerse al pago de los impuestos, los cuales

recaban gravosamente sobre el campesino y el peón. Los productos que estos llevaban al mercado tenían que pasar por múltiples casetas fiscales, donde se les gravaba con innumerables impuestos. Fanny Chambers recuerda a este propósito de que el que más tiene menos paga.

Afirma que entonces no se aprovechaba debidamente la existencia de los bancos y que los mexicanos atesoraban su dinero escondiéndolo en lugares secretos y tradicionales, con lo cual el dinero no aportaba a su dueño ni al país ningún beneficio.

Este proceder era un eco viejo de la teoría hispánica y económica del pensar no regido por el interés sino por una falsa virtud. En el mundo hispánico lo importante era fundar un mayorazgo. Los restos de ese sentimiento se traslucen en la actualidad en el deseo de adquirir "la casa". Es un sentimiento de inseguridad frente a un mundo peligroso que obliga a la gente a ocultar su dinero.

Acerca de la escasa población nuestra autora dice que México necesita grandes cantidades de trabajadores, sobre todo en el campo, en las minas y en las haciendas; y menciona esta frase de F.R. Guernsey, corresponsal en México del diario Boston Herald: "Lo que México necesita es una enorme corriente de inmigración, a cuyo efecto deberían destinarse tierras en Oaxaca para que las cultiven grupos de Irlandeses que formarían ahí una comunidad agrícola próspera"(3).

La falta de mano de obra la atribuye Fanny Chambers a los muchísimos días de fiesta que se observan en México y aún absorben cuando menos

una tercera parte del tiempo disponible. Unido a esto está el amor innato del mexicano a la ligereza y a la disipación, lo que le convierte en trabajador poco asiduo. Añade también que, además de la incapacidad del mexicano de aprovechar las riquezas naturales del país, existe en éste una carencia casi absoluta de los instrumentos esenciales para la explotación de esa riqueza. Y, a continuación, aprovecha la oportunidad para asegurar que los mexicanos no deben temer que la mecanización pueda desalojar al trabajador, ya que habría de transcurrir mucho tiempo antes de que existiese una crisis de trabajo provocada por la máquina. Reitera la necesidad de importar maquinaria y señala que los Estados Unidos producen muchas máquinas y muy buenas.

La señora Gooch cree firmemente que el trabajador extranjero es más competente que el nacional; y que el trabajador mexicano, no obstante su sumisión servil, rechaza cuantos métodos nuevos de trabajo se le queran imponer. "Como al resto de los de su raza —escribe— tiene un temor instintivo a las innovaciones"(4). Como esta circunstancia dificulta la venta de maquinaria norteamericana a los mexicanos, añade que los viajeros norteamericanos se encontraban con grandes obstáculos para vender aperos de labranza a los mexicanos, los cuales se apegan a sus primitivos métodos agrícolas.

Esta apreciación coincidía con las creencias en boga acerca de la inferioridad del indio y de su poca capacidad para cumplir con el trabajo que se le encomendaba. De ahí que no viera nuestra autora otro remedio que el de la inmigración, sin que se parase a meditar cuán nociva, material y psico-

mente hubiera sido esa inmigración.

Acerca de dicha inmigración imperaban por entonces en México dos criterios: uno de complacencia hacia el extranjero, y otro de recelo.

Porfirio Díaz, en lo personal, era un gran admirador de todo lo extranjero. A los extranjeros los trataba con benevolencia exagerada, y cierta vez que se vió obligado a expulsar a unos cuantos que eran perniciosos para el país lo hizo con guante blanco y pidiendo a los demás extranjeros que no se alarmaran por lo ocurrido, ya que era una medida excepcional (5). Por costumbre, el dictador recibía a los viajeros y turistas norteamericanos con toda facilidad. Fanny Chambers Gooch no fue la excepción, y de ahí su gratitud por las atenciones que había recibido de Don Porfirio Díaz y el reconocimiento que le manifestaba a éste por la preferencia que sentía por los norteamericanos.

Quienes recelaban de la política de inmigración, especialmente la norteamericana, se oponían a ella con firmeza, la consideraban como una "conquista pacífica" de México, y añadían que no convenía confiar demasiado en las "buenas intenciones" del norte. Este criterio lo analizó Cosío Villegas (6), y observó que si bien México había sabido olvidar su conflicto con Francia, no había olvidado la guerra de 1847 y muchos mexicanos temían por la independencia del país. La frase "pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos" ilustra claramente ese temor(7). Dicho recelo se exacerbaba por los excesivos privilegios que el porfirismo concedía a los extranjeros, los cuales se iban apoderando de los mejores resortes de la vida

económica del país. Quienes censuraban esos privilegios decían que los norteamericanos "se apoderarían pronto del territorio nacional y los mexicanos serían como extranjeros en su propia patria"(8).

Fanny Chambers se mostraba partidaria del que el capitalismo extranjero, en particular el de sus coterráneos, viniese a México a explotar las riquezas del país; y atribuye a las inversiones extranjeras la consolidación de la paz militar que había realizado el porfiriato. Lo que no vio nuestra autora, o no quiso ver, es que esas inversiones y esa paz militar fueron la causa de que se perturbara la paz social, pues se produjeron grandes diferencias entre el trabajador mexicano y el extranjero, principalmente por la disparidad de sueldos y salarios entre ellos. Silvio Zavala (9) escribe: "La desigualdad en la riqueza y en el desenvolvimiento técnico produce reacciones de molestia ante el destino omnipotente con capacidades para la civilización progresista moderna, que unas veces es admirada y otras vista como un peligro creciente".

Esto era lo que acontecía y dió lugar a que el trabajador mexicano iniciara una evolución que fue filtrándose a otros sectores sociales. Así, tanto el obrero como el empleado adquirieron conciencia de clase y surgieron en ellos sentimientos nacionalistas que les indujeron a considerarse suficientemente preparados para sustituir a los extranjeros. Esa evolución ha persistido hasta nuestros días en que ya se llega a decir que "México se ha integrado, se ha reconocido y ha empezado a amarse"; y que "Es bueno porque es mexicano" o "Es mejor porque es mexicano"(10). Sin embargo, debemos recordar aquí que

González Pineda nos muestra cómo hemos pasado del extremo del pesimismo a un optimismo exagerado y populachero. Es de esperar que este último será sustituido por un justo medio, porque los extremos en ambos sentidos son malos.

Fanny Chambers refleja en su libro las relaciones más o menos estables que existían durante el porfirismo entre México y los Estados Unidos. Parecía que la anarquía constante y las revueltas perpetuas habían llegado a su fin; que el antagonismo entre ambos países por cuestiones fronterizas estaba en calma; y que las relaciones diplomáticas eran amistosas. Parecía también como si nuestros vecinos del norte se hubiesen percatado de que debían respetar nuestra forma de gobierno, nuestros problemas nacionales y nuestra manera de pensar.

La autora de Face to Face with the Mexicans recoge a este respecto las palabras que el general Jackson pronunció al despedirse del pueblo de México y expresar le la gratitud que por él sentía, y cita esta frase: "Ustedes los norteamericanos que han escogido a México por hogar, deben obediencia a sus leyes y respeto al gobierno; deben también promover el bienestar del pueblo mexicano, con lo cual, además de honrar su nacionalidad norteamericana, ganarán para nuestro país, el afecto de estos orgullosos, sencillos y cor<sup>tes</sup>es hombres"(11).

Estos sentimientos amistosos son también sinceros en Fanny Chambers, la cual, en todo momento, trata de lograr un buen entendimiento entre su país y México; y aunque considera que el pueblo norteamericano es superior y se refiere siempre a su grandeza y a su progreso constante, asegura que no es co-

recta la manera con que los norteamericanos demuestran su poder económico y social con respecto a México. Agrega que si se ha fracasado en llegar a un entendimiento mutuo se debe a varias causas. "No hemos hecho ningún esfuerzo por entenderlos —escribe—, e indignos representantes de nuestro país no han dudado en anunciar públicamente, tanto al gobierno como al pueblo, con frases [actanciosas, aunque no de aplicación inmediata, que el águila norteamericana podría agarrarnos y 'borrarlos del mapa en sesenta días' ". Asimismo dice que hablar sin reserva y de manera ofensiva acerca de los proyectos de una rápida anexión de México a los Estados Unidos, o de la instauración de un protectorado de éstos sobre aquél, no puede dejar de engendrar sentimientos adversos y animosidad, pues trae al recuerdo la invasión norteamericana y la pérdida, por parte de México, de muy valiosos territorios (12).

Nuestra autora había intuido la situación delicadísima que existía entre los Estados Unidos y el México del porfiriato; y de ahí que en las páginas de su libro hiciera todo lo posible por que se llegara a una mejor comprensión entre las dos partes, pues sólo así se evitaría una nueva guerra. Daniel Cosío Villegas expresa dicha situación con estas palabras: "De 1876 a 1880 las diferencias que separaban a los dos gobiernos norteamericano y mexicano se hicieron graves y profundas, la guerra parecía inminente. Los Estados Unidos iban a declarar la guerra a México, ocupando primero nuestros estados fronterizos, bombardeando Veracruz, y haciendo de México un protectorado norteamericano" (13).

Es aquí donde Fanny Chambers recuerda la invasión norteamericana de 1847, se adhiere a las censuras de Hubert Howe Bancroft contra los Estados Unidos, y escribe: "Si la injusticia de todas las guerras jamás llegó a establecerse, la de la lucha entre las dos repúblicas de América del Norte fué evidente". Expresa también que la lección más triste que se deduce de esa lucha para los ciudadanos de los Estados Unidos es que "la guerra que llevaron a cabo contra su vecino es un ejemplo significativo del uso de la fuerza contra el derecho, y el obligar a México a entregar una porción de su territorio es una mancha en el honor nacional". Se refiere al honor nacional de los norteamericanos, y sigue diciendo que estos "tuvieron ocasión de demostrar magnanimidad hacia un vecino más débil, ayudándole en sus esfuerzos para desarrollar instituciones republicanas, pero que en lugar de prestar esa ayuda hicieron el papel del valentón"(14).

Aconseja, pues, a sus conciudadanos que deben dejar que nos goberremos libre e independientemente; que sus relaciones con nosotros sean benévolas y comprensivas, y que si bien es cierto que los Estados Unidos han conquistado grandeza y estimación propias, no por ello deben constituirse en maestros y jueces de las costumbres, de las relaciones de negocios y de las formas sociales mexicanas, pues México es un país con personalidad propia y sus hombres tienen integridad humana.

Este criterio revela que nuestra autora era opuesta totalmente a una posible intervención norteamericana en México y por ello pedía a su país respeto para nuestra dignidad nacional, nuestro régimen político y nuestro

modo de vida. Por éso también propone que las relaciones entre los dos países descansen sobre bases voluntarias, de igual a igual, y de mutuos beneficios; todo ello partiendo de la premisa de que los Estados Unidos deben olvidar definitivamente sus propósitos de regir la vida del pueblo mexicano y comprender que la superestructura económica y social de México no puede ser sustituida por otra semejante a la yanqui.

Ahora bien, el espíritu conciliador que revela Fanny Chambers no es totalmente altruista, ya que ella no puede sustraerse al creciente imperialismo de su país que buscaba el dominio económico del resto de América; pero atenuaba la idea imperialista con el señuelo de los beneficios que aportarían al pueblo mexicano las inversiones de capital procedentes de los Estados Unidos. Entendía que México era el mercado natural de los Estados Unidos y se lamentaba al ver que su país era la última potencia que había establecido relaciones comerciales con México; mientras que Francia e Inglaterra se habían preocupado del mercado mexicano desde hacía tiempo y obtenían en él ganancias jugosas, que nuestra autora opinaba que deberían haberle correspondido a los norteamericanos.

Es la ocasión de mencionar aquí las ideas de Ortega y Medina acerca de la rivalidad colonial anglo-hispana y del natural resentimiento inglés por los éxitos españoles en América. Todo ello hizo que los ingleses empezaran a construir los cimientos de la doctrina traumática del "destino manifiesto". El celo evangélico inglés fué la justificación de la permanencia de éste en América. Sin embargo, la señora Chambers le da un viraje a la doctrina del "destino manifiesto" del norteamericano; aunque se hace eco de ella

pone el acento en los asuntos económicos y políticos (15). Silvio Zavala habla también de la ideología del "destino manifiesto", teoría que considera que los bienes naturales corresponden a las mejores manos, es decir, que justifica la expansión a base de la idea del mejor uso del suelo y sus recursos (16).

El criterio de que México era el mercado natural de los Estados Unidos lo sustentaba Fanny Chambers por razones geográficas y hasta topográficas, que hacían de México como una continuación del gran país del norte. Arguía que los Estados Unidos y México deberían estar en mejores relaciones comerciales y sociales de lo que estaban; ya que si así fuere, lograrían producir todos los artículos necesarios para el buen vivir de sus habitantes. Los dos países, según ella, estaban predestinados --predestined-- a complementarse, y para demostrarlo, citaba ejemplos como los siguientes: México puede producir suficiente café de todas las categorías para abastecer al mundo entero; también puede producir azúcar en enormes cantidades y otras materias primas como el caucho, el índigo, la vainilla y gran variedad de frutas. Además, su riqueza mineral es ilimitada y la extracción de determinados minerales mexicanos podría regular el comercio internacional de metales. En cambio, los Estados Unidos son un país industrializado, que produce gran cantidad de artículos manufacturados y que, en consecuencia, necesitan que México sea el mercado de esos artículos, los cuales pueden ofrecerse a los mexicanos con más ventajas para éstos que los productos extranjeros.

La señora Chambers recoge y sustenta toda una tendencia de su tiempo y era la de pensar que México debe ser un país agrícola y productor

de materias primas para los Estados Unidos, y que éstos, a su vez, deben continuar siendo la potencia industrial que se beneficia con esas materias primas. Modernamente esta es la teoría de Frank Tannenbaum.

Nuestra autora estaba muy orgullosa de su patria. La concebía no sólo como una gran potencia militar, sino también como una gran potencia industrial, agrícola y financiera. Escribía cuando los Estados Unidos habían terminado su integración territorial y empezaban a crear el gran imperio industrial y financiero que se desarrollaría en el Siglo XX (17). La "frontera", que por espacio de cuarenta años se iba retirando hacia el oeste, había llegado a sus límites últimos, con lo cual los Estados Unidos adquirían su superficie actual; empezaban a solucionar sus problemas agrícolas, una vez pasada la fiebre del oro de California y de Nevada; impulsaban la construcción de sus redes ferrocarrileras transversales, después de haber terminado el ferrocarril directo del Atlántico al Pacífico; abrían en la región de los Lagos una inmensa zona industrial y lanzaban a su marina mercante a competir con las europeas. Los mercados internacionales, dominados por Inglaterra y Alemania eran un atractivo para los industriales norteamericanos.

Todos estos logros inducían a Fanny Chambers a decir en su libro que los Estados Unidos se habían colocado a la vanguardia del progreso y que con sus proezas, su fuerza y su unidad de propósitos habían superado a todas las demás naciones del mundo (18).

Al igual que otros viajeros, la nuestra no puede sustraerse al deseo de actuar de pitonisa y de predecir el futuro de México. Augura para esta época de grandeza, que no dependerán tanto de la importación de manufac-

turas extranjeras, como del desarrollo de sus fuentes naturales internas, de su agricultura, de sus industrias domésticas y de sus minas. "Una indescriptible riqueza duerme en su seno —escribe— una incontable opulencia corre por sus venas"(19). Después, asegura que las fuerzas que impulsaron la grandeza interna norteamericana se encuentran en su infancia en México.

Aunque se abstiene de vaticinar cómo logrará México su grandeza, señala que entre él y los Estados Unidos existen modos distintos de vida: el mexicano tiene un existir calmado, cordial y acogedor, lo que le permite gozar de los placeres diarios y encontrar difícil la vida fuera de su país. Por el contrario, el norteamericano es más formal, más dinámico, más vigoroso y más progresista; pero cuando se establece en México, se acostumbra a él y sucumbe a nuestras deliciosas costumbres.

Nuestra autora admite que los mexicanos tienen prejuicios contra los norteamericanos, pero que no son tan fuertes como ella creía, y para probarlo, nos habla de las muchísimas concesiones que el gobierno de México había otorgado y otorgaba a los capitalistas norteamericanos. Esta apreciación era de tipo "oficial", ya que la preferencia del gobierno hacia los extranjeros era exclusiva de él y de la oligarquía que lo sostenía. El pueblo, según demostró Cosío Villegas, aborrecía y detestaba a los norteamericanos (20). Este último aspecto no lo captó Fanny Chambers.

Para lograr un mejor entendimiento entre México y los Estados Unidos, ella propone que se amplíen las redes de comunicación entre los dos países, a fin de intensificar el intercambio comercial y social y conseguir que los

norteamericanos lleguen a conocer al mexicano, no en forma abstracta y genérica, sino individualmente y en sus propios hogares. Entiende que si esto se alcanzara, surgiría entre mexicanos y norteamericanos una corriente cordial de simpatía, más importante que la más efectiva de las diplomacias.

Con bastante tino da a sus conciudadanos una serie de consejos acerca del comportamiento que deben seguir con respecto a México, especialmente en cuanto a los negocios. "Todos aquéllos que miran desde lejos con ojos impacientes —~~escribe~~— la perspectiva de hacer inversiones en México y establecer en él negocios, deben llevar a cabo sus propósitos con gran diplomacia, pues sólo así podrán competir venturosamente con los métodos de los ingleses, franceses y alemanes"(21). Asimismo, les recomienda que estudien detenidamente la naturaleza de las dificultades que habrán de encontrar en la consecución de sus propósitos, pues "no hay uno entre 5,000 norteamericanos que tenga la menor idea de este asunto".

Les aconseja que tengan en cuenta todos los factores económicos importantes, pero que tengan también en cuenta que no van a tratar con un pueblo constituido por una raza única, sino que en él hay sectores de varios matices, mezclas y tipos, y con diversos sentimientos y prejuicios. Advierte que la mayoría de los norteamericanos se imaginan que en México deben hacer ostentación de su acostumbrada fuerza y energía, lo cual es contraproducente, y esto lo aprenden después de cometer muchos errores que les llevan finalmente a plegarse a los modos suaves y a los métodos pulidos de los mexicanos. De-

ben, pues, aceptar como cosa natural el dolce far niente del país, sobre todo en la época en que Fanny Chambers vivía en el y en el que "las ideas modernas se incorporaban con gran lentitud" y el trabajo se hacía con el sistema de "dejémoslo para mañana".

Aconseja a sus compatriotas que antes de proponer un negocio cualquiera en México hablen de muchos asuntos menos del que les interesa; que empleen maneras agradables y se esfuercen en ser caballeros en el vestir y en la apariencia personal; que estudien la lengua, las costumbres, los hábitos y los sentimientos de los mexicanos; que procedan con una disposición conciliadora y de gran paciencia, como si se tratase de un apostolado; y, por último, que conozcan los métodos comerciales, las leyes del país y el sistema de impuestos y tarifas.

Dirigiéndose a los norteamericanos que piensan realizar un viaje a México, les informa que nuestro país es el producto de una civilización más antigua que la norteamericana; que en él no importan las diferencias de raza, de educación y de sentimientos; y que la confianza y la amistad de los mexicanos sólo se consiguen con la paciencia y la perseverancia, sin procurar obtener únicamente ganancias, sin hacer algo por la felicidad y el bienestar del pueblo de México. Además de éste, sugiere a sus coterráneos que no traten de realizar cambios en la estructura social del país, ni de constituirse en jueces ni reformadores; y que en vez de pretender enseñar se preparen a aprender.

Fanny Chambers no predicaba solamente con la palabra sino con el

ejemplo, ya que en su biografía y en sus libros, se ve que los consejos que daba a los norteamericanos los seguía ella al pie de la letra. Durante su estancia en México se comportó con toda liberalidad y comprensión, a pesar de que las costumbres no coincidían con sus hábitos ni con su educación. Pero es precisamente esta buena cualidad la que hizo que se percatara de la gran diferencia que existía entre la diplomacia y cortesía del europeo en su trato con el mexicano y la brusquedad y rapidez con que el norteamericano procedía en su afán de concluir negocios. Haciendo resaltar esa diferencia, aconseja a sus compatriotas que antes de abordar el tema de un negocio cualquiera hablen con el mexicano de asuntos familiares, de cuestiones sin importancia, y después de varias entrevistas llegará la ocasión de proponer el negocio y de tener asegurado el comprador.

En la época en que Fanny Chambers estaba en México, la moda francesa era la que predominaba, y de Francia procedían las mejores telas y vestidos. Esto le dolía, pero se consolaba viendo que los industriales norteamericanos empezaban a competir ventajosamente contra los ingleses y alemanes en la venta de maquinaria.

Al hablar de la maquinaria que los Estados Unidos exportaban a México, indica que se la debe enviar con embalajes de poco peso y no en grandes cajas de madera como acostumbraba hacerse. La razón era sencilla: las grandes cajas no se acomodaban con los "ferrocarriles nativos" (22), es decir, los burros.

Este criterio fue un poco precipitado, porque, por entonces, los

hurros seguían siendo muy necesarios, aunque no tanto como en los años de 1830. Todavía servían, y mucho, para conectar aquellos sitios por los cuales los ferrocarriles no habían aparecido todavía. De ahí que Ortiz Vidales haya dicho que el oficio de la arriería era todavía uno de los más típicos y más evocadores del medio ambiente (23).

No pasó inadvertido a nuestra autora el escaso número de judíos que había en México. Esto lo atribuye a que, mientras que en los Estados Unidos los judíos desarrollaban desde principios de siglo sus facultades mercantiles con buen éxito, esto no podía ocurrir en México, porque el mexicano es más suave, más sugerente, más entretenido y más eficaz que el más elocuente representante del pueblo israelita (24).

Se nota que Fanny Chambers no quiere dejar ningún cabo suelto acerca de las relaciones comerciales entre México y su país, ni tampoco acerca de las inversiones de capital que sus connacionales pueden hacer en México. En consecuencia, enumera una lista larguísima de los negocios medianos y grandes que los norteamericanos pueden hacer en todos los lugares de la República. En forma general dice que hay en ella grandes yacimientos de carbón y de petróleo que esperan quien los explote; pero no recomienda que los norteamericanos se dediquen a la minería, pues recuerda, que "los hombres más miserables y desafortunados que había visto, eran los mineros norteamericanos que habían dejado su hogar y sus comodidades para trabajar más que nunca y terminar el experimento casi siempre con un fracaso retundo".

Es partidaria de que las inversiones se hagan en fábricas de tejidos e hilados de algodón y seda, productos que por la época procedían de los Estados Unidos. Habla de la necesidad que México tiene de fábricas de papel, producto que tiene que importar de Francia y de Bélgica, cuando muy bien podría ser suministrado por los Estados Unidos. Ahora bien, como en México sobra la materia prima para producir papel (entre esta materia prima menciona la pulpa del maguey) sugiere a los capitalistas norteamericanos que instalen aquí fábricas de papel; y, si ello no es posible, que compitan cuando menos con los exportadores belgas y franceses.

Considera que la ganadería es provechosa y fácil de ser explotada debido al buen clima y a los extensos pastizales que hay en México.

Otras empresas que recomienda a sus compatriotas son las siguientes: elaboración de mantequilla y quesos, pues en México hay pocos productos de esta clase y los que hay son de mala calidad; refinería de sal, la cual se vende a precios elevados y no es de buena calidad, a pesar de que las materias primas existen en abundancia; preparación de jamones y tocinos, que ahora son importados de Estados Unidos; conservación y enlatado de frutas y carnes, y por último, fabricación de galletas.

En la lista coloca nuestra autora uno de sus problemas personales: el de las escobas. La larga espera de los escoberos le hizo pensar que la confección de buenas escobas en México sería un negocio magnífico.

Terminada la lista de posibles negocios, Fanny Chambers atiende

ahora a los norteamericanos que deseaban establecerse en el país, y les aconseja que no dejen nada al azar, sino que lo prevean todo de antemano, en cuanto a las comodidades materiales de la vida. Asegura que es difícil encontrar esas comodidades en México y que aun las clases más bajas norteamericanas están acostumbradas a un hogar muy confortable. Esta gran diferencia la sienten más las mujeres norteamericanas que los hombres, ya que ellas tienen que preocuparse cotidianamente del hogar y hacer frente a todas las dificultades que la falta de comodidades les presenta en México. A este respecto, nuestra autora dice que cuantas norteamericanas conoció en México, todas ellas anhelaban regresar a su patria. "Pues el trabajo de la casa se les hacía muy pesado, por lo primitivo de los utensilios"(25).

Recuerda una experiencia personal suya de cuando habitaba en Saltillo: Como se careciera allí de estufas, adquirió una que había sido importada por un comerciante, pagándole un precio altísimo por ella, y que al instalarla en su casa, ninguna cocinera quiso hacer la comida en la estufa, porque suponía que ésta le causaría "mal de hígado".

De las camas o "sustitutos", dice que eran de una dureza tal "como para quebrarle los huesos a Sansón y a Gollat".

Por todo lo dicho, aconseja que, si se tiene dinero, se importen los muebles y utensilios comunes de la casa, sea de Europa o de los Estados Unidos, como hacen los propios mexicanos pudientes. De lo contrario, hay que acudir a un carpintero del país para que haga muebles de encargo, lo cual requiere del cliente una paciencia a toda prueba.

Advierte que en México "no es costumbre" vivir en hoteles ni en pensiones y que, por tanto, es necesario alquilar una casa o rentar un cuarto amueblado en el seno de alguna familia.

Quien lea el libro de Fanny Chambers no encuentra dificultad alguna en seguirla a través de los variados temas que toca; sin embargo, al lector común le puede resultar chocante el interés tan grande que ella muestra por los asuntos económicos. Estos intereses no estaban compartidos por la Marquesa Calderón de la Barca, aunque es lógico que así fuese, por las épocas tan distintas en que una y otra visitaron nuestro país. Pero si bien es cierto que las dos no son mujeres de puntada y aguja sino damas polifacéticas, la señora Chambers se diferenció considerablemente de su colega, ya que tuvo sentimientos de cordialidad muy verdaderos hacia nuestro país. Por el contrario, la Marquesa se interesó más por el chismorreo, al cual le agrega bastante sarcasmo.

Tal vez por su condición de pequeño-hurguesa, la señora Chambers no podía permitirse la osadía de emitir juicios tan categóricos como los de la Marquesa, por donde resultó que su actitud fue más diplomática que la de esta última que era esposa de un diplomático.

Habla también la señora Chambers de las escasas relaciones que existían entre las mujeres mexicanas y las norteamericanas, lo cual considera una verdadera lástima; pues, cuando unas y otras se tratan, surge entre ellas una amistad cordial. En vista de esto, pide a los norteamericanos que se esfuercen en conseguir que sus mujeres tengan relaciones sociales con las mexicanas; porque si bien los hombres están dotados de diplomacia, carecen del

instinto, la intuición y el tacto que tienen las mujeres para unir entre sí elementos que son muy diversos.

También habla nuestra autora de la educación de los niños norteamericanos en México. Se duele de que no existan escuelas ni colegios norteamericanos; pero en seguida afirma que no constituye ésto ningún problema, pues dichos niños se adaptan rápidamente al país e incluso afirma que algunos de ellos, nacidos en México, están orgullosos de ello, y hasta se niegan a admitir que en sus venas haya sangre norteamericana.

Asimismo habla del servicio médico y reconoce que los médicos son competentes y buenos, y que muchos de ellos se graduaron en Universidades europeas.

Elogia el excelente sistema policíaco del porfirismo; sistema que se manifiesta "en el orden y quietud que reinan en todos los pueblos y ciudades". Tiene frases de gran alabanza para los rurales, los cuales define diciendo que eran un cuerpo de policía montada instituida por Don Porfirio Díaz, con hombres que antes habían sido bandidos y aventureros, y que ahora se habían convertido en fuertes y valerosos guardianes de la paz pública"(26).

No olvida nuestra autora una ley de 1886, promulgada cuando ella estaba en México y que otorgaba la ciudadanía a todos los extranjeros que tuviesen hijos nacidos en el país, o tuviesen propiedades en él. La ley exceptúa a aquéllos que, explícitamente desearan conservar su nacionalidad de origen.

En su afán de llegar a la minuciosidad, aconseja a los norteamericanos que, para la seguridad de sus negocios, se matriculen en la Secretaría de

Relaciones Exteriores, donde debían declarar su nacionalidad y otros requisitos personales. Al hacer esta recomendación, reitera la conveniencia de que sus compatriotas acudan a México a hacer inversiones de capital, y añade: "no sólo creo, sino que, después de haberlo observado, estoy segura de que la empresa norteamericana tiene un futuro prometedor en México"(27).

Para mejor animar a sus conciudadanos a que hagan esas inversiones, les habla de las garantías de que gozan los capitalistas extranjeros en México y recoge la opinión del juez J.F. Crosby, de Texas, que estuvo en la capital de nuestra República al mismo tiempo que Fanny Chambers, y que tuvo ocasión de conocer a fondo las relaciones entre los norteamericanos y los mexicanos. Esa opinión era netamente favorable a las inversiones del capital en nuestro país.

Invita a sus conciudadanos a que traten al mexicano como a un caballero, para que éste les corresponda de igual manera y así se logre en México un campo espléndido para los negocios y el establecimiento de empresas norteamericanas. Por último, asegura a sus compatriotas que sus vidas y sus propiedades estarán tan bien protegidas en México como lo estarían en los Estados Unidos, a cambio, solamente, de que obedezcan las leyes del país, y tengan siempre en cuenta que están gozando de la hospitalidad de quienes los consideran extranjeros y no nativos.

NOTAS AL CAPITULO X

- 1.- Tomado de un artículo proporcionado por el Dr. Luis Feaer.
- 2.- Cosfo Villegas, D. op. cit. pag. 153.
- 3.- Chambers, op. cit. pag. 555.
- 4.- Ibidem p. 553.
- 5.- Cosfo Villegas, D, op, cit. pag. 153.
- 6.- Ibidem, pag. 178
- 7.- García Naranjo, Nemesio, Artículo tomado de la revista Siempre 5 de diciembre de 1962.
- 8.- Cosfo Villegas, D, op. cit. pag. 159.
- 9.- Zaucla, Silvio, Aproximaciones a la Historia de México, Colección México y lo Mexicano. Edit. Porrúa y Obregón, S. A. Mex. 1953.
- 10.- Pineda González, Francisco, El Mexicano, Su Dinámica Psico-Social, Edit. Pax. Librería Carlos Cesarman. Segunda Edic. 1961, pag. 206.
- 11.- Chambers, op. cit. pags. 513-514
- 12.- Ibidem, pag. 540.
- 13.- Cosfo Villegas, D, Estados Unidos contra Porfirio Díaz, Edit. Hermes, 1956.
- 14.- Chambers, op. cit. 357.
- 15.- Ortega y Medina, J, Ensayos, Tareas y Estudios Históricos, op. cit. pag. 130-142.
- 16.- Zavala, Silvio, "Cuadernos Americanos", op. cit. p. 193.
- 17.- En 1875 se anexó Hawái a los Estados Unidos, fué el último eslabón de su integración territorial. A partir de 1876 la gran balanza comercial de los Estados Unidos empezó a ser muy favorable - Morison, Samuel. Edit, "Historia de los Estados Unidos de Norte - América, Tomo II, 1951.

18.- Chambers, Pag. 542.

19.- *Ibidem*, pag. 543.

20.- Cosío Villegas, D, El Porfiriato, Pag. 155.

21.- Chambers, *op. cit.* pag. 540.

22.- *Ibidem*, p. 79

23.- Vidales Ortiz, Salvador, La Arriería en México, Instituto Nacional de Arqueología y Etnografía.

24.- A fines del Siglo XVIII la vigilancia de la Inquisición no era ya tan estricta, y comerciantes de ambos credos empezaron a llegar a nuestro país. Baéz Camargo, González, *op. cit.* p.21. José Valdez presenta una lista de los 16 hombres más ricos de México entre ellos cita a José Ives Limantour y Carlos Hagenbeck, y dice que "ambos eran judíos".

25.- Chambers, *op. cit.* 567.

26.- *Ibidem*. P. 570.

27.- *Ibidem*, pag. 572.

## CONCLUSIONES

El objeto de este trabajo es reivindicar el valor que como documento histórico tiene Face to Face with the Mexicans (que podríamos traducir "Diálogo con los mexicanos"), libro prácticamente desconocido en nuestro país; realzar el concepto que una extranjera como Fanny Chambers tenía del México porfirista; registrar muchos aspectos costumbristas que se han perdido y que la autora de ese libro recogió con mano maestra; exponer, de acuerdo con el criterio de la señora Chambers, pero contrastándolo con la realidad histórica que ella no había visto, cuál era la situación política, social y económica del tiempo a que se refiere el libro; y deducir consecuencias de utilidad para las relaciones actuales entre México y los Estados Unidos.

Fanny Chambers fué mujer de personalidad multifacética que vino a México, no como turista, sino como residente, pues pasó en él siete años. En ese lapso aprendió a conocer y a querer al pueblo mexicano, y ambas cosas las expresó en su Face to Face with the Mexicans, con un estilo sencillo, pero que sirve admirablemente el propósito de pintar con veracidad y cariño las costumbres y la vida de los mexicanos.

La autora no quiso que su obra fuese solamente un panorama costumbrista de valor histórico, sino que en ella señaló la forma mejor en que sus coterráneos y los mexicanos podrían llegar a una comprensión y a una amistad beneficiosas para unos y otros en las esferas políticas, socia-

les y económicas. Para ello puso de relieve las diferencias que en costumbres, tradiciones, leyes y normas de vida y de conducta existían — y siguen existiendo —, aunque con mucha menor intensidad, entre los mexicanos y los norteamericanos. Pero no señaló las diferencias para contrastarlas, antagonizarlas y contraponerlas, sino para lo contrario: para que, conociéndolas, los norteamericanos supieran cómo lograr la simpatía de los mexicanos y llegar así al cultivo de sentimientos fraternales.

Cierto es que Fanny Chambers vió a México imbuída de las ideas económicas de su época, y su libro constituye un portavoz diplomático del imperialismo yanqui. Sin embargo, no era su idea la de que los norteamericanos explotaran las riquezas naturales y la mano de obra de los mexicanos desde un plano estrictamente económico y materialista, sino que penetraran en México en una forma humanista. De ahí que aconseje a sus paisanos que no traten de imponer su superestructura a México, sino que respeten la estructura económica y social mexicana y que por medio de acercamiento y amistad lleguen a dominar el mercado de México y a explotar sus recursos naturales con sus inversiones de capital; inversiones que sólo así serán provechosas para los Estados Unidos.

Ahora bien, sería injusto atribuirle a la señora Chambers una finalidad mercantilista única. Cuando ella escribe en su libro sobre temas económicos, es su espíritu práctico el que habla; pero en el fondo es una mujer sentimental, de ideas democráticas y que desea que sus com

patriotas se percaten que México es un país con personalidad propia que no coincide con la de los Estados Unidos y que por tanto, los norteamericanos no son quienes para juzgar a los mexicanos. Sin el respeto debido a esa personalidad de México, los norteamericanos — dice la señora Chambers — deben abandonar sus propósitos de expansión económica. También deben abandonar sus propósitos intervencionistas, lesivos para la soberanía de la República Mexicana.

Como se vé, la señora Chambers no se dedica únicamente a buscar mercados para los productos industriales de su país, sino que tiene miras más elevadas. Ante todo, se aterra ante la posibilidad de que surjan nuevas complicaciones bélicas entre México y los Estados Unidos, — pues si bien está segura de que la victoria sería para estos últimos, no lo es menos que la paz es el supremo bien de las naciones. La autora de Face to Face with the Mexicans es pacifista convencida y defiende su ideal con denuedo y con frases elocuentes. El tema de la paz, tan de actualidad en el mundo en estos momentos, es un tema de todos los tiempos; pero en los que le tocó vivir a nuestra autora el horizonte de las relaciones entre su país y el nuestro se cubría de nubes con negros presagios.

Fanny Chambers, con amor, supo comprender a México, y a la vez supo enseñar a los mexicanos a conocerse mejor ellos mismos. Es éste un punto importante para el mejor desarrollo de la mexicanidad en el camino de su tema de conciencia y de la proyección de ésta sobre His panamérica y también sobre la arena internacional ne americana, en

tanto que conciencia pacifista, humanista, respetuosa del derecho ajeno.

Nuestra autora, no obstante la corriente afrancesada que había en México, supo ver, mejor que los mexicanos de su época, y ello debido a su intuición femenina, la gran veta popular de lo mexicano y el rescate de lo indio, tanto en el aspecto filosófico y moral, como en el artístico.

Cuanto escribió Fanny Chambers en su mencionado libro tiene innegable valor documental para la Historia, no sólo en la fidelidad del ambiente sino también en lo que este sugiere a quien escriba acerca del porfiriato. Además — y al margen de ciertas apreciaciones ingenuas —, no hay duda que expresó también con fidelidad el punto de vista de una mayoría del pueblo norteamericano en cuanto a las relaciones de los Estados Unidos con México.

Las consideraciones que hace acerca de cómo deben comportarse sus compatriotas en México tienen todavía vigencia asombrosa, así como la tienen los consejos que da para lograr un mejor entendimiento entre mexicanos y norteamericanos.

Es evidente que una nueva edición de Face to Face with the Mexicans, tanto en inglés como en español, sería útil para las nuevas corrientes de amistad que se registran entre México y los Estados Unidos y que van cristalizando en múltiples realizaciones prácticas y fructuosas: ayuda técnica y económica norteamericana para fomentar la industrialización en México, sin ulteriores miras imperialistas; franca cooperación en la arena internacional, en cuanto signifique la defensa de la democra-

cia y de la soberanía de las naciones; sincero intercambio cultural entre los dos países; solución definitiva de los vestigios que aún quedaban de las pugnas fronterizas, tales como el caso del Chamizal (1), el usufructo de las aguas del Río Bravo y del Río Colorado y otras cuestiones de menor importancia, e igualdad de propósitos en la solidaridad Interamericana, tanto en el aspecto de defensa mutua y de salvaguardia de la libertad de los países del Continente, como en el crear condiciones económicas y sociales que desarraiguen de la América Hispana la miseria, la incultura, la insalubridad, el hambre y la apatía.

(1) El tratado que zanja definitivamente la cuestión del Chamizal y en virtud del cual México recupera tierras que le pertenecen, fué firmado en la ciudad de México el Jueves 29 de Agosto de 1963 por Don Manuel Tello, Secretario de Relaciones Exteriores de México y el señor Thomas C. Mann, embajador de los Estados Unidos de Norteamérica.

INDICE BIOGRAFICO DE AUTORES CITADOS POR FANNY CHAMBERS EN SU OBRA.

— A —

Acuña, Manuel (1849-1873): Poeta; fundó la Sociedad Literaria Netzahualcóyotl; se suicidó a los 24 años de edad; sus composiciones más importantes son "Ante un Cadáver" y "Nocturno a Rosario".

Alamán, Lucas (1792-1852): historiador y político; la minería fué objeto de sus preferencias; escribió "Historia de México" y "Disertaciones".

Aldama, Ignacio: caudillo de la Independencia; nació en Irapuato; - fué fusilado en Monclova en 1811.

Aldama, Ramón: (1832-1882); poeta, periodista. Fundó "La Revista de Mérida".

Altamirano, Ignacio Manuel: (1834-1892) abogado y escritor; crítico teatral; murió en San Remo (Italia).

Alvarado, Pedro: (1485-1541): Conquistador.

Alvarez, Juan (1790-1867): General y presidente de la República.

Allende, Ignacio (1779-1811): caudillo de la Independencia.

Arriaga, Francisco (1811-1865): llamado el Padre de la Constitución de 1857; tiene una estatua en el Paseo de la Reforma de la Ciudad de México.

— B —

Bancroft, Hubert Howe (1832-1918): historiador norteamericano.

Barceñas, Mariano (1842-1899): geólogo, botánico y meteorólogo, fundador y director del Observatorio Astronómico.

Barrera, Gabino (1820-1881): discípulo de Augusto Comte, fundador de la Escuela Nacional Preparatoria.

Bazaine, Mariscal (1811-1888): destinado por Francia, bajo las órdenes del General Forey.

Becerra Tanco, Luis (1602-1672): Políglota e Historiador.

Boturini Benaduci, Lorenzo (1702-1746): Historiador.

Bravo, Nicolás (1784-1790): caudillo de la Independencia; intervino en la defensa de Chapultepec.

Byron, George Gordon (1788-1824): poeta inglés, figura representativa del romanticismo.

— C —

Cabrera, Miguel (1695-1768): pintor, su obra más famosa es "Maravilla Americana".

Calleja, Félix María (60o. Virrey de la Nueva España en 1813): fue un tirano y tuvo que entregar el mando en 1816.

Carlos IV (1748-1819): rey de España de la Casa de Borbón.

Carlota María Ana: Augusta Victoria Clementina Leopoldina (1840-1927): esposa de Maximiliano.

Carrillo, Estanislao (1798): religioso y arqueólogo.

Carrillo, Marce (1837-1871): nombrado por Juárez General del Ejército.

Casas, Fray Bartolomé de las (1414-1566): obispo nombrado potector general de los indios.

Casasús, Joaquín D.: poeta, abogado, economista y diplomático; murió en 1916.

Castillo, Crispiano (1801-1888): profesor de derecho en la Universidad, ministro de Santa Ana.

Castro, Agustín (1692-1790): literato y profesor de humanidades en Oaxaca y Querétaro.

Cienfuegos, José A. (1826-1880): se dedicó a la literatura dramática y al periodismo político.

Clay Henry (1770-1852): importante hombre de estado, diplomático de gran habilidad en la cuestión sobre la esclavitud entre el Norte y el Sur; Lincoln fue su administrador.

Clavijero, Francisco Javier (1731-1787): historiador y políglota.

Obras: "Historia Antigua de México" é "Historia de la Baja California".

Cleveland, Stephen Grover. (1837-1908): presidente de los Estados Unidos, número 22 y 24. Anti-imperialista, repudió el tratado de anexión de Hawái; partidario de la doctrina Monroe. se casó con Frances Folsom, hija de su socio.

Colón, Cristóbal (1451-1506).

Corona, Ramón (1837-1899): general liberal, célebre por su valor - combatió al ejército francés.

Cortés, Hernán (1485-1547): conquistador español de México.

Crichton, James (1560-1582): Llamado el "Admirable Crichton", hijo de un Lord, viajó por Venecia. Gran conocedor de los griegos escribió poemas.

Cuauhtémoc (1493-1522): undécimo y último emperador de México.

— CH —

Chavero, Alfredo (1841-1906): abogado y poeta, escribió parte de la obra "México a través de los Siglos", además 18 obras de teatro.

Chavarrí, Enrique (El Duque Job) (1859-1895): poeta, periodista, articulista, crítico literario. Represente del tránsito entre el romanticismo y el modernismo.

— D —

Díaz del Castillo, Bernal: Historiador, testigo presencial de la conquista de México; en 1632 apareció publicada su obra "Historia Verdadera de la conquista de la Nueva España".

Díaz, Porfirio (1830-1915): general del ejército, presidente de la República, estadística y caudillo.

— E —

Escobedo, Mariano (1826-1902): nombrado general del ejército por Juárez, gobernador de San Luis Potosí, Ministro de Guerra y Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Echave, Baltazar: pintor, se le considera uno de los mejores que hubo en México (Barroco, obra "La Oración del Huerto")

— F —

Felipe II (1527-1598): poderoso rey español.

Fernández de Lizardi Joaquín (1776-1837): periodista, novelista y poeta; artículos, "La Alacena de Frioleras" "El Pensador Mexicano", Novelas: "El Periquillo Sarniento", etc.

Flores, María Manuel (1840-1885): poeta, obra, "Pasionarias", -

Frances, Erskine Inglis (1806-1882): Marquesa Calderón de la Barca. Obra: "La Vida en México", publicada en 1843.

Franklin, Benjamin (1706-1790): físico, publicista y político norteamericano. Negoció la paz con Inglaterra; inventor del para-rayos.

— G —

Galeana, Hermenegildo (1762-1814): insurgente; salvo la vida de Morelos en 1812.

Galván, Pedro: general del ejército, uno de los más decididos sostenedores del Plan de Tuxtepec.

Gálvez, Bernardo: virrey de la Nueva España, 1785-86; reedificó el Castillo de Chapultepec, inició las obras de alumbrado público.

García Icazbalceta, Joaquín (1825-1894): escritor; tradujo a Shakespeare y a Virgilio: obra: "Don Fray Juan de Zumárraga".

García Torres, Vicente: periodista, fundador del periódico político literario "El monitor Republicano" que se publicó durante 52 años.

García, Benjamín: general revolucionario.

Guerrero, Vicente (1783-1831): general y presidente de la República.

González, Manuel: general y presidente de la República; al dejar la presidencia fué nombrado Gobernador de Guanajuato.

Gómez Furiás, Valentín. (1781-1858): médico y presidente de la República; hombre de ideas liberales y republicanas.

Grant, Ulises (1822-1885): general y político norteamericano, jefe de los Yankees en la Guerra Civil de Secesión; en 1866 fué elegido presidente.

— H —

Hualgo y Costilla, Miguel (1753-1811): sacerdote y padre de la Independencia Mexicana.

Humboldt, Federico Enrique Alejandro Baron de (1769-1859): naturalista u viajero ilustre; obra: "Ensayo Político sobre La Nueva España"

— I —

Ixtlixóchtli, Fernando de Alba (1570-1649) uno de los historiadores mas notables del México antiguo; obras: "Sumaria Relación de todas las cosas de la Nueva España," "Historia de los Chichimecas", "Pintura de México" "Cantos de Netzahalcóyotl".

Ibarra, Domingo: abogado, ministro de relaciones de Santa Ana.

Ibarra, José(1688-1765): pintor, contemporáneo de Cabrera; obras: "La Smaritana", "La Adúltera".

Iturbide, Agustín (1773-1824): libertador y emperador de México; - creador de la orden de Guadalupe: abdicó en 1823; sentenciado a muerte un año más tarde.

— J —

Jackson, Andrés (1767-1845): general y político norteamericano; - presidente de los Estados Unidos en 1837.

Jackson, Elena María (1830-1885): poetisa, novelista y ensayista norteamericana; obras: "Un Siglo de Deshonra" y "Ramona", libro - sensacional que conmovió a los Estados Unidos.

Jefferson, Thomas (1743-1826): político norteamericano que redactó la Declaración de la Independencia; Presidente de los Estados Unidos de 1801 a 1809; compró la Louisiana; fundador de la Universidad de Virginia.

Jiménez, Mariano: Mártir de la Independencia. Fusilado en Chihuahua en 1811.

Juárez, Benito: abogado y presidente de la República.

Juárez, Luis: pintor contemporáneo de Baltazar de Echave (el viejo) obras: "La Aparición de la Virgen de San Idelfonso" y "La Asunción del Señor".

— K —

Kendall, George Wilkins (1809-1867): periodista, hombre de espíritu aventurero que se unió a una expedición a México; estuvo en prisión a su regreso escribió "Narrative of the Texan Santa Fe Expedition 1844"; en 1851 publica "Guerra entre Estados Unidos y México".

— L —

La Fayette, Marqués de (1757-1834): tomó parte activa en la guerra de Independencia de los Estados Unidos.

Landessio, Eugenio (1810-1855): pintor, maestro de la Academia de San Carlos.

Lee, Robert Edward (1807-1870): capitán, gran estratega; tuvo que rendirse al general Grant en Appomattox.

Lerdo de Tejada, Sebastian (1820-1889): estadista notable, presidente de la República.

Limantour, José Ives: abogado, hacendista y economista; jefe del partido de los científicos.

Longfellow, Henry Wordsworth (1807-1882): poeta, escritor; traduce las coplas de Jorge Manrique; entre sus poesías están: "Voices of the Night" "Evangeline" "Hiawatha".

— M —

Malinche (Doña Marina). Intérprete de Hernán Cortés; esposa de Alonso Hernández Portocarrero, y después de Juan Jaramillo.

Mariscal, Ignacio (1829-1910): Diplomático y abogado, secretario de Relaciones Exteriores, Consejero de la Legación de México en Washington, Ministro en Inglaterra.

Matamoros, Mariano: sacerdote y caudillo de la Independencia, fue nombrado por Morelos teniente general; fusilado en 1814.

Matis, Juan A. (1831-1913): Abogado, novelista y político; cultivó la novela de tema histórico; obras: "Los Insurgentes", "La Muerte de Lincoln" "Bucaneros del Golfo".

Maximiliano I. de Austria (1832-1867): emperador de México, escritor, casado con la princesa Carlota de Bélgica; llega a México en 1864, después de haber renunciado a sus derechos como archiduque austríaco; fusilado en Querétaro.

MEJIA, Tomás (1823-1867): General imperialista que sirvió bajo las órdenes de Maximiliano; fusilado al mismo tiempo.

Miller, Cincinnati Heine (Joaquín Miller) (1839-1913) poeta, novelista, dramaturgo; vivió entre los indios, en 1857 se casó con una india de la que tuvo una hija que llamó Cali Shasta; en 1867 volvió a Idaho y volvió a casarse con una blanca; obra: "Songs of the Sierras".

Mina, Francisco Javier (1789-1817): general de héroes de la Independencia, enemigo de la tiranía, fusilado frente al Fuerte de los Remedios.

Noctezuma (Ilhuicamina) (Flechador del Cielo): Rey Azteca; sucedió en el trono a Ixcoatl; murió en 1469.

Motolinia, Fraile Franciscano, (Fray Toribio Paredes de Benavente) es el sexto de los doce frailes que llegaron a la Nueva España en 1542; es uno de los fundadores de Puebla; gran maestro de la lengua mexicana.

— N —

Napoleón (1764-1821): general, emperador de Francia; obras: Código Napoleónico, Código Civil, Código Penal; creó la Legión del Honor y el Banco de Francia.

Nezahualcóyotl (1402-1472): rey Chichimeca, poeta, creó colegios; embelleció la ciudad; promulgó un código de 80 leyes; y prohibió los sacrificios.

— O —

Ocampo, Melchor: político, gobernador de Michoacán, secretario de Hacienda en los últimos tiempos de la dictadura de Santa Ana, desterrado por los liberales; estuvo al lado de Juárez y sostuvo las Leyes de Reforma; el bandido Lindoro Cajiga lo tomó preso y lo fusiló.

O'DONOJU, Juan (1762-1821): firmó con Iturbide los tratados de Córdoba.

Olmos, Andrés: religioso franciscano; llegó a México en 1526; primero en escribir una gramática que quedó concluída en 1547 24 años antes de que se imprimiese la de Motolinia; sin embargo, ésta no se imprimió hasta 1875; escribió también un compendio sobre antigüedades de los indios de México, Texcoco y Tlaxcala, que no se imprimió, pero sirvió a Mandieta y Torquemada.

Ortega, Aniceto: Médico y compositor, notable en ambos temas, profesor de la Escuela de Medicina y compositor de la popular "Marca a Zaragoza".

— P —

Polk, James Knox (1795-1849): Undécimo presidente de los Estados Unidos.

Parra, Torjirio (1845-1912) Médico y Filósofo, notable discípulo de Gabino Barrera, formó parte del grupo de los científicos; su obra "Lógica inductiva y deductiva" fué libro de texto en las preparatorias de las Repúblicas.

PAG, Irineo: Abogado, periodista, novelista, poeta y general durante la intervención francesa

Peñafiel, Antonio (1831,1911): doctor y arqueólogo, fomentó el arte mexicano salvando del olvido pinturas jeroglíficas como "El Código Fernández Leal"; obras: "Monumentos del Arte Antiguo Mexicano".

Peón Contreras, José (1843-1907): médico y escritor, director del Hospital San Hipólito; Obras: "Antón de Alaminos" "La Hija del Rey", que le valió un diploma firmado por los literatos notables de su tiempo.

Pez, Juan de Dios (1852-1911): poeta, (el cantor del hogar); obras: "Hojas y Patria", "Cantos del Hogar", "El Arpa del Amor".

Pimentel, Francisco (1832-1893): historiador y filósofo; colaborador de el "Diccionario de Geografía e Historia"; hizo estudios sobre los Chichimecas.

Parra, Félix: pintor mexicano sobre asuntos históricos; en 1883 fué profesor de la Academia de San Carlos.

Prescott, William Hickling: investigador histórico, protestante, censura el despotismo. Obras: "Historia de la Conquista de México" 1847 "La Conquista del Perú", 1847.

Prieto, Guillermo (1818-1897): poeta y político; durante 50 años fué el poeta más popular de México; liberal; salvó la vida del Benemérito; diputado al Congreso de la Unión; sus poesías se publicaron con el título de "Musa Callejera"; Fidel es su pseudónimo.

Prieto de Langüri, Isabel: poetisa, nació en España, pero vivió gran parte de su vida en Guadalajara; se la compara con Sor Juana Inés de la Cruz; la mayor parte de su obra es en verso: "Oro y Oropel" "La Escuela de las Cofradas". Murió en Allen Alemania en 1876.

— Q —

Quirterana Roo, Andrés, (1787-1851): abogado y político, se afilió a los insurgentes; senador, diputado; entre sus trabajos está "El Ilustrador Americano"; publicó el periódico el "Federalista Mexicano".

— R —

Ramírez, Ignacio (El Nigromante): Escritor y Político, atacó al gobierno conservador y luchó contra la dictadura de Santa Anna; sostuvo famosa polémica con Emilio Castelar Ray.

Rayón, José María y Francisco: Insurgentes.

RIVA PALACIOS, Vicente (1832-1896): escritor, militar y diplomático. Obras: "Calvario" "Tabor" "Monja" y Casada".

Rodríguez Juárez, Nicolás: Sacerdote y gran pintor americano del Siglo XVII. Obra: "Santa Gertrudis Arrodillada".

Rodríguez Galvan, Ignacio (1816-1842): poeta de la Escuela Romántica. Obras: "El Teatro Escogido", "El Privado del Rey".

Romero, Matías (1837-1899): abogado, diplomático y hacendista. Secretario de la Delegación en Washington y Ministro durante la intervención; en 1899 fué ascendido a embajador; no pudo tomar su cargo pues falleció en dicho año.

Romero, Rubio Manuel: abogado, político liberal, ministro de relaciones de Lerdo de Tejada, Ministro de Gobernación de Díaz.

Ruiz Eduardo (Padre): Cónsul general en El Paso, en San Antonio en Laredo y en Nueva York.

— S —

Sahagún, Bernardino: historiador, llegó a México en 1527; junto con otros 19 frailes se dedicó a la educación de los indios; escribió una historia dividida en doce libros.

Sandoval, Gonzalo: Conquistador, compañero de Cortés desde el principio de su expedición.

Stiglienza y Góngora, Carlos (1540-1606): religioso e historiador español.

Sierra, Justo (1814-1861): abogado, escritor; hizo estudio sobre Yucatán; publicó numerosas obras; proyectó el Código Civil Mexicano.

Sosa, Francisco (1848-1925): biógrafo, escribió "Biografías de Mexicanos Científicos" y otras más.

— T —

Taylor, Zachary (1784-1850): general y presidente de los Estados Unidos; en 1846 provoca hostilidades en relación con el Río Bravo, que terminan en la guerra con México; en Julio toma Monterrey y derrota a Santa Anna en Buenavista; acaba la Guerra con las provincias del Norte.

— V —

Velasco, José María (1840-1912): pintor, discípulo de Clavé y Landessio.

Veytia, Mariano (1718-1779): historiador, amigo de Boturini; obras: "Historia Antigua" que se ocupa especialmente del "Señorío de Texcoco".

Victoria, Guadalupe: insurgente, primer presidente de la República de 1824 a 1829; muere en Perote en 1843.

Viall, José María (1829-1909): poeta, Escritor, historiador. Escribió en los periódicos más notables de su época. Obras: - "Versos Flores de Andhuac", "Un democrata al Uso", "La Mujer Mexicana".

-- V --

Washington, Jorge (1732-1799): primer presidente de los Estados Unidos.

Wells, David Ames (1828-1898): economista y escritor; especialista en impuestos, famoso por su panfleto "Our Burden and Our Strenght".

-- Z --

Zundruga, Fray Juan de: primer obispo y arzobispo de México; Fraile franciscano; llegó a México en 1527; benefactor de los indios; fundador del Colegio de Tlaltelolco para niñas; imprimió el primer libro.

BIBLIOGRAFIA

- Bancroft, Hubert Howe, Reseña Histórica y Social del Pasado y Presente de México. San Francisco Calif. 1887.
- Bancroft, Hubert Howe, Resources and Development of México. San Francisco The Bancrofts Co. 1893.
- Becher, C.C., Cartas sobre México. Fac. Filosofía y Letras, UNAM. México 1959.
- Cabrera, Luis, Obras Políticas Imprenta Nacional, México 1921.
- Calderon de la Barca, Francisca. La Vida en México. Editorial Porrúa, S.A. México 1959.
- Campos, M. Ruben. El Folklore Literario de México. México 1929. - Carly Le Tomas. Los Héroes, Colección Austral. Argentina 1951. - Casqola, Gustavo. Efémerides Ilustrados del México de ayer. México, 1901.
- Comas Juan, Los Congresos Internacionales Americanistas, 1875-1952 México, 1954.
- Cosío Villegas, Daniel, Estados Unidos contra Porfirio Díaz. Edit. Hermes 1956.
- Cosío Villegas, Daniel. Historia Moderna de México, La República Restaurada. Editorial Hermes.
- Cosío Villegas Daniel. (Director), González Navarro Noisés. Historia Moderna de México. El Porfiriato. Editorial Hermes México 1957.
- Fernández, Justino Arte Moderno y Contemporáneo de México. México U.N.A.M. - 1952.
- Gallop Rodney, Mexican Mosaic, Faber and Faber. London, 1953.
- Gamio, Manuel. Hacia un México Nuevo. Librería Porrúa Hermanos Mexicanos, 1916.
- Gamio, Manuel. La Población del Valle de Teotihuacan, Dirección de Antropología. México 1922.
- Gamio, Manuel. Forjando Patria. Librería Porrúa Hermanos, 1916.

- García Cubas Antonio, El Libro de mis Recuerdos, México Imp. Antonio García Cubas, 1904.
- García Naranjo Nemesio. Porfirio Díaz. México, 1931.
- González Navarro, Moisés. Historia Moderna de México. El Porfiriato. Editorial Hermes México 1957.
- Koppe, Carlos Guillermo, Cartas a la Patria, Dos Cartas alemanas sobre el México de 1830. Imprenta Universitaria México -- 1955.
- Longfellow, Wadsworth Henry. The Complete Practical Works. Riverside Press. Cambridge, 1883.
- López Portillo y Rojas. Elevación y Caída de Porfirio Díaz. Librería Española. México.
- Maza Francisco, El Guadalupanismo Mexicano. Porrúa y Obregón, S.A. México, 1959.
- Miranda, José -- Humboldt y México. UNAM, México 1962.
- Moreno Villa, José. Cornucopia de México La Casa de España en México, la. Edic. 1940.
- Muriel Josefina, Hospitales de la Nueva España, Tomo II México 1960.
- Obregón González Ruiz, "Las Calles de México." Edic. Botas, México, 1947.
- O'Gorman Eimundo. Precedente y Sentido de la Revolución de Ayutla, Facultad de Derecho UNAM - 1954.
- O'Gorman Eimundo. La Invención de América. Fondo de Cultura Económica, México 1958.
- Ortega y Medina Juan A. Ensayos, Tareas, y Estudios Históricos. Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Veracruz - México 1963.
- Ortega y Medina Juan A. México en la Conciencia Anglosajona. Antigua Librería Robledo. Colección México y lo Mexicano. México,

- Pax, Octavio, El Laberinto de la Soledad. Fondo de Cultura Económica, México - Buenos Aires.
- Pineda González, Francisco, El Mexicano y Su Dinámica Psico-Social Editorial Pax. Librería Carlos Cesarman. México 1961.
- Prescott, William. Historia de la Conquista de México, Colección Ideas Letras y Vida. México 1952.
- Ramírez Santiago. El Mexicano, Psicología de sus Motivaciones. Editorial Pax, S.A. 1961.
- Ramos Samuel. El perfil del hombre y la Cultura en México, Colección Austral-Argentina 1951.
- Reyes Alfonso, Visión de Anáhuac, Madrid, 1923.
- Ricard Robert, La Conquista Espiritual de México. Edit. Jus. Mex. México, 1947.
- Schlarman, H.L. Joseph, México, Tierra de Volcanes. Edit. Porrúa, S.A. - México, 1958.
- Séneca Lucio Anseo. El Libro de Oro de Séneca. Sus aforismos morales. Biblioteca de Autores Españoles, 1873.
- Speel Rea, Jefferson. The Costumbrista Movement in Mexico. México, 1935.
- Tannembaum Frank. México. The struggle for peace and bread. New York Knopf, 1930.
- Toussaint, Manuel. - Arte Colonial en México. México U.N.A.M. 1948
- Toynbee, J. Arnold. Estudio de la Historia. Buenos Aires, 1951.
- Vera Estañol, Jorge. La Revolución Mexicana. Orígenes y Resultados. Editorial Porrúa, S. A. México 1957.
- Vidales Ortiz, Salvador, La Arriería en México. Instituto Nacional de Arqueología y Etnografía.

CONSULTAS.

Diccionario Enciclopédico. UTEM. México 1953.

*Colliers Encyclopedia.* P.F. Collier & Son Corporation. New York 1958.

*Encyclopedia Británica. A New Survey of Universal Knowledge.* Belian  
Publisher. 1768. Chicago, London. Toronto.

*Enciclopedia Espasa Calpe.* Espasa Calpe, S.A. Madrid. 1929.

*Encyclopedia Americana.* American Corporation. New York 1961.

*México. Archivo Histórico Diplomático Mexicano.* Secretaría de Rela-  
ciones Exteriores. México 1880.

*Teja Zabro Alfonso.* Chapultepec. Guía histórica y descriptiva. México  
Talleres de impresión de estampillas y valores. 1938.

*Who was who in América (1897-1942).* The A.N. Marquis Company. Chi-  
cago 1943.